



AÑO 13.

NUM. 150.

ENTRADO A LA BIBLIOTECA DEL
CONSEJO DE REGENTES DE LA
UNIVERSIDAD DE MADRID

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: **JOSE LAZARO**

JUNIO, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO.

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

ACTEA

NOVELA

SEGUNDA PARTE

VI



Cuando la joven fugitiva abrió los ojos se encontró en la cámara principal del navío; Lucio estaba sentado junto á su lecho y sostenía su cabeza pálida y despeinada, mientras que, en un rincón, tranquila y dulce como una gacela, dormía la tigre acurrucada en un tapiz de púrpura bordado de oro. Era de noche, y á través de la claraboya se podía ver el hermoso cielo azul de Jonia tachonado de estrellas. El birreme bogaba tan suavemente que se le hubiera podido comparar á una inmensa cuna balanceada con dulzura por el mar, como lo hace una nodriza con la camita de un niño; reinaba tanta calma y pureza, que Actea creyó por un instante que había soñado, y que reposaba aún bajo el velo virginal de sus tiernos años; pero Lucio, atento á sus menores movimientos, chascó los dedos, y en seguida entró una hermosa y joven esclava con un cirio en la mano y encendió la lámpara de oro sostenida por un candelabro de bronce que se elevaba al pie de la cama. Desde que entró la joven, Actea se fijó en ella y la miró con gran atención: era que aquella esclava, á la que veía por primera vez, no le era, sin embargo, desconocida; sus rasgos des-

pertaban en la memoria de la corintia recientes recuerdos, aun cuando le era imposible aplicar un nombre á aquel rostro joven y melancólico; se agitaban tantos pensamientos diferentes en el cerebro de la pobre niña, que, no pudiendo soportar el peso, cerró los ojos y dejó caer la cabeza en la almohada de su lecho. Lucio entonces, pensando que deseaba dormir, indicó á la esclava que velase su sueño, y salió de la cámara. La esclava, al quedarse sola con Actea, la contempló un instante con expresión de tristeza indefinible, y después, echándose en el tapiz de púrpura donde estaba Febea, apoyó su cabeza en el lomo de la tigre, la cual, despertada de su sueño, abrió á medias un ojo brillante y feroz; pero, reconociendo á una amiga, en vez de castigarla por tanta audacia, la lamió dos ó tres veces la delicada mano con su sanguinolenta lengua, y volvió á tumbarse negligentemente, exhalando un suspiro que parecía un rugido.

En aquel momento brotó de los flancos del navío una armonía deliciosa: era el mismo coro que Actea había ya escuchado cuando el birreme abordó al puerto de Corinto; pero en esta ocasión la soledad y el silencio de la noche le prestaban nuevo encanto y más misterio: en seguida al conjunto de voces sucedió una sola. Lucio entonaba una plegaria á Neptuno, y Actea reconoció aquellos vibrantes sonos que la víspera, en el teatro, despertaron las cuerdas más secretas de su alma; eran unos acentos tan sonoros y melodiosos, que se hubiera podido creer que las sirenas del cabo Palinuro habían venido al encuentro del nuevo Ulises. Actea, sometida por completo al poder de aquella música encantada, volvió á abrir sus cansados párpados, y con la mirada fija en las estrellas del cielo, se olvidó poco á poco de sus remordimientos y sus dolores para no pensar más que en su amor. Hacía ya mucho tiempo que las últimas vibraciones de la lira y las últimas cadencias de la voz habíanse extinguido lentamente y como arrebatadas por las alas de los genios del aire, y, sin embargo, Actea, entregada por completo á la melodía, continuaba escuchando aún: por

fin bajó los ojos, y por segunda vez su mirada se encontró con la de la joven.

Lo mismo que su ama, la esclava parecía estar bajo el imperio de un encanto; las miradas de las dos mujeres se cruzaron, y Actea quedó más convencida de que no era la primera vez que aquellos ojos tristes la dirigían un rayo rápido y luminoso. Actea hizo una señal con la mano, la esclava se levantó: ambas permanecieron un instante sin hablar. Por fin Actea rompió el silencio.

—¿Cuál es tu nombre, joven?—preguntó.

—Sabina—respondió la esclava.—Y este solo nombre hizo estremecer á la que preguntaba; porque, lo mismo que el rostro, aquella voz no le era extraña; sin embargo, el nombre que había pronunciado no evocaba en ella ningún recuerdo.

—¿Cuál es tu patria?—añadió Actea.

—La dejé tan joven, que no la tengo.

—¿Cuál es tu amo?

—Ayer era de Lucio, hoy soy de Actea.

—¿Le perteneces hace mucho tiempo?

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Y sin duda sientes por él afecto?

—Como la hija por su padre.

—Entonces, ven á sentarte cerca de mí y hablemos de él.

Sabina obedeció, pero con visible repugnancia; Actea atribuyó la vacilación al temor, y le cogió una mano para tranquilizarla: la mano de la esclava estaba fría como el mármol; sin embargo, cediendo al movimiento de atracción de su ama, se dejó caer más bien que se sentó en el asiento que aquélla le designó.

—¿No te he visto ya?—preguntó Actea.

—No, creo—balbuceó la esclava.

—¿En el estadio, en el circo, en el teatro?

—No he abandonado el birreme.

—¿Y no has asistido á los triunfos de Lucio?

—Estoy acostumbrada á ellos.

Nuevo silencio sucedió á estas preguntas y respuestas cambiadas de una parte con creciente curiosidad, de la otra con manifiesta repugnancia. Este sentimiento era tan visible, que Actea lo comprendió.

—Escucha, Sabina—le dijo;—veo lo que te cuesta cambiar de amo: yo diré á Lucio que no quieres dejarle.

—No digas nada—exclamó, temblando, la esclava;—cuando Lucio manda es preciso obedecer.

—¿Es tan temible su cólera?—preguntó Actea, sonriendo.

—¡Terrible!—respondió la esclava con tal expresión de terror, que Actea se estremeció á pesar suyo.

—Y sin embargo—replicó,—los que le rodean parecen amarle: ese joven Esporo.....

—¡Esporo!—murmuró la esclava.

En este momento reparó Actea que á quien se parecía Sabina era á Esporo, y este parecido era tan grande, que, asombrada de no haberlo descubierto antes, cogió las dos manos de la esclava, y, mirándola á la cara, preguntó:

—¿Conoces tú á Esporo?

—Es mi hermano—balbuceó la joven.

—¿Y dónde está?

—Se ha quedado en Corinto.

En este momento se abrió la puerta: apareció el joven romano, y Actea, que tenía aún entre las suyas las dos manos de Sabina, sintió el estremecimiento de su nueva esclava. Lucio fijó sus ojos azules y profundos en el extraño grupo que se ofrecía á su vista, y, después de un instante de silencio, dijo:

—Amadísima Actea, ¿no quieres aprovechar el amanecer para venir á respirar el aire puro de la mañana?

Había en el fondo de aquella voz, tranquila y dulce en la superficie, algo vibrante y metálico, si así puede decirse, en que se fijó Actea por primera vez: así fue, que penetró tan profundamente en su alma un sentimiento instintivo semejante al terror, que tomó aquella pregunta por un mandato, y en vez de responder obedeció; pero sus fuerzas no secundaron á

su voluntad, y hubiera caído en tierra si Lucio no se hubiese lanzado hacia ella para sostenerla. Entonces se sintió levantar en los brazos de su amante con la misma facilidad que un águila se lleva á una paloma, y temblando, sin darse cuenta del motivo de su espanto, se dejó llevar, muda y con los ojos cerrados, como si aquella carrera hubiese de terminar en un precipicio.

Al llegar á cubierta, se sintió revivir por la brisa pura y perfumada: además, ya no estaba en brazos de Lucio, y tuvo valor para abrir los ojos; se encontró echada en el coronamiento de popa, en una red de mallas de oro, sujeta por un lado al mástil y por el otro á una columnita esculpida, que parecía servir de soporte: Lucio, apoyado en el mástil, estaba de pie ante ella.

Durante la noche, el navío, favorecido por el viento, había salido del golfo de Corinto, y, después de doblar el cabo de Elis, pasó entre Jacinta y Cefalonia: el sol parecía levantarse detrás de las dos islas, y sus primeros rayos iluminaban la cresta de las montañas que las dividen en dos partes, de tal suerte, que la vertiente occidental estaba aún sumida en la sombra. Actea ignoraba completamente el lugar en que se encontraba, de suerte que, volviéndose hacia Lucio, preguntó:

—¿Estamos aún en Grecia?

—Sí—respondió Lucio;—y ese perfume que llega hasta nosotros como un último adiós, es el de las rosas de Samio y el de los naranjos de Jacinta: el invierno no existe para esas dos hermanas, que se abren al sol como tiestos de flores. ¿Quiere mi hermosa Actea que la mande edificar un palacio en cada una de ellas?

—Lucio—replicó Actea,—me asustas á veces al hacerme promesas que únicamente un dios podría cumplir: ¿quién eres, pues, y qué me ocultas? ¿Eres Júpiter Tonante, y temes que, si te me apareces en tu esplendor, me aniquile el rayo, como lo hizo con Semelé?

—Te engañas—respondió Lucio sonriendo;—yo no soy más

que un pobre cantor á quien un tío ha dejado toda su fortuna, con la condición de que llevara su nombre; mi solo poder está en mi amor, Actea, pero siento que, sostenido por él, emprendería los doce trabajos de Hércules.

—¿Me amas, pues?—preguntó la joven.

—¡Sí, alma mía!—exclamó Lucio.

Y el romano pronunció estas palabras con acento tan poderoso y tan sincero, que su amada levantó las dos manos al cielo como para darle gracias por la felicidad que experimentaba; porque en aquel momento lo olvidaba todo, y pesares y remordimientos se borraban de su alma, como ante sus ojos la patria que desaparecía en el horizonte.

Bogaron así durante seis días, bajo un cielo azul, sobre un mar azul; al séptimo percibieron, hacia la proa del navío, la villa de Lecri, edificada por los soldados de Ajax. Entonces, doblando el promontorio de Hércules, entraron en el estrecho de Sicilia, dejando á la izquierda Mesina, la antigua Zanclea, de puerto curvo; á la derecha Regio, á la que Dionisio el Tirano pidió una mujer, y la que le ofreció la hija del verdugo; después, navegando directamente entre Caribdis y Escila, dieron un último adiós á las ondas de la Jonia y entraron en el mar Tirreno, iluminado por el volcán de Strongyle, eterno faro del Mediterráneo. Bogaron aún otros cinco días, unas veces á vela, otras á remo, viendo elevarse sucesivamente ante ellos Helea, cerca de la cual distinguíanse todavía las ruinas de la tumba de Palmuro, Pæstum y sus tres templos, Caprea y sus doce palacios. Después, por fin, entraron en el magnífico golfo en cuyo fondo se elevaba Neapolis, aquella hermosa griega, esclava emancipada por Roma, perezosamente acostada al pie del humeante Vesubio, teniendo á su derecha á Herculano, Pompeya y Estabia, que veinte años después debían desaparecer en su tumba de lava; y á su izquierda á Puteoli y su gigantesco puente; Baya, tan temida por Propercio, y Baules, que debía ser pronto célebre por el parricidio de Nerón.

En cuanto Lucio estuvo á la vista de la ciudad, hizo cam-

biar las velas blancas de su birreme por velas de color de púrpura, y ordenó izar en el mástil una rama de laurel; sin duda era una señal convenida y anunciaba la victoria, porque, apenas fue distinguida, se notó en la orilla un gran movimiento y se vió que las gentes se precipitaban á recibir al navío olímpico, el cual entró en la rada entre el ruido de los instrumentos, los cantos de los marineros, los aplausos de la multitud. Un carro tirado por cuatro caballos blancos esperaba á Lucio; subió en él, revestido con una túnica de púrpura y una clámide azul con estrellas de oro, llevando en la frente la corona olímpica, que era de olivo, y en la mano la corona pitia, que era de laurel. Después abrieron una brecha en los muros de la ciudad, y el triunfador entró como conquistador en ella.

Durante todo el camino fue objeto de análogos honores é idénticas manifestaciones. En Fondi, un anciano de sesenta y cinco años, cuya familia era tan antigua como Roma, y que después de la guerra de Africa obtuvo la ovación y tres sacerdocios, había preparado juegos espléndidos, y venía él mismo al encuentro de Lucio para ofrecérselos; tal homenaje tributado por un hombre tan importante pareció causar gran sensación entre los acompañantes de Lucio, que aumentaban incesantemente: es que se contaban cosas extraordinarias acerca de aquel anciano. Uno de sus antepasados estaba haciendo un sacrificio cuando un águila descendió sobre la víctima, le arrancó las entrañas y se las llevó á una encina. Predijo entonces el sacrificador que uno de sus descendientes sería emperador, y este descendiente era Galba; porque un día que fue con varios jóvenes de su edad á saludar á Octavio, éste, experimentando momentáneamente una especie de doble vista, le pasó la mano por la mejilla, diciendo:—Tú también, hijo mío, probarás nuestro poder.—Livia le amaba hasta el punto de que le dejó al morir cincuenta millones de sextercios; pero como la suma estaba en cifras, Tiberio la redujo á quinientos mil; y tal vez no se hubiera limitado á esto el odio del viejo emperador que conocía la predicción del oráculo, si

Trasilo, su astrólogo, no le hubiese dicho que Galba no reinaría sino en su vejez.—¡Que viva, pues!—respondió entonces, porque eso no me importa.—En efecto, Tiberio había muerto; Calígula y Claudio ocuparon el trono; Nerón era Emperador; Galba tenía sesenta y cinco años, y nada auunciaba que llegase al poder supremo. Sin embargo, como los sucesores de Tiberio que estaban más cercanos al momento de la predicción, podían ser menos descuidados que aquel, Galba llevaba habitualmente, aun durante el sueño, un puñal colgado del cuello por una cadena, y no salía jamás sin llevar con él un millón de sextercios en oro para el caso en que tuviera que huir de los lictores ó comprar á los asesinos.

El vencedor pasó dos días en casa de Galba entre fiestas y agasajos; y allí Actea fue testigo de una precaución que jamás había visto tomar á Lucio, y que no acertaba á explicarse: unos soldados que vinieron al encuentro del vencedor para servirle de escolta, velaban por la noche en las habitaciones que rodeaban á la suya, y antes de acostarse, su amante ponía cuidadosamente una espada en la cabecera del lecho. Actea no se atrevía á interrogarle; pero comprendía instintivamente que le amenazaba algún peligro; de suerte que no cesaba de pedirle que se marcharan de allí: por fin, al tercer día Lucio abandonó á Frondi, y, continuando su camino triunfal al través de ciudades en las que entraba abriendo brecha en las murallas, llegó con un cortejo que se parecía más bien al ejército de un sátrapa que al acompañamiento de un mero vencedor, á la montaña de Albano. Al llegar á la cumbre, Actea dió un grito de sorpresa y de admiración: al extremo de la vía Apia, acababa de descubrir á Roma en toda su extensión y en todo su esplendor.

En efecto, Roma se presentaba á las miradas de la joven griega bajo su aspecto más magnífico. La vía Apia era denominada la reina de los caminos, como la más hermosa y la más importante, porque, partiendo del mar Tirreno, franqueaba los Apeninos, atravesaba Calabria, é iba á parar en el mar

Adriático. Desde Albano hasta Roma servía de paseo público; y, conforme á la costumbre de los antiguos, que no veían en la muerte más que un descanso, y que buscaban para sus cenizas los lugares más pintorescos y más frecuentados, la bordeaban á ambos lados magníficas tumbas, entre las cuales descollaba por su antigüedad la de Ascanio; por su recuerdo heróico, se honraba la de los Horacios, y por su magnificencia imperial se citaba la de Cecilia Metella.

Ahora bien, aquel día todo el magnífico paseo estaba lleno de curiosos que venían al encuentro de Lucio: unos iban en lujosas carrozas tiradas por mulas de España, con arneses morados; otros echados en literas que llevaban ocho esclavos y á las que acompañaban corredores con las túnicas recogidas: éstos, precedidos de caballos númerados, que levantaban nubes de polvo y se abrían paso entre la multitud; aquéllos, seguidos por perros con collares de clavos de plata. En cuanto se distinguió al vencedor, las exclamaciones, repetidas de boca en boca, volaron hasta los muros de la ciudad. En el mismo instante, y ante las órdenes de un jinete que partió al galope, los paseantes formaron calle á los lados de la vía que, con su anchura de treinta y seis pies, ofreció fácil acceso á la triunfante cuadriga que avanzaba hacia la ciudad. A una milla aproximadamente de la puerta, un escuadrón de caballería compuesto de quinientos hombres, esperaba á la comitiva y se puso á la cabeza. No habían hecho cincuenta pasos, cuando observó Actea que los caballos estaban herrados con plata, y que las herraduras, mal sujetas, se soltaban y rodaban por el suelo, de suerte que el pueblo para recogerlas se precipitaba ávidamente bajo los pies de los animales, con riesgo de ser pisoteado. El carro triunfal atravesó las puertas de la ciudad y entró en ella en medio de las frenéticas aclamaciones de la multitud. Actea no se explicaba aquel frenesí, pero se dejaba arrastrar por él. Oía mezclar el nombre de César con el de Lucio. Pasaba bajo arcos de triunfo, por calles tapizadas de flores y embalsamadas por el incienso. En cada encrucijada,

los sacrificadores inmolaban víctimas en los altares de los Lares de la patria. Atravesaba los principales barrios de la ciudad. El cortejo se dirigió por la vía Sacra hasta el Capitolio, y no se detuvo hasta el templo de Júpiter.

Entonces Lucio bajó de su carro y subió las escaleras que conducían al templo. Los flamines le esperaban en las puertas, y le acompañaron hasta el pie de la estatua. Cuando llegó allí, depositó los trofeos de su victoria sobre las rodillas del dios, y tomando un estilete, escribió sobre una placa de oro maciza que le presentó el gran sacerdote, la inscripción siguiente:

Lucio Domicio Claudio Nerón, vencedor en la lucha, en las carreras y en el canto, consagró estas tres coronas á Júpiter, el muy bueno y muy grande.

En medio de las aclamaciones que estallaron en seguida en todas partes, se oyó un grito de terror; Actea acababa de reconocer que el pobre cantor á quien había seguido como amante no era otro sino el César mismo.

VII

Sin embargo, en medio de la embriaguez de su triunfo, el Emperador no había olvidado á Actea. No se había repuesto aún la joven griega de la sorpresa mezclada de terror que le habían producido el nombre y el título de su amante, cuando vió aproximarse á dos esclavas liburnianas que, de parte de Nerón, la invitaron respetuosamente á seguir las. Actea obedeció maquinalmente, ignorando á dónde la conducían, y sin pensar siquiera en preguntarlo, pues estaba absorta en la terrible idea de ser la querida de aquel hombre cuyo nombre no oyó pronunciar nunca sin terror. Al pie del Capitolio, entre el Tabulario y el templo de la Concordia, encontró una magnífica litera llevada por seis esclavos egipcios, de pecho ornado con placas de plata pulimentada en forma de media luna, y

brazos y piernas con anillos del mismo metal, y sentada cerca de la litera, Sabina, á la que perdió un instante de vista en medio del triunfo, y á la que volvía á encontrar allí precisamente como para completar todos sus recuerdos. Actea subió á la litera, se acostó en cogines de seda, y avanzó hacia el Palatino, acompañada por Sabina, que marchaba á pie, á su lado, y proyectaba sobre su ama la sombra de un gran abanico de plumas, sujeto en el extremo de una caña de Indias. Durante trescientos pasos, poco más ó menos, la litera siguió la vía Sacra, el mismo camino que Actea había recorrido acompañando al César; después, torciendo á la derecha, pasó entre el templo de Febea y el de Júpiter Stator, subió algunas gradas que conducían al Palatino, y cuando llegó á la magnífica meseta que corona la montaña, la siguió un instante hacia el lado que dominaba la vía Nova; por fin, al llegar frente á la fuente de Saturno, se detuvo ante el umbral de una casita aislada, é inmediatamente las dos liburnianas colocaron á ambos lados de la litera un estribo cubierto de un tapiz de púrpura, á fin de que el ama que acababa de darles el Emperador no se molestase siquiera en indicar el lado por el que quería bajar.

Actea era esperada, porque la puerta se abrió á su llegada y, cuando la hubo franqueado, se cerró detrás de ella sin que viese á nadie encargado de tales funciones. Solamente Sabina la acompañaba, y pensando, sin duda, que después de un viaje largo y fatigoso, el primer deseo de su ama sería el de bañarse, la condujo al *apodyterium*, cámara que se llamaba así, por el verbo griego que significa desnudarse; pero, cuando estuvo allí, Actea, muy conmovida y preocupada por la extraña fatalidad que la arrastró en pos del amo del mundo, se sentó en el banco que daba vuelta á la habitación, é hizo una señal á Sabina para que esperara un instante. Apenas se hubo sumido en sus pensamientos, cuando se oyó una música dulce y sonora, sin que se pudiese precisar de qué lado brotaba, como si el poderoso é invisible dueño de la griega hubiera querido distraerla; en efecto, los músicos estaban dispuestos de mane-

ra que toda la habitación fue rodeada de armonía. Sin duda Nerón, que había observado la influencia que ejercían sobre la griega aquellos sonos misteriosos, cuyos efectos tuvo ocasión de apreciar varias veces en la travesía, ordenó de antemano aquella distracción á recuerdos cuyo poder deseaba combatir. Si tal fue su pensamiento, no se engañó en el resultado; porque en cuanto la joven oyó aquellos acordes, levantó dulcemente la cabeza, se detuvieron las lágrimas que corrían por sus mejillas y no tardaron en evaporarse; al mismo tiempo se colorearon sus labios pálidos y entreabiertos, como para sonreír ó besar.

Entonces Sabina se acercó á su ama, que en vez de resistirse, ayudó á despojarse de sus vestiduras, las cuales cayeron á sus pies, dejándola desnuda y ruborosa como la Venus púdica: era una belleza tan perfecta y tan virginal, que la misma esclava quedó como en éxtasis, y cuando Actea puso una mano en la espalda de Sabina para que la condujera al baño, la vió estremecerse. Actea se detuvo creyendo que había lastimado á su esclava, pero ésta, que adivinó el motivo de la detención, le cogió al punto la mano que había levantado, y apoyándola de nuevo en su espalda, la llevó al tepidario.

Era una vasta habitación cuadrada, enmedio de la cual se extendía un estanque semejante á un lago; jóvenes esclavas, con la cabeza coronada de narcisos y ninfeas, se divertían en la superficie como un grupo de náyades, y en cuanto vieron á Actea, empujaron hacia la orilla más próxima una concha de marfil incrustada de coral y nácar. Sucediase una serie de encantamientos tan rápidos, que Actea se dejó llevar como en un sueño. Sentóse, pues, en la frágil embarcación, y en un instante, como Venus rodeada de su corte marina, se encontró enmedio del agua.

Entonces se hizo oír de nuevo la deliciosa música que la había seducido; las voces de las náyades se mezclaron á aquellos acentos: cantaban la fábula de Hilao cuando fue á sacar agua en las márgenes de la Troada, y como las ninfas del río

Ascanio llamaban al favorito de Hércules con la voz y con el gesto, tendían los brazos á Actea y la invitaban, cantando, á descender enmedio de ellas. Los juegos de la onda eran familiares á la joven griega; mil veces había atravesado á nado con sus compañeras el golfo de Corinto; así, se lanzó sin vacilaciones enmedio de aquel mar tibio y perfumado, en el que sus esclavas la recibieron como á su reina.

Eran todas jóvenes escogidas entre las más hermosas; unas procedían del Cáucaso, otras de la Galia; éstas venían de la India, aquéllas de España; y, sin embargo, entre aquellas bellezas seleccionadas por el amor y por la voluptuosidad, Actea parecía una diosa. Al cabo de un instante, cuando se hubo deslizado por la superficie del agua como una sirena, cuando hubo buceado como una náyade, cuando hubo recorrido aquel lago artificial con la agilidad y la gracia de una serpiente, observó que Sabina faltaba en su corte acuática, y buscándola con los ojos, la vió sentada y ocultándose el rostro con el manto. Familiar y riénte como un niño la llamó: Sabina se estremeció y apartó el manto que velaba su rostro; entonces, con risas intencionadas y que Actea no pudo comprender, con acentos alegres y burlones, aquellas mujeres llamaron todas á una á Sabina, con la mitad del cuerpo fuera del agua para invitarla con el ademán á que fuese á reunirse con ellas. Por un instante, la joven esclava pareció presta á obedecer al llamamiento; algo extraño pasaba en su alma: su mirada era ardiente, su rostro estaba rojo; y, sin embargo, las lágrimas brotaban de sus pupilas y se secaban en sus mejillas; pero en vez de ceder á lo que visiblemente era su deseo, Sabina se dirigió hacia la puerta como para sustraerse á aquella voluptuosa magia; este movimiento no fue tan rápido, sin embargo, que Actea no tuviese tiempo de salir del agua y cerrarle el paso entre las risas de todas las esclavas; entonces Sabina pareció próxima á desvanecerse; sus rodillas temblaron, corrió por su frente un sudor frío, y por fin palideció tan visiblemente, que Actea, temiendo que cayese, extendió los brazos hacia

ella y la recibió en su desnudo seno; pero al punto la rechazó, exhalando un ligero grito de dolor. En el extraño paroxismo que agitaba á la esclava, los labios de ésta tocaron el hombro de su ama y la mordió con fuerza; en seguida, asustada de lo que había hecho, se lanzó fuera de la habitación.

Al grito lanzado por Actea acudieron las esclavas y se agruparon en torno de su ama; pero ésta, temiendo que Sabina fuese castigada, fue la primera en ocultar su dolor y se enjugó, esforzándose en sonreír, una ó dos gotas de sangre que rodaban por su seno, semejantes á coral líquido: por lo demás, el accidente era harto ligero para causar á Actea otra impresión que no fuera la del asombro; así se dirigió á otra habitación, en la que debía de completarse el baño, y que se llamaba *caldarium*.

Era una salita circular, rodeada de gradas y provista en derredor de estrechos nichos capaces para un asiento cada uno; un depósito de agua hirviendo ocupaba el centro de la habitación, y formaba un vapor tan denso como el que corre por las mañanas en la superficie de un lago; pero aquella neblina estaba caldeada, además, por un horno exterior, cuyas llamas circulaban en tubos que envolvían el *caldarium* con sus brazos enrojecidos, y corrían á lo largo de las paredes exteriores como la yedra trepa por el muro.

Cuando Actea, que no estaba acostumbrada aún á semejantes baños, conocidos y practicados en Roma solamente, entró en la habitación, se sintió de tal manera sofocada por las oleadas del vapor, que, anhelante y sin voz, extendió los brazos y quiso pedir auxilio; pero no pudo lanzar más que gritos inarticulados, y estalló en sollozos: intentó entonces dirigirse hacia la puerta; pero retenida en los brazos de sus esclavas, hizo signos de que se ahogaba. En seguida una de las mujeres tiró de una cadena, y una plancha de oro que cerraba el techo se abrió como una válvula y dejó penetrar una corriente del aire exterior en aquella atmósfera, que estaba á punto de hacerse irrespirable; aquello fue la vida; Actea sintió que sus pulmo-

nes se dilataban y que se apoderaba de ella una debilidad dulce y llena de languidez; se dejó conducir á uno de los asientos y comenzó á soportar mejor aquella temperatura incandescente, que parecía, en vez de sangre, infundir en las venas una llama líquida; el vapor llegó á hacerse de nuevo tan denso y ardiente, que hubieron de recurrir otra vez á la plancha de oro, y con el aire exterior descendió sobre las bañistas un sentimiento tal de bienestar, que la joven corintia empezó á comprender el fanatismo de las damas romanas por aquel género de baño que hasta entonces le fuera desconocido y que tomó al pronto por un suplicio. Al cabo de un instante, el vapor recobró de nuevo su densidad; pero esta vez, en lugar de darle salida, le dejaron condensar, hasta el punto de que Actea se sintió desfallecer; entonces dos de sus mujeres se acercaron con un manto de lana escarlata, la cubrieron con él completamente el cuerpo y, llevándola en sus brazos medio desvanecida, la transportaron á un lecho de reposo, colocado en una cámara caldeada á la temperatura ordinaria.

Allí comenzó para Actea una nueva operación tan extraña, pero ya menos imprevista y menos dolorosa que la del *caldarium*. Tratábase del masaje, esa voluptuosa costumbre que los orientales han tomado de los romanos y conservado hasta nosotros. Dos nuevas esclavas, hábiles en este ejercicio, comenzaron á friccionarla, hasta que sus miembros estuvieron ligeros y flexibles; entonces hiciéronla chasquear todas las articulaciones, sin dolor y sin esfuerzo, después de lo cual, tomando de unas ampollitas de cuerno de rinoceronte aceite y esencias perfumadas, la frotaron todo el cuerpo, enjugándole después con una lana fina primero, luego con la muselina más suave de Egipto, y, por último, con tiras de cisne desprovistas de plumas.

Durante todo el tiempo que duró este complemento del tocado, Actea permaneció con los ojos medio cerrados, sumida en un éxtasis lánguido, sin voz y sin pensamientos, presa de una somnolencia dulce y extraña, que le dejaba únicamente

fuerzas para experimentar una plenitud de existencia desconocida hasta entonces. No solamente se habían dilatado sus pulmones, sino que á cada aspiración le parecía que la vida penetraba en ella por todos sus poros. Era una impresión física tan poderosa y absorbente, que no tan sólo pudo borrar todos los recuerdos pasados, sino combatir también los dolores presentes: en semejante situación era imposible creer en la desgracia, y la vida se presentaba al espíritu de la joven como una serie de emociones dulces y encantadoras, escalonadas sin formas palpables en un horizonte vago y maravilloso.

En medio de aquel estado semimagnético, de aquel ensueño sin pensamientos, Actea oyó abrirse una puerta de la habitación en la que se encontraba echada; pero, como en la sensación extraña que experimentaba, todo movimiento le parecía una fatiga, ni siquiera se volvió, pensando que sería alguna de sus esclavas; permaneció, pues, con los ojos medio abiertos, escuchando aproximarse pasos lentos y medidos, cada uno de los cuales, cosa extraña, parecía como si repercutiese en ella misma; entonces hizo un esfuerzo para mover la cabeza, y dirigiendo una mirada hacia donde venía el ruido, vió adelantarse, lenta y majestuosa, una mujer vestida como las matronas romanas, y cubierta con una larga estola que descendía desde la cabeza hasta los talones: cuando llegó cerca del lecho aquella especie de aparición, se detuvo, y la joven sintió fijarse en ella una mirada profunda é investigadora, ante la cual, como ante la de una adivinadora, le hubiera parecido imposible ocultar nada. La mujer desconocida la contempló un instante en silencio; después, en voz baja, pero sonora sin embargo, y cuyas palabras penetraban como la acerada hoja de un puñal hasta el corazón de la que escuchaba, dijo:

—Tú eres la joven corintia que ha abandonado su patria y su padre para seguir al Emperador, ¿no es verdad?

Toda la vida de Actea, dicha y desesperación, pasado y porvenir, estaba encerrada en aquellas palabras, de suerte que

su alma se inundó de repente de una oleada de recuerdos; su existencia de niña cogiendo flores; la desesperación de su anciano padre cuando al día siguiente de los juegos la llamara en vano; su llegada á Roma donde le fue revelado el terrible secreto que hasta entonces le ocultara su imperial amante, todo esto reapareció palpitante tras el velo encantado que levantaba la helada mano de aquella mujer. Actea dió un grito, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó entre sollozos:

—¡Oh!, sí, sí, ¡yo soy esa desgraciada!...

Reinó un momento de silencio, momento durante el cual Actea no se atrevió á levantar los ojos, porque adivinaba que la mirada avasalladora de aquella mujer continuaba pesando sobre ella; por fin, sintió que la desconocida le cogía la mano con que se ocultaba el rostro, y creyendo adivinar en su presión, por fría y vaga que fuese, más compasión que amenaza, se atrevió á levantar sus párpados mojados por las lágrimas. La mujer desconocida seguía mirándola.

—Escucha — dijo con el mismo acento sonoro, pero más dulce, sin embargo; — el destino tiene misterios extraños; á veces entrega en manos de un niño la felicidad ó la desgracia de un Imperio; en vez de ser enviada por la cólera de los dioses, quizás has sido tú escogida por su clemencia.

—¡Oh!—exclamó Actea;—soy culpable, pero culpable de amor únicamente; no abrigo en mi corazón ni un mal sentimiento, y aun cuando yo no pueda ser dichosa, quiero, por lo menos, ver feliz á todo el mundo..... Pero estoy muy aislada y soy muy débil..... Indícame lo que pueda hacer, y lo haré.....

—Por de pronto, ¿conoces aquél á quien has confiado tu destino?

—Desde esta mañana, únicamente, sé que Lucio y Nerón son un mismo hombre, y que mi amante es el Emperador. Hija de la antigua Grecia, he sido seducida por la belleza, por la habilidad, por la melodía. He seguido al vencedor de los juegos; ignoraba que fuese el señor del mundo.....

—Y ahora sabes que es Nerón—replicó la matrona, con

mirada más fija y acento más vibrante;—pero, ¿sabes quién es Nerón?

—Me han acostumbrado á considerarle como á un dios,—repuso Actea.

—Pues bien—añadió la desconocida, sentándose;—voy á decirte lo que es, porque conviene que la amada conozca al amante y el esclavo al amo.

—¿Qué voy á oír?—murmuró la joven.

—Lucio nació lejos del trono: se acercó á él por una unión, subió por un crimen.

—No fue él quien lo cometió,—exclamó Actea.

—Fue quien lo aprovechó,—respondió con frialdad la desconocida.—La tempestad que derribó el árbol respetó el vástago; pero pronto el hijo fué á unirse con el padre. Británico se acostó cerca de Claudio, y en esta ocasión Nerón fue el asesino.

—¡Oh! ¿Quién dice eso?—exclamó Actea.—¿Quién puede haber lanzado tan horrible acusación?

—¿Dudas, joven?—replicó la desconocida, sin que su acento cambiase de expresión.—¿Quieres saber cómo sucedió el hecho? Voy á decírtelo. Un día que en una habitación, cercana á la corte de Agripina, jugaba Nerón con algunos niños, entre los que se hallaba también Británico, ordenó á éste que entrara en el triclinio y cantase versos á los convidados, creyendo intimidar al niño y atraerle las risas y las burlas de sus cortesanos. Británico obedeció la orden recibida: entró, vestido de blanco, en el triclinio, y adelantándose, pálido y triste, en medio de la orgía, cantó los versos que Enio, nuestro antiguo poeta, pone en boca de Astianax: «¡Oh, padre mío! ¡Oh, patria! ¡Oh, casa de Príamo! ¡Palacio soberbio! ¡Templo de vibrantes bronce, resplandeciente de oro y marfil...., yo os he visto caer bajo una mano bárbara; os he visto convertidos en presa de las llamas!», y de repente las risas cedieron el puesto á las lágrimas, y, por desenfrenada que fuese la orgía, se calló ante la inocencia y el dolor. Desde entonces quedó decidida la

suerte de Británico. Había en las prisiones de Roma una envenenadora célebre y renombrada por sus crímenes: Nerón mandó llamar al tribuno Polio Julio, que era el encargado de la prisión, porque el Emperador vacilaba aún en hablar directamente con aquella mujer. Al día siguiente, Polio Julio le trajo el veneno, que fue echado en la copa de Británico por sus mismos preceptores; pero por compasión ó temor, los asesinos habían retrocedido ante el crimen: la pócima no fue mortal: entonces Nerón, el Emperador, óyelo bien, Nerón el dios, como le nombrabas ahora, mandó llamar á los envenenadores á su palacio, y allí, en su cuarto, ante el altar de los dioses protectores del hogar, les obligó á que compusieran el veneno. Lo probaron en un carnero, que sobrevivió cinco horas, durante las cuales concentraron más la dosis, y después en un jabalí, que murió instantáneamente. Entonces Nerón se fué al baño, se perfumó, se puso una blanca túnica y pasó luego á sentarse, con la sonrisa en los labios, en la mesa próxima á la en que comía Británico.

—Pero.....—interrumpió Actea con voz temblorosa—pero si Británico fue realmente envenenado, ¿cómo fue que el esclavo catador no experimentó los efectos del veneno?

Dicen que Británico sufría ataques de epilepsia desde su infancia, y quizá en uno de esos accesos.....

—Sí, sí, eso es lo que dice Nerón, y en ello estuvo su infernal prudencia. Sí; todas las bebidas, todos los manjares que tomaba Británico, eran antes probados por el esclavo; pero le presentaron una pócima tan caliente, que pudo probar el esclavo, pero no beber el niño; entonces echaron agua fría en el vaso, en la cual estaba el veneno, veneno rápido y hábilmente preparado, porque Británico, sin exhalar un grito, sin lanzar una queja, cerró los ojos y cayó hacia atrás. Algunos imprudentes huyeron, pero los más hábiles permanecieron allí, pálidos, temblando y adivinándolo todo. En cuanto á Nerón, que cantaba en aquel momento, se inclinó sobre su lecho y miró á Británico. «No es nada, dijo; no tardará en volver en

sí». Y continuó cantando. Sin embargo, de antemano había arreglado los preparativos funerarios; una hoguera ardía en el Campo de Marte, á la que llevaron aquella misma noche el cadáver, cubierto de manchas violadas. Pero, como si los dioses se negasen á ser cómplices del fratricidio, una lluvia torrencial apagó la hoguera por tres veces. Entonces Nerón hizo que untasen el cuerpo con pez y resina; á la cuarta tentativa, el fuego consumió el cadáver, y pareció llevar hasta el cielo, en una columna ardiente, el espíritu irritado de Británico.

—¿Y Burro? ¿Y Séneca?—exclamó Actea.

—¡Burro! ¡Séneca!—replicó con amargura la desconocida: —les llenaron las manos de plata y la boca de oro, y se callaron.

—¡Oh!—murmuró Actea.

—Desde aquel día — continuó diciendo aquella mujer á la que parecían ser familiares los secretos más terribles — desde aquel día, Nerón fue el noble hijo de Enobarbo, el digno descendiente de esa raza de barba de cobre, rostro de hierro y corazón de plomo; desde aquel día, repudió á Octavia, á la que debía el Imperio, la desterró á Campania, con centinelas de vista, y entregado por completo á los cocheros, á los histriones y á las cortesanas, comenzó esa vida de escándalos y orgías que espanta á Roma desde hace dos años. Porque el hombre á quien amas, joven, tu hermoso vencedor olímpico, el que es llamado Emperador por el mundo entero, el que adoran como á un dios los cortesanos, cuando llega la noche, sale de su palacio disfrazado de esclavo, y con la cabeza cubierta con un gorro de liberto, corre, ya al puente milvio, ya á alguna taberna de la Suburrana, y allí, en medio de libertinos y prostitutas, de cargadores, de bateleros, al son de los cimbales de un sacerdote de Cibeles ó de la flauta de una cortesana, el divino César canta sus empresas guerreras y amorosas; después, á la cabeza de aquella tropa cargada de vino y de lujuria, recorre las calles de la ciudad, insultando á las mujeres, golpeando á los transeuntes, robando las casas, hasta que por fin vuelve al

palacio de oro, trayendo á veces en el rostro las vergonzosas huellas que dejó en él el denigrante palo de algún vengador desconocido.

—¡Imposible, imposible!—exclamó Actea.—Tú le calumnias.

—Te engañas, joven; apenas digo la verdad.

—¿Pero cómo no te castiga al revelar secretos semejantes?

—Espero que algún día ocurrirá.

—¿Por qué te expones entonces á su venganza?

—Porque quizás soy la única que no puede eludirla.

—¿Pero, quién eres, pues?

—¡Su madre!

—¡Agripina!—exclamó Actea, arrojándose del lecho y cayendo de rodillas.—¡Agripina! ¡La hija de Germánico!..... ¡Hermana, viuda y madre de Emperadores!..... ¡Agripina de pie ante mí, pobre hija de Grecia!..... ¡Oh! ¿Qué quieres de mí?..... ¡Habla, ordena, y te obedeceré!..... A menos, sin embargo, que me ordenes cesar de amar, porque á pesar de todo cuanto me has dicho, continúo amándole... Pero en este caso, puedo, si no obedecerte, morir por lo menos.

—Al contrario, joven—replicó Agripina.—Continúa amando á César con el mismo amor que experimentabas hacia Lucio, porque en tal amor cifro toda mi esperanza; pues necesaria es la pureza de la una para combatir la corrupción de la otra.

—¡De la otra!—exclamó con terror la joven.—¿César ama, pues, á otra?

—¿Lo ignorabas?

—¿Qué sabía yo? ¿Al seguir á Lucio, por qué me había de inquietar el César? ¿Qué me importaba el Emperador? Yo amaba y daba mi vida á un artista, creyendo que él podía darme la suya. ¿Pero quién es esa mujer?

—Una hija que ha renegado de su padre, una esposa que ha burlado á su esposo, una mujer fatalmente hermosa á quien los dioses han dado todo, excepto corazón: Sabina Popea.

—¡Oh! Sí, sí, he oído pronunciar ese nombre. He oído referir esa historia, cuando ignoraba que llegaría á ser la mía. Mi padre, sin saber que yo le escuchaba, se la contaba en voz baja á otro anciano, y los dos se ruborizaban. ¿No fue esa mujer la que abandonó á Crispino, su esposo, para seguir á Otón, su amante?..... ¿Y no la vendió su amante, después de una comida, al César, por el gobierno de Lusitania?

—Esa misma, esa misma—exclamó Agripina.

—¡Y la ama!..... ¡la ama todavía!—murmuró dolorosamente Actea.

—Sí — replicó Agripina, con acento de odio; — sí, la ama todavía, continúa amándola, porque hay en eso algún misterio, algún filtro, algún hipómano maldito, ¡como el que dió Cesonia á Calígula!.....

—¡Justos dioses!—exclamó Actea;—¿estoy bastante castigada? ¿Soy bastante infeliz?

—Menos castigada y menos infeliz que yo—replicó Agripina,—pues tú eras libre para no tomarlo como amante, y á mí los dioses me lo han impuesto por hijo. Pues bien; ¿comprendes ahora lo que te corresponde hacer?

—Alejarme de él, no volver á verle.

—Guárdate bien de ello, joven. Dicen que te ama.

—¿Lo dicen? ¿Es verdad? ¿Lo creéis?

—Sí.

—¡Oh! ¡Bendita seas!

—Pues bien, ese amor ha de tender á un fin, á un resultado; es preciso alejar de él ese genio infernal que le pierde, y salvarás á Roma, al Emperador, y quizás á mí misma.

—¡A tí misma!..... ¿Creéis que se atrevería?.....

—¡Nerón se atreve á todo!

—Pero yo no valgo para tal empresa.....

—Tal vez seas la única mujer bastante pura para realizarla.

—¡Oh! No, no; vale más que yo parta; que no le vuelva á ver.....

—El divino Emperador desea ver á Actea—dijo con dulce acento un esclavo que acababa de abrir la puerta.

—¡Esporo!—exclamó Actea con asombro.

—¡Esporo!—murmuró Agripina cubriéndose la cabeza con la estola,

—César espera—replicó el esclavo después de un momento de silencio.

—¡Ve, pues!—exclamó Agripina.

—Te sigo—dijo Actea.

VIII

Actea cogió un velo y un manto, y siguió á Esporo. Después de varias vueltas por el palacio, que la que lo habitaba no había tenido aún tiempo de recorrer, su conductor abrió una puerta con una llave de oro, que entregó en seguida á la griega, á fin de que ésta pudiese volver sola, y se encontraron en los jardines de la casa dorada.

Actea, ante aquel horizonte dilatado y magnífico, se creyó fuera de la ciudad. A través de los árboles divisaba una extensión de agua tan grande como un lago, y más allá del lago, por encima de frondosos árboles, en una lejanía azulada y con reflejos de plata por la luz de la luna, la columnata de un palacio. El aire era puro; ni una nube manchaba el límpido azul del cielo; el lago parecía un vasto espejo, y los últimos ecos de Roma, próximos á extinguirse, se desvanecían en el espacio. Esporo y la joven, ambos vestidos de blanco y marchando silenciosos en medio del espléndido paisaje, parecían dos sombras errantes por los Campos Elíseos. En las márgenes del lago y en las vastas praderas que bordeaban los bosques, pastaban, como en las soledades de Africa, rebaños de gacelas; mientras que sobre ruinas artificiales, que les recordaban las de su antigua patria, posábanse como centinelas grandes pájaros blancos con alas encarnadas, y lo mismo que centinelas, dejaban

oir de cuando en cuando y á intervalos iguales un grito ronco y monótono. Al llegar á orillas del lago, Esporo saltó á una barca é hizo un signo á Actea para que le siguiera; después, desplegando una vela de púrpura, comenzaron á deslizarse, como por arte de magia, sobre el agua aquella, en la que brillaban las escamas de oro de los peces más raros del mar de las Indias. La navegación nocturna recordó á Actea su viaje por el Mar Jónico; y con la mirada fija en el esclavo, volvía á asombrarse del maravilloso parecido que existía entre el hermano y la hermana, que ya la había extrañado en Sabina, y que la extrañaba de nuevo en Esporo. En cuanto al joven, con la mirada baja parecía huir de la de Actea; y como piloto silencioso, dirigía la barca sin dejar escapar una sola palabra. Por fin, la griega fue la primera en romper el silencio, y con una voz que, por dulce que fuese, hizo estremecer al interpelado, dijo:

—Sabina me manifestó que te habías quedado en Corinto, Esporo. Por lo visto me ha engañado.

—Sabina te dijo la verdad, ama — respondió el esclavo;— pero no he podido permanecer más tiempo alejado de Lucio. Me embarqué en un navío que se hizo á la vela para Calabria; y como en vez de pasar por el Estrecho de Mesina, abordó directamente á Brindisi, seguí la vía Apia, y aunque salí dos días después que el Emperador, he llegado á Roma al mismo tiempo que él.

—Y Sabina se habrá alegrado grandemente de verte, porque os debéis amar mucho.

—Sin duda alguna—replicó Esporo,—porque no solamente somos hermanos, sino que también somos gemelos.

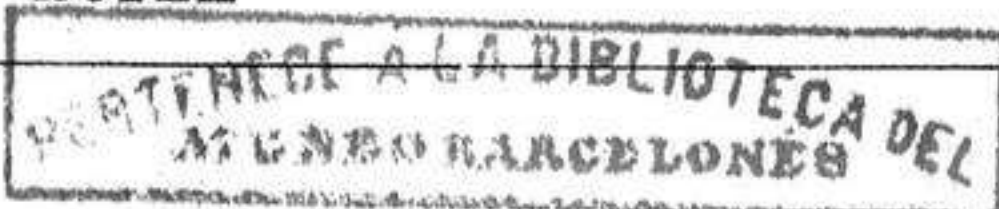
—Pues bien, dí á Sabina que quiero hablarla, y que venga á verme mañana por la mañana.

—Sabina no está ya en Roma.

—¿Por qué se ha marchado?

—Tal ha sido la voluntad del divino César.

—¿Y á dónde ha ido?



—Lo ignoro.

Había en el acento del esclavo, por respetuoso que fuese, un tono de vacilación y de violencia que impidió á Actea dirigirle nuevas preguntas; además, en aquel momento la barca llegó á la otra orilla del lago, y Esporo, después de ayudar á Actea á desembarcar, se puso nuevamente en marcha. La griega volvió á seguirle silenciosa, pero apresurando el paso, porque penetraban en un bosque de pinos y sicomoros, cuyas tupidas ramas daban tanta obscuridad, que, aun cuando sabía perfectamente que no tenía que esperar ayuda alguna de su conductor, se acercaba á él por un movimiento instintivo de temor. En efecto, desde hacía algunos instantes, se escuchaba un rumor de quejas que parecía brotar de las entrañas de la tierra, y de pronto se oyó un lamento humano; la joven se estremeció, y exclamó poniendo una mano en el hombro de Esporo:

—¿Qué es eso?

—Nada—respondió el esclavo.

—Sin embargo, me ha parecido oír.....—insistió Actea.

—Un lamento. Sí, pasamos cerca de las prisiones.

—¿Y quiénes son los prisioneros?

—Son cristianos destinados al circo.

Actea continuó su camino, apresurando el paso; porque, al pasar ante un ventiladero, acababa efectivamente de reconocer las notas más tristes y dolorosas de la voz humana, y, aunque aquellos cristianos le hubiesen sido presentados, siempre que oyó hablar de ellos como una secta culpable é impía que se entregaba á toda suerte de escándalos y crímenes, experimentaba esa compasión simpática que se siente, aunque sean culpables, hacia los que deben morir con una muerte espantosa. Se apresuró, pues, á salir del bosque fatal, y, al encontrarse fuera, vió el palacio iluminado, oyó ruido de instrumentos, y, entre la luz y la melodía que reemplazaban á las tinieblas y á los lamentos, entró con paso firme, pero menos apresurado, sin embargo, en el vestíbulo.

Actea se detuvo un instante, deslumbrada. Jamás hubiera podido entrever en sueños la imaginación fantástica de un niño semejante magnificencia. El vestíbulo, resplandeciente de bronce, marfil y oro, era tan vasto, que le rodeaba un triple orden de columnas, que formaban pórticos de mil pasos de longitud, y tan elevados, que en medio se erguía una estatua de 120 pies de altura, esculpida por Zenodoro, y que representaba al divino Emperador en pie en actitud de un dios. Actea pasó estremeciéndose ante la estatua. ¿Cuál era, pues, el formidable poder de aquel hombre que se hacía esculpir imágenes tres veces más altas que las de Júpiter Olímpico; que tenía como paseos jardines y estanques que parecían bosques y lagos; y para sus diversiones y esparcimientos cautivos, á los que arrojaban á los tigres y á los leones? En aquel palacio, todas las leyes de la vida humana estaban invertidas; un gesto, un ademán, una mirada de aquel hombre, y no había más que hablar: un individuo, una familia, un pueblo, desaparecían de la faz de la tierra, y esto sin que nada se opusiera á la ejecución de la orden, sin que se oyese más quejas que los gritos de los que morían, sin turbarse en lo más mínimo el orden de la Naturaleza, sin que se velara el sol, sin que el rayo anunciara que hubiese un cielo encima de los hombres, ni dioses superiores á los emperadores.

Así fue que Actea subió la escalera que conducía á las habitaciones de Lucio con un sentimiento de temor profundo y terrible; y la dominó de tal manera esta impresión, que al llegar á la puerta, y en el momento en que Esporo iba á dar vuelta á la llave, le detuvo, poniéndole una mano en el hombro y apoyándose la otra en su propio corazón, cuyos latidos la ahogaban. Por fin, tras un instante de vacilación, indicó á Esporo que abriese la puerta; el esclavo obedeció, y en el extremo de la habitación vió á Lucio vestido con una sencilla túnica blanca, coronado con una rama de olivo y medio acostado en su lecho de reposo. Entonces desapareció de su mente todo recuerdo triste. Había creído que iba á ver en aquel hom-

bre alguna transformación desde que supo que era el amo del mundo; pero con una sola mirada reconoció á Lucio, el arrogante joven de barba de oro, á quien guió á casa de su padre; volvió á encontrar á su vencedor olímpico: el César había desaparecido. Quiso correr hacia él, pero á mitad de camino le faltaron las fuerzas: cayó sobre una rodilla, tendió los brazos hacia su amante y murmuró con voz apagada:

—Lucio..... siempre Lucio..... ¿no es verdad?

—Sí, sí, mi hermosa corintia; estate tranquila—replicó César con voz dulce y haciendo un ademán para que se acercase á él.—Siempre Lucio. ¿Acaso no me has amado bajo ese nombre, amado á mí, y no por mi imperio y por mi corona, como todas las que me rodean?..... Ven, Actea mía, levántate; ¡el mundo á mis pies, pero tú en mis brazos!

—¡Oh, bien lo sabía yo!—exclamó Actea arrojándose en brazos de su amante;—bien sabía yo que no era verdad que mi Lucio fuese malo...

—¡Malo!—exclamó Lucio...—¿Y quién te ha dicho eso?

—No, no—interrumpió Actea—¡perdón! Pero á veces se cree que el león, que es noble y animoso como tú, y que es rey entre los animales como tú Emperador entre los hombres, á veces se cree que el león es cruel, porque ignorando su fuerza mata con una caricia. ¡Oh, león mío, ten cuidado con tu gacela!

—No temas nada, Actea—respondió el Emperador sonriendo:—el león no se acuerda de sus uñas y sus dientes sino ante aquellos que quieren luchar en contra de él... Mira, ya ves que se postra á tus pies como un cordero.

—Por eso no es á Lucio á quien yo temo. ¡Oh! para mí, Lucio es mi huésped y mi amante, es el que me ha arrancado de mi patria y de mi padre, y el que debe pagarme en amor lo que me ha quitado en pureza; pero al que yo temo...—Vaciló. Lucio la hizo un gesto animándola.—Es al César, que desterró á Octavia... á Nerón, el futuro marido de Popea...

—¡Tú has visto á mi madre!—exclamó Lucio levantándose

de un salto y mirando á la cara á Actea;—¡tú has visto á mi madre!

—Sí—murmuró temblando la jóven.

—Sí—prosiguió Nerón con amargura;—y ella es la que te ha dicho que yo soy cruel, ¿no es verdad? ¿Que yo no tengo de Júpiter sino el rayo que extermina? Ella es la que te ha hablado de esa Octavia á la que protege y yo odio; á la que puso en mis brazos á pesar mío, y de la que me libré con tanto trabajo... cuyo amor estéril no tuvo nunca para mí sino caricias pacientes y obligadas... ¡Ah! se engañan los que creen obtener algo de mí hastiándome con ruegos ó amenazas. Yo he querido olvidar á esa mujer, la última de una raza maldita. ¡Que no hagan que me acuerde de ella!

Apenas hubo Lucio acabado de decir estas palabras, cuando quedó asustado de la impresión que habían producido. Actea, con los labios pálidos, la cabeza caída y los ojos llenos de lágrimas, estaba recostada en el respaldo del lecho, temblando ante una cólera cuya primera explosión presenciaba. En efecto, aquella voz tan dulce, que al principio había hecho vibrar las cuerdas más íntimas de su corazón, tomó en un instante un tono terrible y fatal, y aquellos ojos, en los que hasta entonces no vió más que amor, despedían los espantosos relámpagos ante los cuales Roma se tapaba el rostro.

—¡Oh, padre mío, padre mío!—exclamó Actea sollozando;—¡oh, padre mío, perdóname!

—Sí, porque Agripina te habrá dicho que te verás castigada en tu amor por el mío; te habrá descubierto la especie de bestia feroz á que amas; te habrá contado la muerte de Británico, la de Julio Montano, ¡qué se yo qué más! Pero ella se habrá cuidado muy bien de ocultarte que el uno quería arrebatarme el trono y que el otro me dió un bastonazo en el rostro. Lo concibo: ¡es una vida tan pura la de mi madre!

—¡Lucio, Lucio!—exclamó Actea.—¡Cállate, en nombre de los dioses, cállate!

—¡Oh!—continuó Lucio—te ha contado á medias los secre-

tos de familia. Pues bien, escucha la otra mitad. Esa mujer que me acusa de la muerte de un niño y de un miserable, fue desterrada á causa de sus desórdenes por Calígula, su hermano, el cual no era muy severo en sus costumbres que digamos. Levantado el destierro cuando Claudio subió al trono, fue mujer de Crispo Pasiano, patricio, de ilustre familia, que tuvo la imprudencia de legarle sus inmensas riquezas, y al que ella hizo asesinar al ver que tardaba en morirse. Entonces comenzó la lucha entre ella y Mesalina. Mesalina sucumbió. Claudio fue el premio de la victoria. Agripina se convirtió en la querida de su tío; entonces concibió el proyecto de reinar bajo mi nombre. Octavia, la hija del Emperador, era la prometida de Silano. Arrancó á Silano de al pie de los altares; halló dos testigos falsos que le acusaron de incesto. Silano se mató y Octavia quedó viuda. La arrojaron en mis brazos deshecha en lágrimas, y me fue preciso aceptarla con el corazón lleno de otro amor. Pronto una mujer trató de quitarle su imbécil amante. Los testigos que habían acusado de incesto á Silano, acusaron de magia á Lolia Paulina, y ésta, que pasaba por la mujer más hermosa de su tiempo, con la que Calígula se había casado á la manera de Rómulus y Augusta, y que presentó á los romanos luciendo un tocado de perlas y esmeraldas por valor de cuarenta millones de sextercios, murió lentamente entre torturas. Entonces nada la separó del trono. La sobrina se casó con el tío. Yo fuí adoptado por Claudio, y el Senado otorgó á Agripina el título de *Augusta*. Espera, no he concluído—añadió Nerón apartando las manos de Actea, que trataba de taparse los oídos á fin de no escuchar á aquel hijo que acusaba á su madre.—Sucedió un día que Claudio condenó á muerte á una mujer adúltera. Esta sentencia hizo temblar á Agripina y Palas. Al día siguiente, el Emperador comía en el Capitolio con sacerdotes. Su catador, Haloto, le sirvió un plato de setas preparadas por Locusta; y como la dosis no era bastante fuerte, y el Emperador, echado en el lecho del festín, luchaba con la agonía, Jenofonte, su médico, bajo pretexto de

hacerle devolver el manjar fatal, le introdujo en la garganta una pluma envenenada, y Agripina se encontró viuda por tercera vez. ¿Verdad que no te ha referido esta primera parte de su historia? La habrá comenzado en el momento en que me puso en el trono, creyendo reinar en mi nombre, creyendo ser ella el cuerpo y yo la sombra, ella la realidad y yo el fantasma; y así ocurrió, efectivamente, por un instante; tuvo su guardia pretoriana, presidió el Senado, dictó sentencias, hizo condenar á muerte al liberto Narciso y envenenar al procónsul Julio Silano. Después, un día que al ver tantos suplicios me quejé de que no me dejara nada que hacer, me dijo que harto hacía para ser un extraño, para un hijo adoptivo, y que felizmente, ella y los dioses habían conservado los días de Británico... Te juro que cuando me dijo esto, tan poco pensaba yo en aquel niño como hoy en Octavia; y la tal amenaza, y no el veneno que le dí, fue lo que verdaderamente le mató... Mi crimen, pues, no tuvo por móvil el asesinato, sino el deseo de ser Emperador... Entonces fue—ten paciencia, ya he concluído—entonces fue, escucha bien esto, joven casta y pura hasta en medio de tu amor, entonces fue cuando trató de recobrar sobre mí, como querida, el ascendiente que había perdido como madre.

—¡Oh, cállate!—exclamó Actea asustada.

—¡Ah! me hablabas de Octavia y de Popea, y no sospechabas que tenías un tercer rival.

—¡Cállate, cállate!...

—Y no fue en el silencio de la noche, en la sombra solitaria y misteriosa de una apartada habitación cuando vino á mí con semejante intención; no, fue en una comida, en medio de una orgía, ante mi corte: allí estaba Séneca, allí estaba Burro, allí estaban Paris y Faón, allí estaban todos. Avanzó coronada de flores y semidesnuda en medio de los cantos y de las luces... Y entonces fue cuando, asustados de sus proyectos y de su belleza—porque es hermosa,—sus enemigos interpusieron á Popea entre ella y yo. Y ahora, ¿qué dices tú de mi madre, Actea?

—¡Infamia, infamia!—murmuró la joven cubriéndose con las manos el rostro, rojo de vergüenza.

—Sí; ¿verdad que es una raza singular la nuestra? Así es que no juzgándonos dignos de ser hombres, nos hacen dioses. Mi tío ahogó á su tutor con una almohada, y á su suegro en un baño. Mi padre, en medio del Foro, saltó un ojo á un caballero con una varita; en la vía Apia, aplastó bajo las ruedas de su carro á un joven romano que no se apartó bastante deprisa; y en la mesa, un día, cerca del joven César, á quien había acompañado á Oriente, dió de puñaladas á un liberto que rehusaba beber. En cuanto á mi madre, ya te he dicho lo que ha hecho; mató á Pasierno, mató á Silano, mató á Lolía Paulina, mató á Claudio, y yo, el último con quien se extinguirá el nombre, si fuese Emperador justo en vez de ser hijo piadoso, mataría á mi madre.....

Actea dió un grito terrible, y cayó de rodillas con los brazos extendidos hacia César.

—¿Qué haces?—exclamó Nerón sonriendo con expresión extraña.—Tomas en serio lo que no es más que una broma; no se trata sino de algunos versos que se me quedaron en la memoria desde la última vez que canté *Orestes*, y que se han mezclado con mi prosa. Vamos, tranquilízate, eres una criatura asustadiza; además, ¿has venido aquí para suplicar y para temer? ¿Te he enviado á buscar para que te tortures las rodillas y te retuerzas los brazos? Vamos, levántate. ¿Acaso soy yo el César? ¿Acaso soy Nerón? ¿Acaso es mi madre Agripina? Tú has soñado todo esto, mi hermosa corintia; yo soy Lucio, el atleta, el conductor de carros, el cantor de dorada lira y de voz tierna, y nada más.

—¡Oh!—replicó Actea apoyando su cabeza en el pecho de Lucio.—¡Oh! el hecho es que hay momentos en los que me creería estar bajo el dominio de un sueño, y pensaría que iba á despertarme en la casa de mi padre, á no sentir en el fondo del corazón la realidad de mi amor. ¡Oh, Lucio, Lucio! no juegues así conmigo. ¿No ves que me hallo suspendida por un

hilo encima de los antros del infierno? Ten piedad de mi debilidad; no me vuelvas loca.

—¿Y de qué proceden esos temores y esas angustias? ¿Tiene motivos mi bella Elena para quejarse de su Paris? ¿No es bastante magnífico el palacio en que mora? Le haremos edificar otro cuyas columnas sean de plata y los capiteles de oro. ¿La han faltado al respeto los esclavos que la sirven? Sobre ellos tiene derecho de vida y muerte. ¿Qué quiere? ¿Qué desea? ¡Todo lo que un hombre, todo lo que un Emperador, todo lo que un Dios puede conceder, que lo pida y lo obtendrá!

—Sí, ya sé que eres omnipotente; creo que me amas, y espero que me darás todo lo que te pida: todo, excepto la tranquilidad de espíritu, la convicción de que Lucio es mío como yo soy de Lucio. Hay una parte de tu persona, una parte de tu vida que se me escapa, que se rodea de sombras y se pierde en la noche. Es Roma, es el Imperio, es el mundo que te reclama, y no me perteneces sino por el lugar en que te toco. Tienes secretos; tienes odios que no puedo compartir, amores que no debo conocer. En medio de nuestras más tiernas expansiones, de nuestros más dulces coloquios, de nuestros momentos más íntimos, se abrirá una puerta, como se abre esa en este instante, y un liberto de rostro impassible te hará un signo misterioso que yo no podré ni deberé comprender. Ya ves, comienza mi aprendizaje.

—¿Qué quieres, Aniceto?—preguntó Nerón.

—La que el divino César ha hecho venir, está ahí y espera.

—Díla que voy—replicó el Emperador.

El liberto salió.

—¿Lo ves?—exclamó Actea mirándole con tristeza.

—Explícate—dijo Nerón.

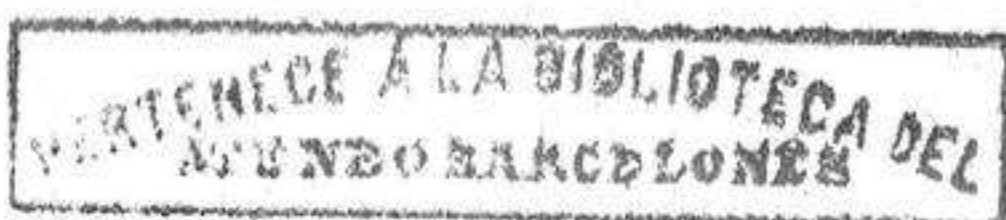
—Ahí está una mujer.

—En efecto.

—Y yo he visto que te estremecías cuando la han anunciado.

—¿Acaso no se estremece uno más que de amor?

- Esa mujer, Lucio.....
—Habla, concluye.
—Esa mujer.....
—Esa mujer, ¿qué?
—Esa mujer se llama Popea.
—Te engañas — replicó Nerón; — esa mujer se llama Locusta.



IX

Nerón se levantó y siguió al liberto: después de algunos rodeos por corredores secretos, que únicamente eran conocidos del Emperador y de sus esclavos más fieles, entraron en una reducida habitación sin ventanas, en la que la luz del día penetraba por el techo. Y aun esta abertura estaba hecha menos para iluminar la habitación que para dar salida al vapor que, en ciertos momentos, despedía el hogar de bronce, enfriado en aquel instante, pero sobre el cual esperaba el carbón la chispa y el soplo, esos dos grandes motores de toda vida y de toda luz. Alrededor de la estancia estaban ordenados instrumentos de barro y cristal de formas extrañas y alargadas, que parecían modelados por algún obrero caprichoso, en presencia de vagos recuerdos de pájaros raros ó de peces desconocidos; botellas de diferentes tamaños, y cerradas cuidadosamente con cubiertas en las que la mirada asombrada trataba de leer caracteres convencionales que no pertenecían á ninguna lengua, estaban colocadas en repisas circulares, y ceñían el mágico laboratorio como esas fajas misteriosas que oprimen el cuerpo de las momias, y encima colgaban, de clavos de oro, plantas secas ó verdes todavía, según que debieran ser empleadas en hojas frescas ó en polvo; la mayoría de estas plantas habían sido recogidas en las épocas recomendadas por los magos, es decir, al principio de la canícula, en esa época precisa y rápida del año en la que el mago no podía ser visto ni de la luna

ni del sol. Había en aquellos recipientes las preparaciones más raras y preciosas: unos contenían pomadas que le hacían invencible á uno, compuestas con grandes gastos y gran trabajo, con la cabeza y la cola de una serpiente alada, pelos arrancados de la frente de un tigre y del lomo de un león, y espuma de un caballo vencedor; otros encerraban, como amuleto poderoso para la realización de todos los deseos, sangre de basilisco, llamada también sangre de Saturno; en fin, los había que no podían ser pagados ni trocándolos con su peso en diamantes, y en los cuales hallábanse selladas algunas partículas de aquel perfume tan raro, que únicamente Julio César, según decían, pudo procurarse, y que se encontraba en el oro *afiro*, es decir, en el que no ha sido ensayado al fuego. Había entre las plantas de coronas de henocrisos la flor que otorga los favores y la gloria, y verbenas arrancadas con la mano izquierda, y de las que se habían secado separadamente á la sombra las hojas, el tallo y las raíces; esto servía para la alegría y los placeres, porque regando el triclinio con agua en la que se hubiesen cocido algunas hojas, no existía convidado taciturno, ni filósofo severo que no se entregase pronto á la más ruidosa alegría.

Una mujer vestida de negro, con la túnica recogida por un lado á la altura de la rodilla por un carbunco, llevando en la mano una varita del árbol que servía para descubrir los tesoros, esperaba á Nerón en aquella estancia; estaba sentada y abismada en tan profundas meditaciones, que la entrada del Emperador no bastó para sacarla de su preocupación; Nerón se acercó á ella, y á medida que se aproximaba, aparecía en su rostro una singular expresión de temor, de repugnancia y de desprecio. Cuando estuvo á su lado hizo una señal á Aniceto, y éste tocó á la mujer en un hombro, la cual levantó lentamente la cabeza y la sacudió para apartar sus cabellos, que sueltos, sin peinetas ni cintas, le cubrían como un velo la cara cada vez que inclinaba la frente; entonces pudo verse el rostro de la maga: era el de una mujer de treinta y cinco á

treinta y siete años, que había sido hermosa, pero que estaba ajada antes de tiempo por el insomnio, por los desórdenes y por el remordimiento tal vez.

Se adelantó á dirigir la palabra á Nerón sin levantarse, y sin hacer más movimiento que el de los labios.

—¿Qué me quieres de nuevo?—preguntó.

—Por de pronto—respondió Nerón,—¿te acuerdas tú del pasado?

—Pregunta á Teseo si se acuerda del infierno.

—Sabes que te he sacado de una prisión infecta, en la que agonizabas lentamente, echada en el fango y entre reptiles que se paseaban por tus manos y tu cara.

—Hacía tanto frío que no los sentía.

—Sabes en dónde te he puesto, en una casa que he hecho edificar y que he mandado adornar como para una amante; llamaban á tu industria crimen, y yo la llamé arte; perseguían á tus cómplices, y yo te he dado discípulos.

—Y yo te he concedido en cambio la mitad del poder de Júpiter..... He puesto á tus órdenes..... la muerte..... esa hija ciega y sorda del Sueño y de la Noche.

—Está bien: veo que lo recuerdas; te he enviado á buscar.

—¿Quién, pues, debe morir?

—¡Oh! en cuanto á eso, es preciso que tú lo adivines, porque no puedo decírtelo: es un enemigo demasiado poderoso y demasiado peligroso para que yo confíe su nombre ni á la misma estatua del Silencio; ten cuidado, sin embargo, porque es preciso que el veneno no tarde en sus efectos, como con Claudio, ó falle en su primer ensayo, como con Británico; es menester que mate al instante, sin dejar tiempo de articular palabra á la víctima; en fin, necesito un veneno semejante al que preparamos en este mismo lugar, y que experimentamos en un javalí.

—¡Oh!—dijo Locusta—si no se tratara más que de preparar ese veneno y aun otro más terrible todavía, nada sería más fácil; pero cuando te dí el veneno de que me hablas, sabía para

quién iba á ser: era para un niño sin desconfianza, y podía responder del resultado; pero hay gentes sobre las cuales, lo mismo que sobre Mitrídates, no tiene el veneno ningún poder, porque han habituado poco á poco su estómago á soportar los jugos más venenosos y los polvos más mortales: si, por desgracia, mi arte tropezara con una de esas constituciones de hierro, el veneno quedaría sin efecto y dirías que te había engañado.

—Y entonces— replicó Nerón— te volvería á meter en la ergástula y te daría por guardián á tu antiguo carcelero Polio Julio: he aquí lo que yo haría; reflexiona, pues.

—Dime el nombre de la víctima, y te responderé.

—Por segunda vez te digo que ni puedo ni quiero decirte; ¿no tienes tú combinaciones para encontrar lo desconocido? ¿Sortilegios con los que haces que se te aparezcan velados fantasmas, á los que interrogas y te responden? Busca é interroga: yo no quiero decirte nada; pero no te impido que adivines.

—Yo no puedo hacer nada aquí.

—No eres mi prisionera.

—Volveré dentro de dos horas.

—Pefiero seguirte.

—¿Hasta el monte Esquilino?

—A todas partes.

—¿Y vendrás solo?

—Solo, si es preciso.

—Ven, pues.

Nerón hizo una señal á Aniceto para que se retirase, y siguió á Locusta fuera de la casa dorada, llevando por toda defensa aparente su espada; verdad es que ya han dicho algunos que llevaba día y noche á raíz de la piel una coraza de escamas que le defendía todo el pecho, y que estaba tan habilmente hecha, que se plegaba á todos los movimientos del cuerpo, aunque estuviese á prueba de las armas mejor templadas y del brazo más vigoroso.

Siguieron las calles sombrías de Roma, sin esclavo que les alumbrara, hasta el Velabrio, en donde estaba situada la casa de Locusta. La maga dió tres golpes, y una vieja, que la ayudaba á veces en sus encantamientos, vino á abrir y se apartó sonriendo para dejar paso al arrogante joven que venía sin duda á solicitar algún filtro. Locusta abrió la puerta de su laboratorio y entró la primera, indicando al César que la siguiese.

Entonces se ofreció á los ojos del Emperador una extraña mezcla de objetos diversos y repugnantes: momias egipcias y esqueletos etruscos se erguían á lo largo de las paredes; cocodrilos y pescados de singulares formas pendían del techo, sostenidos por invisibles hilos de hierro; figuras de cera de diferentes tamaños y diversos parecidos se hallaban colocadas en pedestales, con agujas ó puñales en el corazón. En medio de todos aquellos extraños aparatos revoloteaba sin ruido un buho espantado, el cual, cada vez que se posaba en algo, hacía brillar sus ojos como carbones encendidos, y castañatear su pico en señal de terror; en un rincón de la habitación una oveja negra balaba tristemente, como si hubiese adivinado la suerte que la esperaba. De pronto, en medio de aquellos diversos ruidos, Nerón distinguió lamentos; miró con atención en torno suyo y hacia el centro de la estancia; percibió á flor de tierra un objeto cuya forma no pudo distinguir al pronto: era una cabeza humana, pero sin cuerpo, aunque sus ojos pareciesen vivos; alrededor de su cuello estaba enroscada una serpiente, cuya lengua negra y movable se dirigía de cuando en cuando con inquietud hacia el Emperador, y se introducía después en una redoma con leche; en torno de aquella cabeza, como en torno de Tántalo, habían colocado manjares y frutas, de suerte que parecía ser un suplicio, un sacrilegio ó un sarcasmo. Por lo demás, al cabo de un instante, el Emperador no tuvo duda alguna: lo que se lamentaba era la cabeza aquella.

Locusta empezó sus operaciones mágicas. Después de haber regado toda la casa con agua del lago Averno, encendió

una hoguera compuesta de ramas de sicomoro y de cipreses arrancados sobre tumbas, arrojó en ella plumas de alondra, humedecidas con sangre de sapo, y añadió hierbas cogidas en Jolcos y en Iberia. Entonces se puso de cuclillas ante el fuego, murmurando palabras ininteligibles; después, cuando comenzó á consumirse, miró en rededor, como si buscara algo que sus ojos no encontraran al pronto; entonces dejó oír un silbido particular, que hizo enderezar la cabeza á la serpiente; al cabo de un instante volvió á silbar, y el reptil se desenroscó lentamente; por fin se oyó un tercer silbido, y como obligado á obedecer al llamamiento, el animal obediente, pero temeroso, se arrastró hacia ella lentamente. Entonces ella le agarró por el cuello y le acercó la cabeza á la llama; en seguida el cuerpo del reptil se enroscó al brazo de la maga, y á su vez lanzó silbidos de dolor; pero ella la aproximó más al fuego, hasta que su garganta blanqueó con una especie de espuma; tres ó cuatro gotas de aquella baba cayeron en las cenizas, y esto era probablemente lo que deseaba Locusta, porque en seguida soltó al reptil, que huyó con rapidez, trepó como la yedra por la piedad de un esqueleto y se refugió en las cavidades del pecho, donde durante algunos minutos todavía se la pudo ver agitarse entre los restos del dolor, á través de los huesos que le envolvían como una jaula.

Entonces, Locusta recogió las cenizas y las ardientes brasas en una servilleta de amianto, cogió á la oveja negra por una cuerda que tenía al cuello, y, habiendo acabado sin duda lo que tenía que hacer en su casa, se volvió hacia Nerón, que había contemplado todas aquellas cosas con la impassibilidad de una estatua, y le preguntó si continuaba dispuesto á acompañarla al monte Esquilino. Nerón le respondió con un signo afirmativo: Locusta salió, y el Emperador marchó en pos de ella; en el momento en que cerraba la puerta, oyó una voz que impetraba piedad con acento tan doloroso, que se conmovió y quiso detener á Locusta; pero ésta respondió que el menor retraso le haría faltar á su conjuro, y que, si el Empera-

dor no la acompañaba al punto, se vería obligada á marchar sola ó dejar su empresa para el día siguiente. Nerón empujó la puerta y se apresuró á seguir á la maga; por lo demás, como no era ajeno á los misterios de la adivinación, había reconocido, poco más ó menos, la preparación de que se trataba. Aquella cabeza era la de un niño enterrado hasta el cuello, al que Locusta dejaba morir de hambre á la vista de manjares colocados fuera de su alcance, á fin de hacer después de muerto, con la médula de sus huesos y su corazón seco por la cólera, uno de aquellos filtros amorosos ó brebajes amatorios que los ricos libertinos de Roma ó las amantes de los emperadores pagaban á veces con cantidad, con la que hubieran podido comprar una provincia.

Nerón y Locusta, semejantes á dos sombras, siguieron algún tiempo las tortuosas calles del Velabrio; después se dirigieron silenciosa y rápidamente por detrás de la muralla del gran circo y llegaron al pie del monte Esquilino; en aquel momento, la luna, en su primer cuarto, se elevó por detrás de la cima, y sobre el plateado azul del cielo se destacaron las numerosas cruces en las que estaban enclavados los cuerpos de los ladrones, de los asesinos y de los cristianos, confundidos juntos en un mismo suplicio. El Emperador creyó al pronto que la envenenadora iba á habérselas con alguno de aquellos cadáveres; pero pasó entre ellos sin detenerse, y, haciendo un signo á Nerón para que esperase, fué á arrodillarse junto á un túmulo pequeño, y se puso como una hiena á cavar con las uñas la tierra de la fosa: luego, en la excavación que acababa de hacer vertió las candentes cenizas que llevaba consigo, y á las cuales un soplo de la brisa arrancó al pasar algunas chispas; después, cogiendo la oveja negra traída con aquel fin, le abrió con los dientes la arteria del cuello y apagó el fuego con su sangre. En aquel momento se veló la luna, como para no asistir á semejantes sacrilegios, pero, á pesar de la obscuridad que se esparció en seguida por la montaña, Nerón vió erguirse ante la adivinadora una sombra, con la cual conver-

só durante algunos instantes; recordó entonces que hacia aquel lugar había sido enterrada, después de haber sido estrangulada por sus asesinos, la maga Canidia, de la que hablan Homero y Ovidio, y no tuvo duda de que era su maldito fantasma á quien interrogaba Locusta en aquel momento. Al cabo de un instante, la sombra pareció volver de nuevo á la tierra, la luna se libertó de la nube que la obscurecía, y Nerón vió volver hacia él á Locusta, pálida y temblorosa.

—¿Y bien?—dijo el Emperador.

—Todo mi arte sería inútil—murmuró Locusta.

—¿No tienes ya venenos mortales?

—Sí, á fe; pero ella tiene antídotos soberanos.

—¿Conoces, pues, á la que yo he condenado?—repuso Nerón.

—Es tu madre—replicó Locusta.

—Está bien—dijo fríamente el Emperador;—entonces encontraré algún otro medio.

Y ambos descendieron de la montaña maldita, y se perdieron en las calles sombrías y desiertas que conducían al Velabrio y al Palatino.

Al día siguiente, Actea recibió de su amante una carta que la invitaba á marchar á Baya y á esperar allí al Emperador, que iba á celebrar en aquel lugar, con Agripina, las fiestas de Minerva.

(Continuará).

POETAS AMERICANOS

APLAUSOS Y QUEJAS

AL INSPIRADO CANTOR DE LA RAZA LATINA

DON OLEGARIO V. ANDRADE ⁽¹⁾

Oí tu voz, y á la celeste esfera
Volé contigo, poderoso vate,
Cual condor de la andina cordillera,
Que, con sublime aliento,
Arranca de la roca solitaria
A los mares de luz del firmamento.

¡Oh prodigio! Las sombras del pasado,
Noche de las edades tenebrosa,
¡Huyeron ante mí! ¡Se abrió la fosa,
Que en sus entrañas lóbregas encierra,
Polvo tras polvo de las *muertas razas*,
La vieja humanidad cambiada en tierra!
Y se extendió á mis pies cual mapa inmenso,
Del orbe la amplitud, vasto escenario,
Donde el drama grandioso de la Historia,
Ya de baldón colmadas, ya de gloria,

(1) Esta poesía nos la ha enviado D. Leónidas Pallarés y Arteta.

A impulso de frenéticas pasiones
O de eximia virtud, ante los siglos
Absortos, representan las naciones!

Yo he visto á Eneas, con el peso augusto,
Salir de entre las ruinas polvorosas
De la infeliz Ilión; verter el llanto
Que á el alma, no á los ojos, de los héroes
Arranca de la patria el duelo santo,
Y al capricho entregarse de las ondas
Buscando peregrino,
En ignota región, tierra lejana,
Donde plantar los vástagos tronchados
De la estirpe troyana.

No los vientos, el soplo del destino,
Las velas infla que á Occidente vuelan,
Cual banda de gaviotas asustadas
Por trueno repentino.
Brama la tempestad en el Tirreno
Ponto, que ruge airado,
Alzando montes de encrespadas olas,
Que ocultan todo puerto al desgraciado;
Pero Marón despierta
Y su empolvada lira
Del túmulo retira,
Donde, á par del cantor, cayera muerta.
El nos sabrá decir cómo se cambia
El sañudo huracán en manso ambiente;
Fácil surco en la mar hiende la prora,
Y su dorada luz la rubia aurora
Vierte sobre la linfa trasparente.

¡Peregrino feliz! En los confines
Del piélago ignorado
Italia está, bellísima sirena,

Que con lazo de nardos y jazmines,
Cautivo para siempre, le encadena.
Halló el hijo de Anquises piadoso
La patria que buscaba.—Nacen pueblos;
Levántanse ciudades;
Guerreros bullen, y en el noble Lacio,
(Póstuma de esa Ilión que *se desploma*)
Más grande y más audaz, yérguese Roma!

«Perdió su claridad el sol de Grecia,
Al brillo de aquel astro que nacía»;
Atenas, abismada,
Vió en extranjera mano
El clarín portentoso de la Iliada;
Selló el labio Demóstenes divino,
Que hablaba Cicerón; la Macedonia,
Falanje irresistible,
Terror del persa, á la legión romana
Cedió atónita el paso, y ante César,
Titán del Occidente,
La gigantesca sombra de Alejandro
Se inclinó reverente!

Salió de madre el Tíber
Y se hincharon sus aguas de manera,
Que el cauce, la ribera,
El valle, el soto, la colina, el monte,
La cresta que deslinda el horizonte,
Cien horizontes más; cuanto divisa
El ojo en derredor, cuanto la mente
Sin límites abarca,
Cubrieron, como mar que se desborda
Y hace del Universo una comarca!

Esclavo el orbe todo
Fue del Romano colosal imperio;
¡Y aquí el dedo de Dios, aquí el misterio

Resplandecen, poeta! Que las razas
Uncidas á la vez al férreo yugo
Con sólida cadena,
Cual hordas criminales que el verdugo
Llevase juntas á la misma pena,
Llegan, en asombrosa muchedumbre,
A purgar un delito solidario.....
¡Bañándose en la sangre redentora,
Bajo el madero santo del Calvario!
¡Y Roma muere...! Conceder la vida
Al hombre, al pueblo, sin misión arcana,
Que debe ser cumplida,
No es del pródigo Sér, que apaga soles,
Cuando su luz es vana.

Si vagos arreboles
De sanguíneo fulgor aún flotan tenues
Bajo la parda nube,
Es porque al cielo sube
Y con brillo siniestro reverbera,
La fatídica lumbre de la hoguera
Que ha encendido Nerón, en su delirio,
Más que por convertir Roma en cenizas,
Por disponer la pira del martirio.

Astro resplandeciente
Que en la etérea región cruge y estalla,
Y arroja en los espacios, cual candente
Luminosa metralla,
Fragmentos de sí propio, y cienluceros
Fulguran de improviso,
Esmaltando la bóveda sombría
En torno de ese sol que se deshizo:
Así feneció Roma; así nacieron,
Del maternal quebranto,
Las nobles hijas del vigor latino,
Objeto insigne de tu hermoso canto.

¡Bienhadadas las huérfanas! Tenían
O tra madre amorosa, que su seno
Les brindase al nacer, madre que al labio,
En copa bendecida,
De hiel exenta y de letal veneno,
Les llevase la leche de la vida.

¡Santa Iglesia de Cristo! Tú las aguas
Vertiste de la fuente de tu esposo
Sobre el grupo de reinas que en la tumba
Se alzaron del coloso!
Tú, con materno afán, su rica herencia
Supiste preservar en el santuario,
Divina salvadora de la ciencia!

¿Qué la Europa sin ti?... Turbión del Norte
Levántase iracundo,
Ruge, se arremolina, se dilata
Sobre todos los ámbitos del mundo:
Catarata de gentes que, de lo alto
De la salvaje breña,
Con diabólica furia se despeña,
Cunde, inunda, devasta y en horrendo
Bramador torbellino,
La muerte y el estrago difundiendo,
Va, por sus propias ondas empujada,
Y luego..... *como lóbrega laguna,*
A los pies de LEÓN *muere callada!*

Cantor preclaro de esa raza de héroes
Que es el fénix eterno de la historia,
Bien puedes entonar épicos himnos
A su perpetua gloria,
Ya que la excelsa Cruz abre sus brazos
Y con ellos cobija
Al romano y al bárbaro, á los hombres:
La humanidad es su hija!

E. M.—Junio 1901.

Primogénita ilustre, el cetro de oro
Empuñe de los Césares Iberia,
Ocho siglos batalle con el moro,
Extermine sus huestes en Granada,
Recobre la usurpada
Hereditad, y en un rapto de hidalguía,
Desate la diadema de su frente,
Para comprar con ella
Joya de más valor: ¡un Continente!

De pie, sobre la orilla
Del gaditano mar, lance á la América
La romana semilla;
Que en el suelo fecundo
De esta virgen comarca, que latente
El juvenil calor guarda del mundo,
Germinará lozana y vigorosa,
Doblando presto la española gente.

¡Perdón, oh madre amada!
Perdón, si un día tus audaces hijos
Libertad te pedimos con la espada!
Tú nos diste la sangre de Pelayo;
Tú la férvida sed de independencia:
Castellano el arrojo,
Castellana la indómita violencia
Fueron con que esgrimió tajante acero
El que probó en la lid..... ser tu heredero.

Si para siempre roto
Cayó el antiguo lazo en la jornada,
Ese lazo no fue, madre adorada
El del filial amor, vínculo tierno
Que ha de ligarle á ti con nudo eterno.

Mientras tu dulce sonoro idioma,
Raudal inagotable de armonía,
Su ritmo musical preste á los bardos
Que en la floresta umbría

Del Ande entonan cantinela indiana,
No morirá tu amor, y tuyo el lustre
Será, si en el conciento,
Entre las galas del primer latino,
Luce el hispano varonil acento.

Pero ¿cuál el altivo
Pueblo es que surge y á los pueblos guía
Vertiendo del progreso en la ancha vía
De clara antorcha refulgente lumbre?
¿Quién pretende impeler con arrogancia
La humanidad entera hacia la cumbre?....
¡Naciones, apartad! ¡El pueblo es *Francia!*
Reina del pensamiento, marca el rumbo
De la humana razón; desde el sagrado
Trípode de la ciencia,
Dicta revelaciones de Sibila
Al orbe congregado en su presencia.
Cada vez que inspirada se estremece
Y el hacha agita en la convulsa mano,
Se desprenden centellas rutilantes,
A flotar en la atmósfera del mundo,
Cual fantástica lluvia de diamantes.
Mas ¡ay! la antorcha, convertida en tea
De incendio asolador, fuego derrama,
Y estupefacto el orbe compadece
A Francia que se inflama.
¡Desgraciada nación! Sus propios hijos,
Que, ansiosos de más luz, la llama horrible
Frenéticos atizan, son, ¡oh espanto!
Forzados á ser vir de combustible.
Humo y pavesas á una margen y otra
Del desolado Sena,
Humo y pavesas solamente habría;
Mas el Nerón francés pásmase un día

Del exterminio horrendo
 Y sangre y ruinas, y terror y luto,
 Mirando por doquier, sube azorado,
 Moisés de la impiedad, á la *Montaña*;
 Reprime ante las turbas
 El ímpetu terrible de su saña;
 Serenidad imprime á su semblante;
 Finge bíblico acento de profeta,
 Y dota á la nación agonizante.....
 Con un *Dios*, que el sacrílego decreta!

A poco la cuchilla
 Sangrienta del perenne sacrificio
 Dividió la garganta del tirano;
 Pero el *ay!* que á su Padre soberano
 Exhalaba la Francia en el suplicio,
 Llegó doliente: la Piedad sus alas
 De cándida paloma
 Tendió en rápido vuelo,
 A ese campo de horror, donde moría
 Un gigante olvidado por el Cielo.....

Y aún vive Francia! luminar radioso,
 Que, pasado su eclipse, resplandece;
 Adalid que sucumbe y se levanta
 Y en su propio infortunio se engrandece.
 Cada vez que la sangre de sus hijos
 El patrio suelo inunda,
 Germina en la tierra que fecunda
 Encelados soberbios, que quisieran,
 Con loco atrevimiento,
 Alzar la humanidad sobre sus hombros
 Y amontonando escombros sobre escombros,
 Saltar al firmamento!

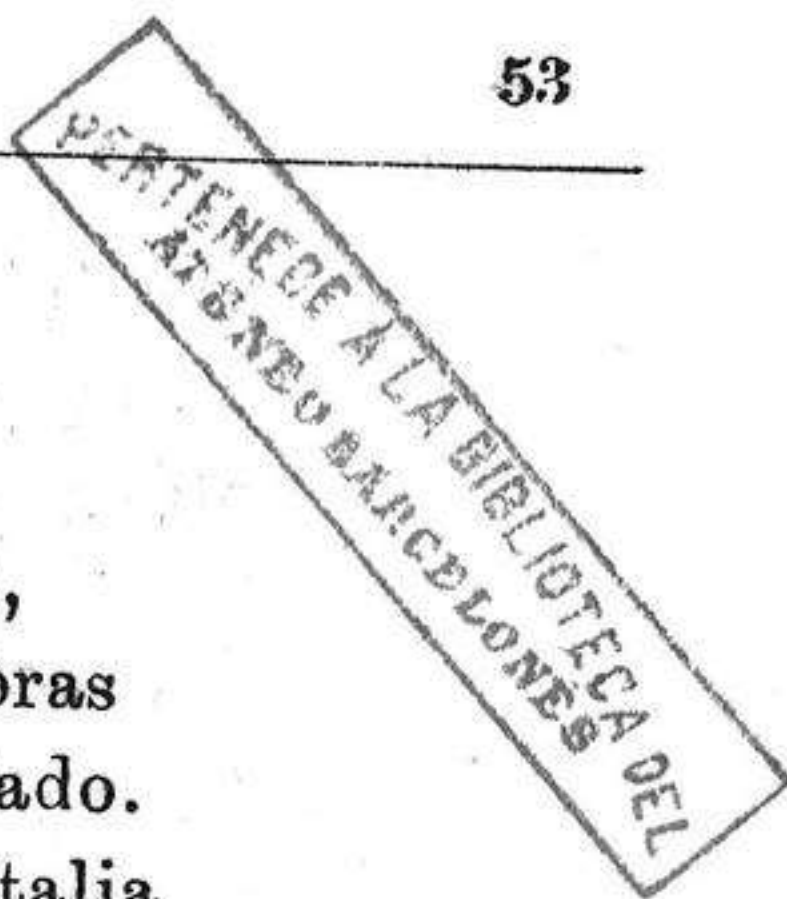
¿Lánguido es mi cantar, vate argentino?

Brío mayor reclama
La resonante trompa de la fama?
Pues sigue tú, que, osado
Robusta entonación, ardiente verso,
Lírico arranque tienes, y te encumbras
Al cenit, que las musas me han vedado.

Canta las glorias de la hermosa Italia
Que siglos há dormida
Sobre el sepulcro del romano imperio,
Ha despertado al fin llena de vida;
De Italia en cuyos fastos
El nombre brilla de aquel nauta excelso,
Que, arrancando á los vastos
Dominios de la mar mitad del orbe,
Perfeccionó la esfera,
Y el del genio atrevido, que, usurpando
De un dios la potestad, se alzó y dispuso
Que el globo se moviera!

Pero, ¿por qué tus ojos
Apartas del Oriente,
A ver cuál se derrama
Sobre nuevo país latina gente,
Antes de que los vuelvas al extremo
De la tostada Libia, donde azotan
Solitario peñón rudas tormentas,
Que el no surcado piélago alborotan?
El cielo se oscurece, el viento zumba,
Furioso el ponto brama;
La combatida mole se estremece
Y al clarear del relámpago, aparece,
Poeta, vedle allí: ¡Vasco de Gama!

Si hasta el Índico mar el rumbo sigues
Que traza el arrogante lusitano,
Un náufrago verás: las ondas bate



Con la siniestra mano,
Y, ansioso de salvar lo que mil veces
Más preciso reputa que la vida,
En la diestra levanta,
Con afán infinito,
Un objeto inmortal: el manuscrito
En que las glorias portuguesas canta!
¡Cuna del Camoëns! á injurioso olvido
Tu nombre relegar, ¿cómo un poeta
De América ha podido?
Cuando aún parece que la sombra inquieta
Del claro Magallanes
Escudriña la brecha misteriosa,
Al nocturno fulgor de los volcanes;
Cruza de mar á mar; graba su nombre
En la roca vecina,
Y bogando á las islas de Occidente,
Cae, para marcar perpetuamente,
Con su tumba, la ruta peregrina.
Viuda volverá su nave heróica,
Por opuesta región, al mismo puerto,
Y testigo intachable del profundo
Dictamen de la ciencia,
Probará que, del sol en competencia,
Pudo dar un bagel la vuelta al mundo.

Mas siga ya tu canto, y la hechicera
Nereida que del fondo de las aguas,
Bañada en perlas, levantó la frente,
Al sentir que Colón mundos perdidos
Buscaba entre las brumas del Poniente,
América, la virgen prometida,
Que, de gala vestida,
Bajo un dosel de palmas y de flores,
Al Porvenir aguarda,

Y en lánquidos suspiros
Se queja de su amante, porque tarda;
Ella, que el regio manto,
Bordado de esmeraldas y rubíes,
Ha tenido en las costas de sus mares,
Ávida de que salten á millares
Los obreros del bien, que el siglo admira,
Oiga, en elogio suyo,
Los pindáricos sonos de tu lira.

Exenta un tiempo de afrentoso yugo,
Libre como la luz, como las auras,
Creció lozana y bella,
Hasta el aciago día
En que, siguiendo de Colón la huella,
La vino á sorprender la tiranía.

Por luengos años, prisionera ilustre
De extranjero señor, lloró en silencio
Su desdichada suerte;
Pero, cansada, en fin, de oprobio tanto
Á la ignominia prefirió la muerte;
La perdida altivez cobró iracunda,
Deshizo en mil pedazos
La bárbara coyunda;
Y amazona terrible en la batalla,
Al pecho disparó de sus guardianes
Los grillos convertidos en metralla!

Hoy es la poderosa
Soberana que extiende sus dominios
Del uno al otro polo,
Y al opresor antiguo, generosa,
Le tiende amiga mano,
Que quien fue su señor es ya su hermano.

Las páginas no escritas
Que el misterioso libro de la historia
Guarda para el futuro,

Ella sabrá llenarlas con su gloria.
Ante ella han de librarse
Los postreros combates del progreso.
No importa que el exceso
De vida, de entusiasmo, de energía,
En que el fecundo seno le rebosa,
La inflame alguna vez y la enloquezca:
En sus entrañas arde todavía
Aquel fuego interior que hundió los valles,
Alzó los montes, trituró las rocas
Y sacudió el planeta,
Antes que dócil á la ley cediese
Que á reposado giro lo sujeta.

Si aun hoy su veste cándida
Mancha con sangre la matanza impía;
Si el humo de las lides pestilente
Le inficiona el ambiente,
Le agosta el campo, le obscurece el día;
Presto de la discordia el monstruo infame
Caerá á sus pies rendido,
Y al disiparse la sulfúrea nube,
De mortíferos rayos negro nido,
América, radiante y majestuosa,
Moderna Egeria del linaje humano,
Futura institutriz de las naciones,
Las tablas de la ley tendrá en la mano.

Y con regio ademán, el noble coro
Mostrará de sus hijas predilectas
De progenie romana,
Que su honra, su decoro,
Su timbre, su blasón serán mañana.

Allí la patria del invicto Juárez,
Al brazo el arma, con marcial denuedo,
Defenderá sus leyes,

A rasgar otra vez apercibida
La púrpura insultante de los reyes.

Las cinco hermanas que tranquilas bordan,
Con afán incesante,
Por uno y otro ponto acariciadas,
Del progreso la túnica brillante,
Y en grata confianza,
Para ser grandes, pactan
Confundir sus destinos y su herencia,
Juntas esplenderán, como en el cielo
Las estrellas menores,
Que duplican así sus resplandores.

Las que en medio del ponto gimen solas
Y el furibundo embate
Sufren del despotismo y de las olas,
Cual débiles barquillas
Dispersas en la mar, formarán, libres,
La poderosa Unión de las Antillas.

Venezuela gloriosa,
Emporio de héroes, madre afortunada
Del inmortal campeón de estas regiones,
Que hizo brotar naciones
Donde clavó la punta de su espada;
De lauro ornada la soberbia frente,
Centinela del amplio continente
De que supo expeler al castellano,
La daga de Bolívar tendrá al cinto
Y la lanza de Páez en la mano.

Colombia, que, con diestra vigorosa,
Levanta el democrático estandarte
A altura prodigiosa,

Y en cuyo seno ardiente,
Como en fragua volcánica se funden
El pasado, el futuro y el presente;
Con noble majestad, á los marinos
De uno y otro hemisferio,
Enseñará la portentosa vía
Que sometió dos mares á su imperio;
Y cuando enjambre de extranjeras naos
Desfile á su presencia,
Homenaje á tu esfuerzo y á tu ciencia
Les sabrá demandar, ¡moderno Alcides,
Que las ondas del piélago derramas
En medio de los mundos que divides!

¡Desgraciado Perú, que hoy te retuerces
En el sangriento potro del martirio,
Mordiéndolo con despecho la cadena,
Víctima del frenético delirio
Con que tu propio hermano te condena!
Cuando cese el tremendo
Sacrificio en que expías
Faltas, no hay duda, de pasados días,
Cobrarás presto tu vigor nativo,
Tras el breve desmayo,
E impávido y audaz, fuerte y altivo,
Serás el adalid del *Dos de Mayo*.

¡Chile! ¡Chile brioso!
Que arrojaste colérico el azada,
Para empuñar el homicida acero
Y blandirlo con fuerza desusada,
Bien has mostrado ya que eres guerrero;
Mas ¡ay! en fraticida
Contienda, que deslustra la victoria,
Porque duelo es la gloria,

Cuando es hermana la nación vencida.
¡Perdón para el Perú! ¿Cómo pretendes
Que bajo el peso del baldón sucumba?
¡Pueblo que tan bizarro te levantas,
Dejarás de ser grande, si tus plantas
Pones sobre una tumba!....

Bolivia generosa, hija postrera
Del gran batallador, viuda hermosa
Del capitán insigne de Ayacucho,
Depuesta la luctuosa
Vestidura que hoy llevas,
Pues tu pesar es mucho,
Debieras convertir, para ser fuerte,
En lección provechosa tu escarmiento,
Y unir presto á tu suerte
La del rey de las Chinchas opulento.

Mas ¡oh bardo argentino!
Toma, toma esta lira,
Que desfallece en mis indoctas manos
Y, de cantar en vez, gime y suspira.
Escuche tus galanos
Himnos la *Emperatriz* del claro Plata;
Prosigue tú y desata
El undoso raudal de poesía
Que en la patria de Mármol y de Andrade
Difunde, á par del éter, la armonía.
Presagia tú el destino
De la región austral, cuna dichosa
Del Bolívar del Sur. Ya que el divino
Estro tu pecho inflama,
Levántate y proclama
Del joven Uruguay la gentileza;
Del Oriental Imperio,

República futura, la grandeza;
 Y un aplauso te arranque, si eres justo,
 A menos que el pudor tu labio selle,
 Ese cubil famoso de leones,
 Contra el cual ¡oh vergüenza! tres naciones
 Corrieron á lidiar, y fuera en vano,
 Si exterminados en la lucha fiera
 Los últimos valientes, no cayera,
 Ilustre mártir, el que fue tirano.

¡Ecuador! ¡Ecuador! patria querida,
 Por cuyo amor es poco dar la vida,
 ¿Cómo, cual tribu obscura,
 Entre incógnitas breñas olvidada,
 Incapaz de progreso y de cultura,
 Te deja el bardo insigne desdeñada?

¿Qué pompa te negó pródigo el cielo?
 Ardiente sol en tu zénit enciende;
 Con mágico primor tus campos viste,
 Y si al ocaso tiende
 Océano inmenso, que tus costas baña,
 Acá, tras la granítica montaña
 Que rasga con sus crestas el nublado,
 Otro mar portentoso de verdura
 Despliega para ti, donde ignorado
 Guarda el secreto aún de tu ventura.

Grande es tu porvenir, virgen del Ande,
 Porque al morir Colombia, el patrimonio
 De sus hijas fue grande.

¡Copiosos frutos de diversas zonas
 Ostenta tu regazo;

Ricos veneros tu comarca cría;
 Tus canales son Guayas, Amazonas,
 Tus montes, Cotopaxi, Chimborazo,
 Tus tiranos, García!

¿Te falta gloria? ¡No! Cuando entre sombras
Lóbregas de ignorancia y servidumbre,
La colonia dormía torpe sueño,
Tú, de las sierras en la enhiesta cumbre,
Dabas la voz de alarma, convocando,
Contra la turba inicua de opresores,
El de oprimidos infelice bando;
Y al resonar el imponente grito,
Conmovidos los ecos, contestaban:
¡Luz de América, Quito!

¿Y después.....? En silencio pavoroso
Volvió á quedar sumido el continente;
No hubo quien acudiese á tu defensa,
Y en bárbara hecatombe, la inocente
Sangre de tus patricios corrió un día,
Sangre con que el bautismo
La libertad obtuvo, pues nacía.

Despertaron al fin los que en inerte
Sopor adormecidos,
Sordos á tus inútiles gemidos,
A merced te dejaban de tu suerte.
Truena la tempestad en Carabobo;
Estalla en Boyacá; brama en Pichincha;
Y Bolívar, el dios de la tormenta,
Su trono de relámpagos asienta
Aquí, en el diamantino
Culmen excelso del coloso andino.

El teatro contempla de su gloria;
Dicta para los siglos posteriores
Inauditos portentos á la Historia;
Inspirado delira;
Aguila poderosa, tiende el vuelo,
Buscando en la del Sur esclava tierra
Siervos que libertar; y fue en tu suelo
Guayaquil hechicera, codiciada

Por todo malhechor, donde avistadós
Uno y otro gigante,
El argentino resignó su espada,
Y el colombiano audaz pasó adelante.
¡Patria del corazón! ¡Cuando extinguido
El último estampido
Del cañón formidable de Ayacucho,
Ébrio de sangre se inclinó el acero
Y enmudeció el clarín, sobre la tumba
Del poder extranjero,
Bolívar, en el éxtasis divino,
En la embriaguez suprema de la gloria,
Oyó sublime canto,
Música celestial de la victoria!

¿Y quién era el cantor.....? ¡Insigne Olmedo,
Lustre envidiado de la patria mía,
Sal de la selva umbría,
En que, á la margen de tu caro Guayas,
Descansas, arrullado
Por el dulce murmurio de las olas,
Cabe el rosal pintado;
Sal y descuelga tu laud sonoro,
Y el canto, que dormido
Yace en sus cuerdas de oro;
Mientras tú lo despiertas atrevido,
Derrámese en armónico torrente,
Para que sepa, si lo ignora, el mundo,
Que es honra, no baldón del continente,
La patria del poeta sin segundo!

LUIS CORDERO.

UN AUTOR DRAMÁTICO

ENTRE LAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO DE 1808

D. LORENZO DANIEL

A causa de los trágicos sucesos que señalaron el *Dos de Mayo de 1808* el momento heroico inicial con que el espíritu viril de la nación española formuló su protesta de sangre y de sacrificio contra la larga é inicua intriga que tejió y desplegó Napoleón I para apoderarse de España y uncir su fiera independencia al nuevo pacto de familia que había fraguado, luego que pasaron las primeras lóbregas horas de la bárbara hecatombe, el Consejo de Castilla procedió á levantar en los cuarteles municipales de Madrid, por medio de la Sala de gobierno de Alcaldes de casa y corte, un bosquejo de listas ó estadística de las muertes ocurridas en el fragor de las luchas populares y en el exterminio de las inhumanas ejecuciones que siguieron después que aquéllas acabaron. El acuerdo se tomó en Consejo pleno el día 8, y el Secretario de este alto cuerpo, D. Bartolomé Muñoz, lo comunicó con la misma fecha al de la Sala, don Adrián Marcos Martínez. El pánico, que se había apoderado del vecindario de la capital, y el temor de que, dada la arbitrariedad y la sevicia que habían impreso á sus actos los falaces invasores, á quienes se abrieron las puertas de la patria considerándolos como amigos y aliados, dieron motivo para

que las ocultaciones de las pérdidas que se habían sufrido en el seno de cada familia fueran infinitamente más que las que se declararon. Además, á Madrid había afluído para tomar parte en la protesta un número considerable de personas de todos los sitios reales y pueblos comarcanos que en ellos tenían su vecindad; y los que de estas procedencias rindieron aquel día el tributo de la vida por la patria, quedaron sin filiación en aquellas pavorosas listas y aun en los asientos de los libros parroquiales de óbitos, en los de los hospitales á que los heridos fueron llevados y en los de los cementerios, á donde por carretadas se les transportó para dar sepultura cristiana á sus cadáveres.

Aquellas listas fueron numeradas conforme iban entregándose en el Consejo por los que recibieron el encargo de formarlas, y en las del cuartel de Palacio, del cargo del Alcalde D. Ramón Navarro Pingarrón, en la primera inscripción que con el número de orden 103 se estampó en la correspondiente al barrio de Santa María, se lee una partida que textualmente dice: «DON LORENZO DANIEL, natural de Nápoles, de edad de ochenta años poco más ó menos, quien fue llamado por Carlos III para traducir del idioma italiano, después de haber sido letrado en su país. Fue muerto, hallándose indefenso, de un balazo que le disparó un centinela francés, según informes de vecinas, inmediato á la iglesia de monjas del Sacramento, viniendo de cobrar su mesada de la Tesorería de la Real Lotería, por cuyo ramo disfrutaba 12.000 reales anuales. La viuda, llamada Victoria Riaza, es de veintidós años, y tenía en su compañía dos hermanos pequeños de ésta, á quienes mantenía. Vivía plazuela y casa de Pajes, cuarto bajo, y se enterró en la parroquia de Santa María».

Al *Memorial de Artillería* di en 1893 el *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos el Dos de Mayo de 1808*, que constituye uno de los apéndices de mi libro aún inédito, *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo*. La inscripción número 250 en él dice así: «DON LORENZO DANIEL, de setenta años,

natural de Nápoles, profesor de lengua italiana de SS. AA. los Serenísimos Infantes, habiéndole traído á España de Italia el Rey Carlos III para procurar á sus augustos hijos una diversión honesta con las piezas dramáticas que disponía. Falleció de un balazo en la calle del Tesoro».

Posteriormente á la publicación de este apunte biográfico, los Archivos de la Real Casa, Histórico-Nacional y Municipal de Madrid, las Bibliotecas de S. M. y Nacional, y finalmente, los *Papeles y documentos históricos* sobre el Teatro español, así de música como de declamación, que á la Biblioteca Nacional se han incorporado, procedentes de la donación testamentaria de D. Francisco Asenjo Barbieri, me han proporcionado una copia de noticias, suficiente, para poder ampliar las que dí en mi *Catálogo del Memorial de Artillería*, con notoria importancia para la historia de nuestro Teatro nacional.

D. Lorenzo Daniel nació en Nápoles el año de 1732. Tenía, cuando fue asesinado el Dos de Mayo de 1808, por los franceses en Madrid, setenta y seis de edad, y sólo veintisiete cuando vino á España en la comitiva y servidumbre del Rey Carlos III, cuando éste heredó la corona por muerte de Fernando VI en 1759. Fue uno de aquellos italianos ilustres, todos recomendados y hechuras del Marqués Tanucci, que sirvieron á este monarca mientras ciñó á sus sienes la corona de las dos Sicilias, y que, prendado de su saber ó su ingenio, fue atrayendo á España, para contrarrestar con ellos la influencia que en toda nuestra cultura nacional había ejercido Francia desde el advenimiento de Felipe V, y que había constituido enteramente en francés el pensamiento y casi el alma de la nación. D. Lorenzo Daniel, por lo tanto, vino en la comunidad de relaciones con la casa real de Carlos III, que tuvieron en ella Pedro Napoli Signorelli, el Conde Juan Bautista Conti, los dos Filangieri, Emmanuele el marino y Frey Antonio, el estratégico, el arquitecto Juan Bautista Saqueti, el marino Federico Gravina, el Embajador Príncipe de Masserano y el sinnúmero de los que en la servidumbre de la Real Casa, y

aplicados á todos los servicios interiores de ella, dejaron sus nombres perpetuados en sus nóminas y expedientes, y muchos, la mayor parte, en los apellidos de las familias, con las que emparentaron entre nosotros.

Desde luego, el apellido de Daniel no tiene engranaje histórico anterior en nuestras genealogías nacionales. Su raiz le denuncia casi como de procedencia semítica; y entre los que en diversos países de Europa lo han llevado y lo han impuesto al recuerdo de la posteridad por haber pertenecido á hombres distinguidos que cultivaron varios ramos de la inteligencia, el primero con que se tropieza, Samuel Daniel, de Londres, escritor del siglo xvii, no sólo parece judío por el apellido, sino por el nombre también. Samuel Daniel publicó en Londres en 1626 su obra *The collection of the History of England*, libro que se ha hecho raro hasta para los bibliófilos británicos. En cambio, en Francia, desde 1704 hasta 1755, aparece con el nombre d'el P. Gabriel Daniel un escritor católico, cuyas obras teológicas, filosóficas é históricas, no sólo mantienen en frecuente actividad las prensas de París en todo ese espacio de tiempo, sino que se reproducen en el Haya y Amsterdam, en Amberes y en Colonia. Su *Historia de Luis XIV*, vertida al castellano, se publicó en Amberes en 1740, y luego se reprodujo en Sevilla, y de su *Viaje al mundo de Descartes* se hicieron en el siglo xviii otras dos traducciones en nuestra lengua: la de D. Juan Bautista Ibarra (sin año) y la de don Juan Gregorio Araujo, impresa en Salamanca en 1742. Un Petrus Antonius Danieli publicó en Roma, de 1756 á 1759, las *Institutiones canonicae civiles et criminales, recentioris praxi Romanae curiae*; y en el siglo xix han existido en Francia otros dos escritores de este apellido: Francisco Salvador Daniel, residente en Argel, y que en la *Revue Africaine* de Agosto de 1865 publicó un curioso estudio sobre un instrumento músico de los árabes, especie de *flauta doble* que usan los marroquíes, y Mr. André Daniel, que desde el año 1874 al 1896 ha dado á luz en París, en la casa editorial de Charpentier,

L'année politique, resumen de los sucesos salientes de la política en Francia en el año que cada volumen compendia. El Lorenzo Daniel que Carlos III trajo á España, que los franceses mataron el *Dos de Mayo de 1808* en Madrid, y que antes de cambiar de patria había profesado en Nápoles la carrera de letrado, debió ser hijo de Pedro Antonio, que en Roma publicaba obras de Derecho canónico, civil y criminal, de 1756 á 1759.

La inscripción de la *Lista* del cuartel de Palacio, en que se le supone de ochenta años, poco más ó menos, dice, que á tan avanzada edad se hallaba casado con una mujer joven de veintidós, llamada Victoria Riaza. Este debió ser su segundo matrimonio. En primeras nupcias estuvo casado con María Delgado, de la que tuvo dos hijos varones: D. Manuel, que se consagraba á la Iglesia y que escribió un papel titulado *Afectos de un corazón contrito*, paráfrasis del Salmo 50 de David, *Miserere mei, Deus*, que se imprimió en casa de D. José Antonio Sanz, y D. Joaquín, que llegó al sacerdocio, pero que no sobrevivió á su padre.

Aunque consta que, en efecto, D. Lorenzo Daniel, que se firmó siempre como *criado de S. M. y de SS. AA. RR.*, no solamente fue en Palacio el maestro que enseñó la lengua italiana á todos los nietos de Carlos III, sino que escribía obras dramáticas, que se representaban en el cuarto de los Príncipes para entretener la real familia, ni en el Archivo de la Real Casa, ni en la Biblioteca de S. M. se ha encontrado ninguna de estas piezas. Hay en el Archivo un expediente de personal que le afecta; pero en él no se encuentran noticias que ilustren esta parte de su vida, ni más que algunas disposiciones relativas á las casas de aposento que pretendió ú obtuvo, en cuyas gestiones no se advierte que fuera muy afortunado. Por ejemplo, en Junio de 1785 solicitó se le diese en la casa vieja de los caballeros pajes, el cuarto que acababa de dejar vacante D. Pedro Nápoles Signorelli. El mayordomo mayor, Duque de Medinaceli, de orden de S. M. mandó que

se le diese; pero el 20 del mismo mes D. Pedro de Lerena, aposentador Mayor, replicó que no era ya posible, porque se le había otorgado al ayuda de picador, Nicolás Queli, y que ni aun siquiera se podían dar á Daniel las bohardillitas que había ocupado Queli hasta entonces, porque por orden de S. M., mientras se desocupaba algún otro cuarto, las bohardillas se habían dado al padre de Signorelli, que estaba muy anciano y casi imposibilitado y con otro hijo suyo, Luis Signorelli, en su compañía. «Esto no obstante» añadía la R. O., «S. M. manda que á D. Lorenzo Daniele (*sic*) se le dé también cuarto en la misma casa, cuando haya lugar y esté alguno desocupado». En Febrero de 1786 este mandato todavía estaba sin cumplir, y Daniel, desde El Pardo, con fecha del 5, llevó al Rey nueva instancia para que se le diese otro cuarto que acababa de dejar disponible en el pretil del Arco del Real Palacio, en la casa de la Tesorería de las obras pendientes, la muerte de D. Pedro Micheli Ruperto, escultor de S. M. que lo ocupaba. Lerena mandó la solicitud á informe de D. Francisco García de Echaburu, y este aposentador informó que el cuarto que se pretendía en la casa de Reveque, de tiempo inmemorial era propio de los primeros escultores de Cámara de S. M., y que en él estaba inserto el estudio para todas las obras reales que ocurren y se mandan ejecutar, por lo que consideraba que no había lugar á lo que Daniel solicitaba. Al fin, en Noviembre del mismo año, por muerte de D. Nicolás Parlapiano, se dió á Daniel la habitación que vacó; pero no bien trasladado á ella, el caballero mayor del Rey, Marqués de Villena, la pretendió para un empleado de la caballeriza, y el Conde de Floridablanca desde San Lorenzo dirigió al Duque de Medinaceli una R. O. para que á Daniel se la hiciera desalojar. A pesar de todo, D. Lorenzo Daniel disfrutaba de este gaje cuando fue asesinado por los franceses el *Dos de Mayo de 1808*, pues la inscripción del Alcalde del cuartel de Palacio dice que vivía «*Plazuela y casa de Pajes, cuarto bajo*». Ya antes se ha dicho que el empleo que D. Lorenzo Daniel

trajo á la corte de España cuando vino de Nápoles en la comitiva del Rey Carlos III, era el de director del teatro palatino con que se entretenía á la prole del Rey y de que gustaba mucho la Reina María Amalia, y el de ya autor, ya arreglador de las piezas en cuya ejecución tomaba parte. La manera con que Daniel intervenía hasta en los detalles más nímios del teatro palatino fue objeto de las alabanzas de los grandes y de la alta servidumbre que frecuentemente fueron invitados por Sus Majestades á las representaciones domésticas, y estando por aquel tiempo en Madrid convertidas casi en verdaderos burdeles las dos salas de teatro que los Hospitales poseían desde 1579 y el Ayuntamiento administraba desde 1584, en las antiguas casas, solares y corrales de las calles del Príncipe y de la Cruz, el Conde de Aranda, que por aquel tiempo fue llamado á la Presidencia del Consejo de Castilla y que vino á ocupar este puesto llenó de las más nobles y fecundas iniciativas, hallando en las representaciones que D. Lorenzo Daniel dirigía en las Cámaras de S. M. el perfecto modelo de aquel culto teatro que él había visto en sus viajes por Europa en París, en Berlín y en las principales ciudades de Italia y de Alemania, en él y en los informes y consejos de Daniel se inspiró para la disposición de aquellas reformas fundamentales que dieron su primera base constitutiva al teatro moderno español, y por las que, diez años más tarde, en 11 de Agosto de 1770, el Corregidor de Madrid, D. Alonso Pérez Delgado, le decía en cierta comunicación oficial:—«A las providencias de V. E. debe Madrid que sus teatros estén hoy con tanta decencia y adorno, cual nunca se ha visto, ya por el buen orden que observan todas las gentes que concurren á las comedias, como por las muchas y costosas decoraciones de excelente pintura que visten sus foros. Faltaba sólo que los actores las ejecutasen con toda aquella perfección y propiedad que corresponde y es debido en los teatros de la corte, y también V. E. ha hallado personas capaces por su habilidad y práctica para desempeñar este encargo, no sólo instruyendo á los representantes

que tenemos en nuestras dos compañías, sino formando una academia de jóvenes de ambos sexos en que se educan para la representación, dando así á los teatros de Madrid, como á los de fuera, los individuos que actualmente y con tanto aplauso representan tragedias y comedias, á semejanza de las que se ejecutan en los Sitios Reales.»

Las personas capaces por su habilidad y práctica para enseñar á los representantes que actuaban en los teatros públicos y á los muchachos y muchachas que se disponían para la carrera del teatro, no eran otros que el director del teatro particular de S. M. en sus reales palacios, D. Lorenzo Daniel y el francés D. Luis Azema de Reynaud, á quienes el Corregidor Pérez Delgado proponía al Conde de Aranda para que los constituyera en directores de los teatros de Madrid y censores ó correctores de las obras dramáticas que se hubiesen de representar, sustituyendo con ellos, mediante una retribución proporcionada, al catedrático de poética de los Reales Estudios, D. Ignacio López de Ayala, á quien ya se le pagaban 6.000 reales anuales de gratificación por el encargo de corregir comedias y sainetes, en el que había sustituido á D. Diego Rejón de Silva y á D. Francisco Navarro, que antes llenaban gratuitamente y por su mero amor al arte esta misión, y ampliando las facultades de lo que López de Ayala desempeñaba, á la dirección efectiva de los teatros y á la enseñanza práctica de los representantes y de los alumnos jóvenes. Para obtener recursos con que satisfacer los sueldos que se habían de pagar á Daniel y á Reynaud, el Corregidor Pérez Delgado proponía además al Conde de Aranda el aumento de un cuarto en el precio de cada entrada en los coliseos, de modo que si las entradas de patio se daban á seis cuartos, subieron á siete, las de siete á ocho, las de nueve á diez, y las de cazuela, que valían á 20 en las funciones ordinarias y á 23 en las zarzuelas y tragedias, subieron á 21 y 24 respectivamente, con tan eficaz provecho, que en el primer quinquenio de esta reforma, el año que menos produjo 45.000 reales 20 maravedises, y el año que

más 52.570 reales y seis maravedís. Daniel no admitió el ventajoso partido que se le hizo, en atención al cargo que desempeñaba en la casa del Rey y cerca de la persona augusta de los señores Infantes. A Raynaud se le concedió el magisterio de los representantes de los dos teatros y de los aprendices del arte, que desempeñó hasta 1776, pero la censura quedó de parte de los literatos españoles de mayor graduación. Y no se extrañe la participación que el Conde de Aranda, desde su elevado escabel en el Consejo de Castilla, personalmente tomó en estas menudencias de reorganización y policía de los teatros; porque su celo por ellos por aquel tiempo era tal, que habiendo redactado por su mano en 1767 el primer reglamento formal que en España ha existido sobre policía de los espectáculos públicos, y habiendo prohibido en él que dentro del local de las comedias se fumara, ni en presencia del público, ni retirándose debajo de las galerías y en otros sitios reservados; habiendo tenido conocimiento de que este mandato tenía transgresores, expidió en 27 de Enero de 1768 aquella orden, mandando que á los que se cogiera en los teatros fumando tabaco de hoja, se les impusiera la pena de doscientos azotes y diez años de presidio, y á los empleados de los coliseos que observasen el uso del tabaco y no diesen cuenta, seis años de presidio.

Aunque D. Lorenzo Daniel, como habían hecho Contí, Signorelli y sus demás connacionales que vinieron de Italia al servicio y á la sombra de Carlos III, procuró familiarizarse desde luego con el habla y la literatura castellana, y hasta dominar el lenguaje lo bastante para poder escribir en él como idioma propio, por mucho tiempo no estuvo en aptitud ni de pretender siquiera que las obras de su producción pudieran representarse en los teatros españoles. Estuvo siempre familiarizado así con la buena gente de letras de la tertulia del café de San Sebastián como con los mejores comediantes de su tiempo, y en este trato de la intimidad entraron las tres cómicas más geniales y sobresalientes que pisaron las tablas de los teatros de

Madrid en el medio siglo que él alcanzó, desde 1760 hasta 1808; es decir, María Ladvenand, la romántica idealidad de Cadalso; María Rosario Fernández, *la Caramba*, el ídolo del público de la Corte y de Goya, y la trágica Rita Luna. Así éstas como todos los actores distinguidos de su tiempo, acudieron con frecuencia á su consejo; él ayudó á formarse al mayor número de capacidades, y más de quince años tardó en pretender dar á la escena española alguna de las obras que concebía, y que declamadas en italiano hacían el encanto del público doméstico de las habitaciones de nuestros Príncipes.

En un memorial de D. Lorenzo Daniel, de 1782, se hace referencia á estos ensayos en lengua castellana, que al parecer fueron coronados por el éxito; pero ninguno de ellos nos es conocido, ni más que la comedia en tres actos, que en colaboración con D. Alonso Antonio Quadrado y Fernández de Anduga escribió, «de orden de la villa de Madrid», que la hizo representar por las dos compañías reunidas de los teatros de Madrid, en el del Príncipe, el domingo 4 de Agosto de 1782, en obsequio al serenísimo señor Conde de Artois, y que se imprimió en la imprenta de Ulloa, con la siguiente portada:

— ✠ LA TOMA DE SAN FELIPE POR LAS ARMAS ESPAÑOLAS. || *Comedia nueva de teatro* || que se representó por las dos || compañías de cómicos de esta imperial villa || de Madrid, y por su orden. || En obsequio del Serenísimo Señor CONDE DE ARTOIS, || el día quatro de Agosto de 1782 || habiendo seguido para el público hasta el 15 || de dicho mes. || Autores. D. LORENZO DANIEL, criado de S. M. || y AA. y D. ALONSO ANTONIO QUADRADO || FERNÁNDEZ DE ANDUGA, theniente quadrillero || mayor de la Santa Real Hermandad de la || Imperial ciudad de Toledo || Con licencia: En Madrid en la Imprenta de Ulloa.—En los papeles de Barbieri se encuentra una nota escrita de su mano, que contiene los nombres de los comediantes de las dos compañías de Manuel Martínez y de Eusebio de Rivera, que tomaron parte en la ejecución, y del reparto que entre ellos se hizo, en la forma siguiente:

<i>El Duque de Crillon</i>	Manuel Martínez.
<i>D. Félix Buch</i>	Manuel de Vera.
<i>El Conde de Cifuentes</i>	Juan Ramos.
<i>El Marqués de Casa-Cajigal</i> ...	Vicente Merino.
<i>D. Horacio Borghese</i>	Vicente Galván.
<i>Un diputado de Menorca</i>	Pedro Ruano.
<i>Murray, General inglés</i>	Rafaél González.
<i>Dreppel, Subgeneral</i>	Simón de Fuentes.
<i>Primer Oficial inglés</i>	Rafael Ramos.
<i>Segundo Oficial inglés</i>	Juan García.
<i>Primer Edecán</i>	José Huertas.
<i>Segundo Edecán</i>	Vicente Ramos.
<i>Primer Oficial español</i>	José Ordóñez.
<i>Segundo Oficial español</i>	Antonio Rodríguez Galván.
<i>Tercer Oficial español</i>	Francisco Ramos.
<i>Cuarto Oficial español</i>	Manuel González.
<i>Madama Cuides</i>	María del Rosario (<i>la Tirana</i>).
<i>Madama Misrelly</i>	Josefa Carrasco.
<i>Madama Elfora</i>	Francisca Martínez.
<i>Madama Durray</i>	Catalina Tordesillas.
<i>Dama inglesa</i>	Felipa la Borda.
<i>Sargento</i>	Ambrosio de Fuentes.
<i>Zagala primera</i>	Polonia Rochel.
<i>Zagala segunda</i>	Nicolasa Palomera.
<i>Un cabo</i>	Vicente Romero.
<i>Secretario de Murray</i>	Tadeo Palomino.
<i>Payo primero</i>	Miguel Garrido.
<i>Payo segundo</i>	Juan Aldovera.
<i>Cuatro granaderos</i>	Cuatro partes por medio.

Basta la lectura de la portada de la comedia impresa de Daniel y Quadrado, para comprender: primero, que era una obra escrita de encargo y especialmente para aquella función en que fue estrenada; segundo, que así esta representación y las de los tres días que permaneció en Madrid el Conde de Artois, hermano del Rey Luis XVI de Francia, como las sucesivas hasta el 15 de Agosto, en que, para satisfacer las exi-

gencias del público, siguió representándose, constituían una temporada anormal, pues, en efecto, el coliseo se abrió, como se abrió la Plaza de Toros, únicamente para el agasajo del Príncipe francés, que era nuestro huésped. Lo verdaderamente extraño en el encargo hecho á Daniel y Quadrado de orden de la Villa de Madrid y de su Comisario de las comedias el Regidor D. Antonio Benito de Cagigas, es que fueron los elegidos para este desempeño Daniel, un autor que al cabo era de cuna napolitana, aunque tan naturalizado ya en Madrid, y Quadrado Anduga, que aunque se había hecho notar por aquel tiempo por una multitud de romances panegíricos en que había celebrado las hazañas de nuestro ilustre marino D. Antonio Barceló en las costas de Argel, la conquista de Menorca por el Duque de Crillon, los triunfos de las armas españolas en América, donde se había completado la expulsión de los ingleses y conquistado todos sus establecimientos en el continente y costa de Honduras, se habían sojuzgado igualmente á los indios Moscos y Zambos que, unidos á los ingleses, habían causado innumerables daños á los fieles vasallos de aquellos dominios «de más de siglo y medio á esta parte,» y, finalmente, se había obtenido la tranquilidad general de todos los reinos del Perú y demás provincias de la América Meridional, «con los sucesos más favorables, decisivos y concluyentes para nuestro imperio»; y, por último, había felicitado con otra de estas composiciones á la Princesa de Asturias, aquella María Luisa de Parma, que era á la sazón el ídolo de la Casa Real, de la corte y del pueblo de Madrid, por el nacimiento de otra de sus hijas, la Infanta de su nombre, María Luisa, que más tarde fue Reina de Etruria; con todo, ni uno ni otro disfrutaban la reputación literaria ya hecha que tenían López de Ayala, López Sedano, Valladares de Sotomayor, Trigueros, Comella, Zavala, el mismo D. Ramón de la Cruz, que alguna vez saltó del palenque popular del sainete al culto palco de la comedia y hasta del drama; y entre la gente nueva, Rodríguez de Arellano, Moncin, Andino Vivero, José Sort, Fermín del Rey, Luis

García, Juan Adovara y otro centenar, de quienes la posteridad casi no ha querido ocuparse, pero que eran de los que espoleaban más la opinión en aquel tiempo. Los documentos de archivos dejan entrever que la preferencia dada á Daniel y Quadrado pareció sería grata en las regiones domésticas del trono; pero los papeles satíricos con que entonces se satirizaba todo, la achacaban á intrigas de Cagigas, un ilustre Regidor de Madrid y Comisario de comedias, que en sus escritos, de pérvida ortografía, se empeñaba en llamar *D. Fernando* y no *D. Pedro* á Calderón de la Barca, que cuando en cualquier papel que del teatro se le escribía se le llamaba *D. Pedro*, él tachaba el nombre y escribía *D. Fernando*, y que fue sometido nada menos que á un proceso criminal por haber resuelto de una manera arbitraria y poco correcta la cuestión de una *tonadilla*, cuya propiedad se disputaban las dos compañías de Martínez y Rivera, y más que los autores de ellas, Felipe la Borda y *la Caramba*, que la cantaban á competencia. De cualquier modo, hay que creer que la designación de Daniel y Quadrado para que escribieran la obra nueva con que se había de obsequiar al Conde de Artois, y que había de ejecutarse entre la representación de *La Gitanilla de Madrid*, de D. Antonio de Solís, dispuesta para el primero de los tres días del obsequio, y *El Conde Fernán González*, de Félix Lope de Vega Carpio, dispuesta para el tercero, debió bajar á las resoluciones del Ayuntamiento de Madrid de las mayores alturas.

El Conde de Artois, que reinó más tarde bajo el nombre de Carlos X, animado de su espíritu aventurero, concibió el pensamiento de venir á España, cuando se formalizó por las armas españolas el último sitio de Gibraltar, después de la victoria alcanzada el 5 de Febrero de aquel año en las Islas Baleares, con la conquista del castillo de San Felipe en la de Menorca y la total expulsión de los ingleses que allí habían dominado durante setenta y cuatro años. Hubo de corte á corte las consiguientes consultas de la cortesía internacional. Acogió Carlos III con benevolencia y hasta con alegría la visita del real

deudo y la expedición que proyectaba al campamento español del extremo Sur de Andalucía; y apenas se recibió en Versalles la contestación que llevó á los Reyes y al Príncipe nuestro Embajador el Conde de Aranda, se comenzaron con toda presteza las disposiciones para el viaje. Entró mucho en ello toda la familia real de Francia, sobre todo la Reina María Antonieta y la misma esposa del Conde de Artois, María Teresa de Saboya; y como estaba tan reciente el parto de la Princesa de Asturias María Luisa, María Antonieta encargó al hermano menor del Rey Luis XVI, su marido, fuera él mismo portador de algunas ricas bagatelas de la coquetería francesa para la entenada de Carlos III, y la Condesa de Artois le entregó dos preciosas miniaturas sobre marfil con los retratos de sus tiernos hijos los Duques de Berry y de Angulema, con cerquillos de brillantes. Al joven Duque de Borbón, hijo del Príncipe de Condé y hermano del Duque de Enghien, la triste víctima de Napoleón algún tiempo más tarde en los fosos de Vincennes, le picó el mismo deseo de venir á España que había tenido su primo el de Artois; pero no pudiendo acompañarle por no haber impetrado con tiempo la licencia del Rey Carlos, se acordó que le siguiera algunos días después, aunque viajando de riguroso incógnito con el título de Conde de Dammartín.

Salió de París el Conde de Artois el 5 de Julio, y el 14 entró en los dominios españoles con numerosa comitiva y servidumbre. En todos los pueblos del tránsito le fueron hechos honores de Infante de España; y teniéndose en San Ildefonso, donde la corte residía, noticia de que en la tarde del martes 23 de aquel mes llegaría á Segovia, mandó Carlos III que le salieran al encuentro, buen trecho de esta ciudad, una partida de reales Guardias de Corps y los coches de las reales caballerizas, para que con todo honor se le condujera hasta el Sitio. El Rey, rodeado de todos sus hijos y nietos, le esperó en su cuarto, en el que fue introducido apenas se apeó; y después de los recíprocos testimonios de la amistad y el cariño, el Príncipe de Asturias (Carlos IV) le llevó á la cámara de la Princesa

María Luisa, que guardaba aún las prescripciones del sobreparto. La estancia del Conde de Artois en la Granja se prolongó hasta el 2 de Agosto siguiente, muy entretenido examinando las curiosidades que encerraba la residencia favorita de verano de los Reyes Borbón, haciendo frecuentes partidas de caza con Carlos III y el Príncipe, y recibiendo los constantes obsequios de la familia real y de todas las personas distinguidas de la corte. Aunque su visita á Madrid se propuso hacerla como simple particular y de incógnito, el Conde de Floridablanca advirtió al Corregidor interino D. Pedro Fernando de Vilches, porque el propietario D. José Antonio de Armona se hallaba ausente, se dispusieran aquellos agasajos compatibles con el alto rango del augusto huésped y con la situación particular en que venía, al mismo tiempo que del Ministerio de Estado se destacó al oficial D. Domingo de Arveras y Larragorri, únicamente encargado de levantar acta de todos los pasos que el Conde de Artois diera en la corte, y de transmitirlos inmediatamente para noticia del Rey. Entonces se acordaron las tres funciones de teatro en los días 3, 4 y 5, para lo que se avisó á todos los artistas de todo género de las dos Compañías, pues aunque el encargo que se dió á los autores de la obra nueva, Daniel y Quadrado, se había hecho, con la imposición de tema forzoso para su argumento, un mes antes, desde que se recibieron las cartas de Luis XVI, y desde entonces también se venía simultáneamente trabajando en el pintado de las decoraciones y en la hechura de los trajes, los ensayos no habían podido principiar hasta que los autores tuvieron concluidos los dos primeros actos, y el tercero, á últimos de Julio aún estaba sobre el taller. Daniel y Quadrado escribían al Conde de Floridablanca á la Granja para que entretuviese el mayor tiempo posible en el Sitio al ilustre huésped; pero éste, desde que llegó del campo de Gibraltar la noticia de la arribada de la escuadra de ocho navíos franceses, mandada por el Teniente General Mr. de la Motthe-Pignet, que el 6 de Julio había salido de Brest y al que el General en Jefe de las fuer-

zas marítimas combinadas, D. Luis de Córdova, había dado el mando de la escuadra ligera, no pudo refrenar su impaciencia y se avisó á Madrid que el 2 saldría el Conde de San Ildefonso y que en la capital permanecería los días 3, 4 y 5. Hubo, pues, que apresurarlo todo, y todo se apresuró: de modo que al citar el Corregidor Vilches al Ayuntamiento para la sesión que celebró el día 1.º de Agosto, sólo tuvo que acordar que para acompañar al Corregidor al acto de cumplimentar al Conde de Artois á su llegada á la villa y á la casa del Embajador de Francia, Conde de Montmorin, en la calle de Santa Isabel, donde había de alojarse, asistieran de comisión los señores Comisarios de pésames y enhorabuenas, y los de cera; y luego, para cumplimentar á dicho Príncipe en nombre de Madrid, «en el teatro del Coliseo del Príncipe», los Regidores D. Lucas San Juan y D. Antonio Quijada. Para el balcón que Madrid tenía en el mismo coliseo para ver las comedias se formaron tandas, compuestas para la representación del primer día, de los Regidores D. Antonio Moreno Negrete, Conde de la Vega del Pozo, D. Julián Pastor y D. Francisco Bonilla, el Diputado del común más antiguo D. Antonio María de Bustamante, el Personero D. Juan Bernardino Feijóo y el Secretario más antiguo de la Corporación; y para la representación de los dos días consiguientes, á los Regidores Marqueses de Hermosilla y y del Portago, D. Martín Fajardo y D. Manuel María Bazara, y el Personero D. Juan Martín de Herrea.

El Conde de Artois llegó el viernes 2 de Agosto, cerca del anochecer, á la casa del Embajador Montmorin. Tocadas que fueron las Ave Marías, el Corregidor Vilches pasó á las cortesías de la bienvenida; pero el Príncipe no se dejó ver, y Montmorin le dijo que, queriendo conservar el incógnito con que había venido, se había negado á toda ceremonia y cumplimiento. Pidió entonces el Corregidor que al menos se le diesen las horas para la asistencia de S. A. R. al teatro y á los toros, y el Embajador, que de antemano había pedido que una de las obras que se representasen durante los tres días fuese *La Gita-*

nilla de Madrid, señaló para la tarde del 3 la hora de las cinco, y la de las cuatro para la de la del día 4, domingo. Por último, para la representación de *El Conde Fernán González*, el lunes dió la hora de las ocho de la noche. A la mañana siguiente, sábado 3, Vilches volvió con la Comisión de los capitulares para el cumplimiento, á nombre de la villa. Tampoco se le recibió. El Príncipe se disponía á salir para visitar el Palacio Real y la casa de la Armería, y el Embajador repitió al Corregidor que su augusto huésped no recibiría á nadie durante su estancia en Madrid. A las cuatro y media de la tarde el Corregidor con sus capitulares se constituyó en el teatro, y á las cinco en punto llegó el Conde de Artois con el de Montmorin. Se le condujo al palco de la derecha del de la villa, que se había mandado colgar en lo interior decentemente. Se le pidió su venia para empezar, estando preparado todo, y al presentarse el Príncipe, «hizo su señal un golpe magnífico de música», y levantándose toda la concurrencia, lo aclamó. El Príncipe hizo tres cortesías, sentóse y se levantó el telón.

Al darse principio á la representación de *La Gitanilla*, la cómica Josefa Carreras, que hacía el papel de la protagonista, en la primera escena sufrió un accidente repentino y cayó como muerta, teniendo que ser retirada de la escena. Nadie se movió; tal era la costumbre del respeto. Salió á sustituirla la graciosa Polonia Rochel, mientras se avisaba á su casa á María Rivera, que en los actos siguientes desempeñó el papel. Terminado el segundo, se interrumpió la obra para decir el sainete, al que siguió luego la tonadilla de *Los viajeros*, pedida por el mismo Embajador de Francia. En esta tonadilla se manifestaba algo del carácter de la nación francesa en competencia con la nación italiana, y compitiendo con las dos *una maja española*. El Príncipe se divirtió mucho con esta obra «y explicó la satisfacción que le merecía, aplaudiéndola con palmas, como todo el concurso». Preguntando á este tiempo el Corregidor, por medio de Montmorin, si el Príncipe gustaba que se hiciese alguna otra cosa particular, dijo que quería ver

bailar *el fandango*, y acto continuo se le complació. Sin ver el acto tercero de *La Gitanilla* se levantó y salió del teatro, conduciéndolo hasta los coches el Corregidor y los capitulares. El concurso del pueblo en la calle imposibilitaba el tránsito. Se le aclamó tanto, que le conmovió la lisonja popular, y seguido de los mismos vítores y abriéndose paso con lentitud y dificultad, del teatro del Príncipe bajó al paseo del Prado, entró en las filas de los coches y paseó hasta bien anocheado. Aquella noche pidió llevasen á su posada algunas cómicas para que cantasen *tonadillas*. Fué, entre otras, Antonia Prado, que tenía diez y ocho años y era muy bien parecida, y aun cuando cantando, su voz no era mucha, no tenía tonillo, y había heredado de su padre Antonio Prado, uno de los mejores graciosos que había en España, la gracia con que incitaba á todos los apetitos. También fué á cantar *tonadillas* al Conde de Artois Josefa Luna, de diez y siete años y tan bien parecida como la anterior; y Juan Ponce decía de estas dos muchachas que, donde caían, se llevaban de calle hasta á los Príncipes de la tierra.

El gran día, el día más memorable en la vida de D. Lorenzo Daniel, fue, sin duda, el domingo siguiente. A las cuatro en punto se presentó el Conde de Artois con el de Montmorin en su palco. Levantado el telón, apareció en escena María del Rosario, *la Tirana*, y entre un diluvio de aclamaciones y aplausos recitó unos versos de introducción que había escrito D. Ignacio López de Ayala, y empezó la comedia nueva de Daniel y Quadrado. Es *La toma de San Felipe por las armas españolas*, una de las obras que en la nomenclatura actual se llaman *de ocasión* y de gran espectáculo. La trama dramática sólo sirve para llevar al espectador á las escenas ó á las impresiones determinadas que exaltan los sentimientos del patriotismo, y lo que menos hay que observar en ella son los aciertos literarios ni los triunfos del ingenio. El primer acto tiene dos mutaciones de escena, el segundo cinco y el tercero siete. El espectador pasa de uno ú otro aposento de los que el

General inglés ocupaba en el castillo de San Felipe, á los paisajes más atractivos, ya de la costa, ya del interior de la isla. Los panoramas de la ciudad, del castillo por distintos lados y bajo distintos puntos de vista, y del campamento, se suceden siempre con telones y aparatos nuevos. Se asiste á batallas en tierra y en mar, y en el tablado caen bombas encendidas, cuyas espoletas arrancan nuestros soldados con la mano. Las balas cruzan el escenario, rompiendo alguna el vaso que tiene en la mano un granadero que está comiendo su rancho. En los bosques ya se ve á los payeses menorquinos cantar y bailar los bailes del país, ya se presencia la refriega de las tropas del Conde de Cifuentes con los ingleses. En el campamento se ve funcionar la artillería, y las balas que caen sobre el lejano castillo de San Felipe prenden al fin el incendio. En un salón del castillo se asiste á un banquete militar y á una contradanza inglesa. Por último, cuando se aproxima el desenlace, el espectador presencia el momento de enarbolar en San Felipe la bandera de parlamento, y la escena de la rendición de la plaza, de la salida del ejército vencido y de la deposición de sus armas.

Hay que convenir en que Daniel y Quadrado, en la borra-
chera de su patriotismo, jamás faltan á los sentimientos más elevados de la caballeridad con los vencidos, y las figuras juveniles de los nobles oficiales españoles que intervienen en la composición dramática y las atribuladas damas inglesas que contribuyen al enredo de amor, son tipos en que se extrema la galantería, la atención y las inspiraciones más exquisitas de la urbanidad, hasta el punto de convertir en pasiones que conducen al natural desenlace la oposición de las situaciones que ponen en continua violencia los espíritus de aquellas damas enternecidas y de aquellos galanes postrados ante la belleza sobre los trofeos del combate. Los autores de *La toma del castillo de San Felipe por las armas españolas* conocían bien la índole de la obra que se les mandó escribir, y para justificarse de antemano, al imprimir su obra la hicieron

anteceder de una nota que decía: «No ha habido necesidad de recurrir al arte por ficciones, cuando el asunto, aunque estéril, nos ofrece materia suficiente para no faltar á la verdad de lo ocurrido en el sitio y toma de esta importante fortaleza é isla de Menorca. Y aunque no sea una obra majestuosa, como la de un insigne Metastasio, ni con aquellos exquisitos lances de un Calderón de la Barca, porque no lo permite el sitio de una plaza ajustada á la acción de un día natural, de un lugar y de un asunto, podemos asegurar con toda verdad que, tal cual se presenta al público, es original y no traducida del francés, como algunos han pensado con demasiada ligereza, lo que no podrán justificar.» Como se advierte en esta nota, hay una disculpa para el ingenio y una protesta contra las calumnias que siempre inventa la rivalidad del éxito.

Aun este se trató de menoscabar á sus autores por el oficial del Ministerio de Estado Arveras y Larragorris, pues en su informe al Conde de Floridablanca, le decía:—«Después de la primera jornada, cantaron Garrido y la Nicolasa con otros varios una *tonadilla y tirana de Mahon*, y al segundo intermedio cantó la Polonia Rochel otra tonadilla, y por fin se bailó un fandango. S. A. se mantuvo en el palco hasta poco antes de concluir la comedia, la cual, después de los atajos y cortes que se le han dado, ha durado tres horas, sin el sainete que se omitió. Pero el público no la ha desairado por ser el asunto tan interesante y haberla vestido con la mayor decencia y propiedad.» Cuando la representación acabó por disposición del Corregidor Vilches, se sirvió un magnífico y abundante refresco á las dos compañías que se habían juntado para ejecutar la obra de Daniel y Quadrado.

A la del día siguiente, *El Conde Fernan-González*, no asistió el Conde de Artois. La noche anterior había llegado de la Granja el Duque de Borbón, que se hospedó en casa del Príncipe de Masserano. En la tarde del 5 acompañó á su primo á la corrida de toros, en que hubo un caballero en plaza apadrinado por el Duque de Hajar con todo su tren, y se picaron ocho

toros, cuatro de ellos vari-largueros. El ganado fue endeble, pero en dos toros que estuvieron más bravos se lució *Costillares* con *Julianón*, haciéndolo los dos grandemente y dando el último unas estocadas muy limpias, después de haber puesto banderillas con mucho primor.

Desde la representación de *La toma del castillo de San Felipe*, en honor del Conde de Artois, parece que se nubló la estrella de D. Lorenzo Daniel, de quien los documentos que le recuerdan ya no revelan más que desdichas hasta el momento de su trágica muerte. El Conde de Artois, al salir para Aranjuez el día 6, de camino ya para el campo de Gibraltar, dejó en poder del Corregidor Vilches 16.000 reales para el Hospital, 8.000 para los toreros y 12.000 para los cómicos. ¿Cupo algo de este dinero á los autores de *La toma del castillo de San Felipe*? ¿Recibieron siquiera el precio entonces usual de sus derechos de autores? En 8 de Octubre de 1782, es decir, dos meses después de representada la comedia de Daniel y Quadrado Anduga, elevaban éstos una instancia al Corregidor propietario Armona, en que después de hacerle constar que *La toma del castillo de San Felipe* se escribió de orden de la villa y con permiso y licencia del señor Conde de Floridablanca, y de que la obra produjo en el tiempo que se ejecutó 70.000 reales de utilidades, en que se interesó la villa, ni por una ni por otra parte habían tenido los autores aquella recompensa que se acostumbraba y ni aun la gratificación más pequeña, con haber hecho sobre el caso varias instancias. Armona envió la solicitud á informe de D. Juan Lavi, por quien corría la administración de los teatros, mas con audiencia de los autores ó empresarios de las dos compañías, y no he podido descubrir ni el dictámen de Lavi, ni si se les mandó pagar lo que reclamaban. Hay que advertir, que desde 1.º de Enero á 31 de Octubre de 1782, por la Administración de los teatros de Madrid se habían pagado á D. Antonio Valladares de Sotomayor 1.500 reales de la comedia *Exceder en heroismo la mujer al hombre mismo*; 1.500 por otra titulada *Saber premiar la ino-*

cencia; 1.400 de la comedia *Los perfectos comerciantes* y del sainete *Los cómicos de repente*; 1.500 de *El mágico del Mogol* y 1.500 de *El mágico de Astracán*; en todo, 7.400 reales. A don Manuel Fermín de Laviano, 900 reales de la comedia *El reo de muerte*; 1.500 de la titulada *No se evita un precipicio si se falta á la deidad*; y otros 1.500 por *La restauración de Madrid*; á D. José Landeras y Velasco, 500 reales por el sainete *La casa de los abates locos*, y otros 500 por el de *La merienda deshecha*, y finalmente, 400 á D. Sebastián Vázquez por otro sainete de *La merienda desgraciada*. Del mismo D. Lorenzo Daniel he visto un recibo del año siguiente de 1783, que dice, que en 16 de Junio de dicho año recibió de D. Juan Fellot, Administrador de los teatros, por mano de Dámaso Madridano, transportero de la compañía de Manuel Martínez, 400 reales de otro sainete suyo representado en el Príncipe con el título de *Paso de los bailarines, chicos de los volatines*. ¿Cómo no se les recompensó una obra escrita por encargo, para un objeto como el de obsequiar á un Príncipe extranjero con ella, y que además había producido utilidades de consideración?

Cuando en 1807, es decir, veinticinco años después, la Junta de los teatros de Madrid le rechazó su tragedia titulada *El Tirano Espitamenes* y la comedia *La madre cruel y celosa de su hija*, muy bien pudo acertar el galán García Prieto, á cuya censura fue á parar, como se había hecho de costumbre, en el juicio desfavorable que vertió sobre esta última comedia. Daniel contaba ya setenta y cuatro años de edad, y á los setenta y cuatro años no hay ingenio ni imaginación (excepción hecha de nuestro insigne Calderón de la Barca) que conserven animación y frescura para hacer al público interesantes las producciones teatrales; pero en 1782 frisaba en los cincuenta años, y á los cincuenta años se posee, cuando menos, la maestría vigorosa de lo que se ha profesado toda la vida. Esta maestría era el rasgo principal de *La toma del castillo de San Felipe*, que ni la Villa de Madrid, ni la Administración de los teatros pagaron á Danie y á Quadrado. La censura de García

Pinto á la comedia de *La madre cruel y celosa* se sintetiza en el último párrafo, y ella demuestra que en Daniel hubo siempre un autor dramático, aunque la edad le hubiera postergado sus facultades. «La comedia, decía García Prieto, el galán de la Cruz, tiene, en lo general, muy buena locución, exceptuando alguna que otra palabra impropia en el carácter que la dice; y si la trama no tuviera las desproporciones que se notan antes, el asunto es interesante, y no dudo que la obra sería admitida bien por el público sensato.»

La censura de García Prieto sobre la última obra dramática de D. Lorenzo Daniel lleva la fecha del 29 de Mayo de 1807. ¿Quién había de decir que aquel anciano que vino á España á la sombra del Trono, que nunca lo desamparó, pues ya se ha visto que disfrutaba por esto la pensión anual de 12.000 reales cobrados de la Real Lotería, un año después había de ser víctima de su amor á su patria adoptiva y al Trono que había sido su protector?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES

Con puntualidad relativa llegó á inaugurarse la Exposición Oficial de Bellas Artes anunciada, que desde el primer día despertó verdadero interés, tanto por la tendencia de sus obras, cuanto por la expectativa de las resoluciones que pudieran llevarse á cabo por el Jurado, y el sistema del sufragio establecido para la concesión del más alto premio.

Las decisiones de los jurados no han resultado ni mejores ni peores que en otros casos; quizá peores por querer ser magnánimos y lograr amigos, no dejando descontentos; pero esto no importa nada á la crítica, ajena siempre á tantos manejos, y que sabe prescindir del mérito oficial para atender tan sólo al intrínseco de las obras.

La votación casi unánime del premio de honor para Scrolla, á todos complace y parece gallarda y plausible. Existía desde hace tiempo esta deuda á favor del eximio artista, y la opinión, sin fijarse sólo en lo que en actual certamen presenta, sino atendiendo á tantos méritos anteriores, proclamó de valiente y franca manera sus afectos hacia el maestro tantas veces contrariado. Únase nuestro voto al de los que por derecho les correspondía, y felicitemos al artista por su triunfo tan merecido.

La Exposición, en general, ni ha sido mala, ni merece que la juzguemos con pesimismo. Lejos de aparecer nuestros ar-

tistas atacados del desaliento y con ánimo desmayado, como pudiera suponerse, se presentan resueltos, valientes, tomando nuevos caminos y demostrando que, lejos de marchar á la decadencia, siguen la evolución del arte sin amaneramientos, poseen potencias bastantes para ser originales, y ofrecen revelaciones para el porvenir, á la par que encauzan extraviadas direcciones, que parecían dispuestas á trastocarlo todo, por los senderos eternos é inmutables del verdadero arte.

Quizá pueda afirmarse que la Exposición actual es más bien de estudios y ensayos que de verdaderas aplicaciones de los nuevos estilos ú obras trascendentales y de profundo pensamiento, en que las facultades anímicas presidan al empleo de los medios expresivos. Faltan realmente asuntos que interesen y conmuevan; todo lo más que podemos disfrutar en ella es de las galas del estilo, de la magia de la paleta, en algunos autores, y de la feliz victoria sobre las mayores dificultades de ejecución, en otros. Pero lienzos ó grupos escultóricos que conmuevan y apresen el ánimo de sus contempladores, apoderándose de su pensamiento y haciéndolos inolvidables, de este empuje y poder estético, no existe un solo cuadro ni escultura en el certamen.

La preocupación de los artistas va por otro lado. Cualquier asunto, aun el más baladí, lo consideran digno de sus pinceles, si entraña un problema de estilo, ó presenta un aspecto pintoresco en que lucir su destreza: y esto, hasta ahora, les perjudica, al querer darle aplicación más elevada. Sorolla, con toda la magia de su toque, no ha logrado conmover á nadie con su bien intencionado lienzo de la *Triste herencia*: si algo ha producido con él, es tan sólo repugnancia; pero la lección moral ha quedado en vago. A qué deficiencia sea esto debido, no se comprende fácilmente; pero algún principio estético falta á la obra para que no impresione más profundamente, como ocurre con los cuadros de *los muertos* de Valdés Leal, por ejemplo, á pesar de ser aún más terrible el asunto.

Yo entiendo que esto tiene su origen en el propio tempe-

ramento del artista. Sorolla es un gran sintético del arte. Como Velázquez y los más grandes maestros, pretende producir los mayores efectos con los menos toques posibles; pero este sistema, sublime y para mí á incommensurable altura sobre su contrario el analítico, fundado en el estudio del detalle, pierde también su virtud cuando se extralimita; por muy grande y hermosa que sea la naturaleza en su conjunto, aún le place lucir el primor en los detalles, y en ellos funda frecuentemente sus más delicadas y afectivas expresiones. Si un artista por ser sobrio y valiente suprime toques, hasta no dar el aspecto justo de las cosas, su cuadro quedará pintado á medias, y por ende no será nunca completo el efecto que con él produzca.

Velázquez, con su magia, hace que parezca concluído lo que sólo está esbozado; pero la intención de su toque es tan profunda, que con él suple al trabajo más paciente.

El resto de las obras de Sorolla es digno de su firma y de su fama; el grupo de su *familia* es quizá el mejor pintado y entonado de sus lienzos, y el retrato de la *señora de Beruete* es, sin duda, el mejor de los que han salido de su estudio. En los demás bocetos y apuntes rinde culto á la moda impresionista, logrando algunos efectos de luz verdaderamente sorprendentes. Si esto del impresionismo algo significa y algo puede dar de sí verdaderamente estético, hay que confesar que ejecutado por los maestros, produce resultados de gran novedad, y resuelve problemas en que la paleta halla gran lucimiento.

En dos sentidos puede tomarse la tendencia impresionista, que desde hace tiempo lucha por apoderarse del campo del arte. O en el amplio de procurar en la imagen pintada todo el relieve y aspecto con que la Naturaleza presenta los objetos, y entonces el primer impresionista es Velázquez, al ofrecernos sus admirables términos y ambiente entre las figuras, pero de un modo sereno y normal, como es más frecuente ver las cosas; ó el impresionismo, en más estricto sentido, procura fijar indeleblemente en el lienzo los más fugaces aspectos de

la Naturaleza, sobre todo crepusculares, en que el aire descompone la luz, y los últimos rayos del sol matizan cuanto tocan con sus más extrañas irisaciones.

Son realmente muy bellos estos fugaces momentos, y si el pincel logra sorprenderlos y aprisionarlos, el triunfo es seguro; pero si se intenta sin lograrlo, el artista queda en ridículo más que nunca, porque la caída es tan grande y desgarrada que produce la risa más inevitable. Por esto el impresionismo sólo puede salir triunfante en manos de los grandes maestros, produciendo entre los inexpertos los más risibles dislates.

Los dos grandes pintores de nuestro certamen, Bilbao y López Mesquita, se presentan partidarios de la tendencia de moda; pero ¡cuánta maestría emplean para salir airosos! Nada en ellos de violentas perspectivas ni amaneradas simetrías; nada de languideces macilentas en las formas ni trueques de color caricaturescos; la mayor naturalidad se persigue en sus obras, y si éstas presentan tonos brillantes y toques de luz deslumbradora, convencen al ánimo de que aquello es verdad, y que tales tonos y luces las da el natural en determinados momentos y regiones.

No considero que Bilbao nos haya enviado lienzo de tanto empuje como el de los *Segadores*, con que afirmó su fama en la Exposición de 1894; pero los actuales del *Puente de Triana*, *El embarcadero* y *El establo de vacas*, son tan bellos como lo más atractivo que haya pintado; tienen, además, todos una *impresión* tal de la hora y lugar de la escena, que á nadie parecen falsos, á pesar de su extraño aspecto. Así resuelto el *impresionismo*, á todos convence, pero se requiere ser un Bilbao para salir airoso de la empresa.

López Mesquita ha sido la verdadera revelación de este certamen, y prueba de ello que no haya levantado protesta alguna la decisión del Jurado, concediéndole, de golpe y sin antecedentes, la segunda medalla de oro. El joven que sin llegar á los diez y nueve años, según cuentan, es capaz de pintar el cuadro de *La siesta*, para mí el mejor de los suyos, é impre-

sionarse con escenas como la *Cuerda de presos*, es un pintor de primer orden y una esperanza para el arte patrio. Distinguen á Mesquita las cualidades más sanas y hermosas del arte. Gran equilibrio de todos los elementos, naturalidad suma en su dibujo, lo que le permite mover las figuras con soltura inusitada, colorido fresco y brillante cual el primero, y una falta de fatiga tal en la ejecución, que para él pintar debe ser tan grato como para el ave volar, ó al ciervo correr. Hoy no cabe más que saludar con toda efusión la presencia de artista de tantas esperanzas, y pedir al cielo que las realice sin conocer las contrariedades que forman el Calvario del arte.

Esta tendencia impresionista, que sin duda es la característica de la Exposición actual, resulta también victoriosa en manos de paisajistas y marinistas tan distinguidos como Mir, Raurich, Rusiñol, Mestres Borrel y Gómez Gil.

Es Mir un enamorado del ambiente y de la luz de los campos. No podría vivir sin duda en la ciudad, y su temperamento verdaderamente selvático, le lleva á buscar los senos más jugosos y ocultos de la Naturaleza y extasiarse con los juegos de luz y el imponente aspecto de las montañas, cuando el día se despide. Por esto sus paisajes son tan grandiosos; y especialmente los números 691-692, producen un efecto tal, que es preciso haberse olvidado de lo que es el campo, cosa fácil en Madrid, para no sentirse trasportado ante ellos á sus más pintorescos lugares.

Pero no es necesario que los cuadros presenten aspectos crepusculares para que reúnan méritos. Aun en pleno día, y sin extraños afectos de luz, pueden desarrollarse escenas y ofrecer el natural motivo del mayor lucimiento para el artista, por lo que todo entra bajo el dominio del arte, y por ende bajo el de la crítica que ha de juzgarlo.

Metodizando nuestro examen, digamos algo de los cuadros de composición, como se decía antes, que lucen en el certamen.

En esto, como en todo, se ve la tendencia á cambiar de rumbo; de aquel académico antiguo apenas queda rastro; sólo

Bárbara nos ofrece en su *Cena de Emaus* una muestra de obediencia á los preceptos de escuela; pero arrastrado por la corriente ilumina la escena con tales luces, que patentiza cuánto también le preocupan los efectos de moda. A pesar de ello, el cuadro parece pintado por uno de aquellos maestros del tiempo de los Riveras y Madrazos, cuyas máximas más retrasaron que hicieron adelantar el arte entre nosotros.

Los asuntos propiamente históricos escasean en el certamen: *Pompa circensis* titula Borrell y Vidal un gran lienzo, quizá el mayor de la Exposición, en el que aparece entrando la cuadriga vencedora, que recibe al pasar los aplausos de la concurrencia; también por su composición, y sobre todo por su color, pertenece á muy pasados estilos. Hay en este lienzo mucho estudio de propiedad histórica, pero no por esto se salva, abonando mi creencia de que no es la propiedad histórica condición esencialmente estética, ni en la escena ni en el arte; que bien pueden perdonarse ciertas sutiles faltas en ella, cuando lo esencial está realizado.

Viniendo á tiempos más cercanos, Hernández Nájera presenta una escena de *La víspera del Dos de Mayo*, inspirada sin duda por alguna página de Pérez Galdós. Prepáranse allí los ánimos para las heroicidades del día siguiente, al leerse la orden ó parte del día; y si los complicados efectos de luz que iluminan la escena no le dieran cierta vaguedad, quitándole intensidad, el lienzo de Hernández Nájera sería muy hermosa página de nuestra historia heroica en el pasado siglo. Más dibujo pudiérase recomendar al valiente artista, más estudios de construcción en las cabezas, y la forma obedecería más dócilmente á su pensamiento.

Pocos más asuntos históricos se ven, aunque sean de días no muy lejanos; Alvarez Dumont se conmueve ante un *Episodio de la guerra de África de 1860*, pero no logra comunicar al espectador sus emociones, y otro tanto puede decirse de Morelli con su *Defensa de un convoy*, de más endeble dibujo que otros lienzos de su mano.

Pero si falta la inspiración para los asuntos históricos, aún más escasa se muestra para los religiosos; las aspiraciones al ideal purísimo cristiano, la fragancia virginal que de la Madre de Dios se exhala, parece estaba reservada para los artistas antiguos; hoy no faltan algunos que vuelvan sus ojos á aquellos ideales; pero, ó sus pecados, ó su falta de fe, les impide alcanzar lo que desean.

¿Quién duda que tal persiguen Gornelo y Alda, Pulido Fernández y Pedro Sáenz y Sáenz, con sus grandes lienzos de *Manantial de amor*, *Mater Purísima* y *Stella matutina*, respectivamente? Pero, ó por exceso de vaguedad en unos, ó por demasiado realismo y dureza en otros, y por falta de gracia divina en todos, sus propósitos quedan muy lejos del efecto alcanzado. Si entre los religiosos incluimos al de Muñoz Lucena, *Plegaria en las ermitas de Córdoba*, otro tanto pudiera decirse de él.

Cuadros mitológicos ó alegóricos apenas hay: García Men-
cía titula *Nube de verano* á un grupo de muchachas desnudas que, en variadas actitudes, andan por el aire, pero no tan variadas de tipos ni de luz que logren un efecto fantástico. Discípulo de la Escuela Especial de Pintura, nos manifiesta que aún no se ha concluído el color achocolatado para las carnes, proverbial en ella. Mucho más afortunado está Comba en su techo para el Ministerio de Agricultura.

Lo que más abundan son escenas de género, algunas llevadas á un tamaño tal, que asusta tanta ampliación para tan escaso asunto. En cambio, quizá los que más interés despierten son los de más pequeñas dimensiones, como *La eterna víctima*, de Cabrera, y *En la sala de Expósitos*, de Díaz Huertas, en el género serio, y *Hermanos, sálvese el que pueda*, de García Ramos, en el cómico, aunque en este artista sevillano vase observando una creciente tendencia á los tonos sombríos, que se explican mal en tan meridional pintor.

Los asuntos, en general, son plácidos y sencillos. Impresionados de la vida real en sus más pintorescos aspectos, no

necesitan explicación ni abstrusos títulos para que el contemplador al punto los comprenda; esto es un gran progreso. La cruda tendencia naturalista que nos amenazó en otras ocasiones no persiste en ésta, ni las desgarradoras escenas de la miseria tratan de hacer una llamada al ánimo de los afortunados, por medio del pincel del artista. Hay más serenidad en el espíritu de los expositores, y si esto responde á un estado nacional, hay que congratularse por ello.

Bodas y bautizos abundan por las salas. *El azahar de la novia* representa discretamente Abarzuza en su cuadro, con aciertos tales en algunas partes, que nos hace concebir grandes esperanzas para el porvenir. No tan cumplidas las vemos en el enorme lienzo, en que la intención satírica lleva á detalles del peor gusto á su autor Vivó Taren, cuyo enorme lienzo, *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo*, no sabemos qué aplicación pueda tener, una vez cerrado el certamen. Dos bautizos, en cambio, llaman justamente la atención. El de Martínez Sierra, *Entrad en el templo*, pintado con una sinceridad absoluta, por esto mismo extraordinariamente simpática, y el de Bermejo Sobera, *Un ciudadano más*, con efectos de luz picante y atrevido toque, aunque ambos autores nos muestren muy claro el opuesto temperamento de los maestros que los sirven.

También nos impresiona agradablemente Pueyo con su familiar escena de *El Chiquillo*, iluminada por espléndido sol, que bate las blancas tapias de una limpia vivienda, alcanzándole merecidos elogios á Zaragoza Fernández, con *El niño enfermo*; á Carlos Verger, con *Pelusa*, que entiernece á su madre, y *¡Qué hermosa es!*, de Hidalgo de Caviedes, aunque en este autor notemos tendencias demasiado sintéticas, que lo llevan á aligerar demasiado su estilo.

Las faenas del campo nos proporcionan lienzos muy apreciables, aunque en ellos se deje de percibir algo del ambiente y la luz deseada y que los impresionistas nos muestran como posibles. *La Trilla*, de Díaz Olano, está muy bien compuesta

y esmeradamente estudiada; pero échase de menos en ella alguna aplicación de los modernísimos procedimientos, que la hubieran prestado mayores bríos.

De todos modos, es uno de los más bellos lienzos del certamen, y exactamente lo mismo pudiéramos decir de *La vendimia en Jerez*, de Salvador Viniegra, si volviera á aquellos mágicos toques con que tanto nos sorprendió en su famosa *Bendición de los campos*. Sólo en *Arrancando la cizaña*, de Barrau, aunque en menor escala, vemos reverberar las luces en la campiña con tonos más exactos.

La personalidad de varios pintores se salva con las obras que presentan, no faltas de carácter ni originalidad, aunque algunos parezcan poco dispuestos á cambiar de rumbos. *Sobre cubierta*, de Alcalá Galiano, es lienzo pintado con suma destreza y que acusa una mano maestra, al propio tiempo que un sensible impresionista de la verdad. ¡Ojalá lo fueran así todos! Alcázar (D. Manuel) nos atrae con la alegría y clara luz que inunda el *taller de Grabado* de la Calcografía Nacional, en el que reconocemos al punto en sus personajes á artistas que le dan gran lustre. Graner Arrufi nos hace sentir el aliento de odio y venganza que se respira en su *Comité rojo*, en el que las más extremas ideas se defienden con exaltado fuego, y aun incluímos entre los que siguen estas tendencias artísticas del sano impresionismo á Carlos Vázquez, que, en su lindo cuadro *Liberranos, Domine*, nos ofrece graciosa y picante notá granadina con efectos de sol y de color del más subido precio; otros exponen también muy bellos, pero éste nos parece el más feliz de todos.

No tan ajustados en sus efectos, aunque su intención sea conseguirlos, se vé á Cecilio Plá, más afortunado otras veces que en esta ocasión, con *Dos Generaciones*, el lienzo de más empeño que presenta, pero en el que la descomposición de la luz se verifica de modo inverosímil. También estudia el sol, con afán de producir su efecto, Godoy y Castro, saliendo más airoso que en sus otros lienzos en su *Fiesta de la Virgen de Regla*,

muy bien dibujado en ciertos trozos, cualidad salvadora siempre en el arte de la pintura.

Con personalidad saliente se presenta Martínez Ruiz, obteniendo muy brillantes efectos pintando la nieve en su *Invierno en Munich*, cuadro de ejecución valentísima y estudio además de caballos muy bien pintados y perfectamente agrupados; también rinde culto al impresionismo en otros estudios, algunas veces con excesivo desenfado.

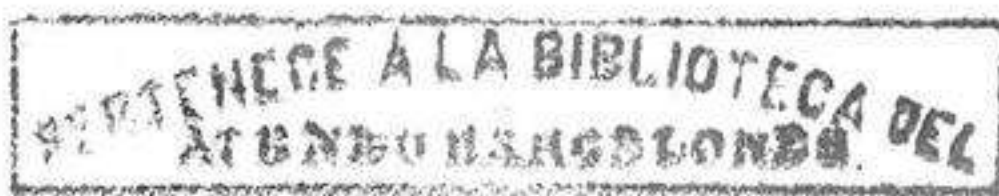
Parladé, constante expositor en los certámenes nacionales, se nos presenta esta vez con estilo sobrio y de gran seriedad en sus tintas. Sus tres estudios, muy armónicos de color, indican quizá demasiada consecuencia en un estilo; pero obtienen muy correcto dibujo, más que correcto, excelente, prefiriendo la solidez y sobriedad á otras cualidades más efectistas. Sus tintas recuerdan la castiza gamma española antigua, y hasta en sus tipos parecen preocuparle los modelos clásicos de nuestros grandes maestros.

Contraste violentísimo con éstos pueden formar los de Pinazo Martínez, por cuyas venas corre la sangre de uno de nuestros grandes artistas, y cuya ausencia en esta Exposición no podemos menos que lamentar de todas veras. Yo no sé qué pensará el maestro de las diabólicas ocurrencias de su hijo, pero pintura del género de *El día de fiesta* es para temer por el autor que á tanto se atreve. Seguramente quien no la vea no la concibe, ni con nada podemos compararla, como no sea con una especie de mosaico de papeles de colores recortados. Por lo demás, las figuras son muy graciosas y bien dibujadas, y es lástima que resulten tan aéreas, quizá por no darnos cuenta de la luz que las rodea.

Estos desvíos en determinados sentidos, que dominan en la Exposición, impiden conceder atención preferente á otros lienzos que en los anteriores hubieran hecho mucho efecto, por la riqueza de sus tonos y valentía de ejecución; tal ocurre á Plá y Rubio con sus *¡Pobres madres!*; á Poy Dalmau con su *Capuchón negro*, y aun á maestros tan afamados como Ferrant

y Domínguez con sus estudios y retratos, aunque siempre haya que confesar que éstos han sido y siguen siendo grandes artistas; pero es tal el poder de la moda, que no son ellos los que en esta ocasión la imponen.

Por vía de profetizar, aunque esto sea muy difícil, atrévome á predecir un porvenir halagüeño á un artista, del que nadie ha hablado y con el que el Jurado ha estado demasiado cruel relegando sus cuadros al último rincón del palacio. Refiérome al romántico y original pintor Escobar Morán. Sus lienzos revelan una imaginación exaltada, de tan subidos tonos románticos, que tocan con el delirio, pero que bien encauzado, puede dar de sí un artista de provecho. Quizá no ha llegado aún su día. Tampoco es digno del lugar que ocupa el *Sermón de San Roque*, de Calandín y Calandín, en el que si la perspectiva aérea luciese más, daría mayor valor á aquellas numerosas cabezas, en general bien estudiadas.



* * *

No escasean los retratos en los salones de la actual Exposición; pero como siempre ocurre, son contados los que brillan á gran altura en este difícil género del arte. Ya hemos citado algunos al tratar de los cuadros de Sorolla, y no tenemos que repetir lo dicho respecto al de su familia y el de la señora de Beruete, siendo también muy excelente el de la propia señora del artista, tan sencillo como magistral y elegante. Si siempre está tan feliz el pintor lusitano D. José Malhoa como en sus retratos números 615 y 616, el primero al óleo y el segundo al pastel, habrá que convenir en que parecen aún escasas las recompensas que se le han otorgado en las Exposiciones á que ha concurrido. Es el *retrato de la excelentísima Sra. Doña Teresa P. de Costa*, un admirable estudio del natural que nos recuerda aquellos de Pinazo, de feliz memoria, y con no menor maestría está tratado al pastel el

del Sr. D. Emilio Godínez. Muchas veces he pensado que el arte es lo que más borra las fronteras, y de tiempo vengo creyendo que en nada estamos más cerca de los lusitanos que en la pintura, pues los caracteres de su escuela convienen perfectamente con los de las nuestras. Coello y Velázquez eran de origen portugués.

Cuando se es joven y bella, se tiene por padre á un Embajador de todas las Rusias y se es capaz de pintar como lo hace la Srta. Vera Schevitch, habrá que confesar que tan afortunada criatura ha vinculado la felicidad para sí, y para ella la vida tiene que ser un paraíso. Sus dos retratos de la Excma. Señora Doña V. S. y de la Sra. Condesa de B., son dignos de un maestro, y conste que nada debe á ninguno para haber salido tan airoso de su empeño, y que todo lo que los retratos tienen de buenos, y son superiores, es producto de las disposiciones artísticas de su autora. Al lado de otros, debidos al pincel de afamados maestros, están los suyos, y de la comparación salen airoso, sometidos á tan dura prueba.

Dos retratos es lo único que esta vez presenta el tantas veces laureado artista Moreno Carbonero; que los dos son excelentes, no hay que decirlo; pero en el de la niña, hija de los Excmos. Señores de I., su empeño ha sido tal, que, permita el maestro se le diga que no ha vencido á D. Diego Velázquez. Por lo demás, el retrato es bueno; tiene trazos felicísimos, y sería mejor si no excitara tanto la comparación con su modelo, del Museo del Prado.

Si Graner Arrufi ha tratado de hacer un característico retrato en su lienzo de *El tío de la manta*, ha conseguido su objeto cumplidamente. Es un tipo notable, muy bien pintado, y que tras él creemos reconocer un personaje de esos á los que algunos diputados deben su acta, gracias á sus bellas cualidades de feroces caciques. Peña también aspira á realizar el buen retrato; pero en esta ocasión sólo presenta pasteles muy bien dibujados, quizá demasiado, dada la condición vaporosa de este procedimiento. La *Chula* (núm. 817) es quizá su mejor

obra, y aunque irreprochable en el dibujo, desearíase ver en ella más soltura.

Mucho del apetecido efecto del pastel ha conseguido con su auto-retrato el laureado escultor Sr. Trilles, el que ora, por lo que se ve, maneja el barro, ora también le place jugar con los efectos del color y la luz.

Otros retratos se ven por los distintos salones, pero éstos son los que más han llamado mi atención, sin que por ello no los haya muy dignos también de especial examen, como los de Maura Montaner, Sardá, Texidor y Torres Brull Viñolas y otros, cuya enumeración sería justa, pero quizá cansada.

* * *

Mas dejando á los que se consagran á la máxima dificultad del arte, cual es la figura humana, atendamos en lo mucho que se merecen á los que, lejos de la ciudad, dedican sus amores estéticos á la madre Naturaleza. En este género es donde el impresionismo ha hecho sus mayores estragos; en algunos momentos, felizmente y con éxito; en otros, teniendo que otorgar muchos perdones, porque no saben lo que se hacen.

El corifeo de la nueva tendencia es Mir y Frinxet. No siempre convence, pues algunos de sus lienzos pertenecen á lo que pudiéramos llamar el impresionismo incipiente; pero en *La Cala diosa* y las *Montañas rojas*, el artista ha sentido tan hondamente y expresado con tal vigor, que convence y arrastra, y no hay medio de eximirse de aquel aspecto de sano ambiente, un tanto bravío, que la Naturaleza concede al que se aleja de las antihigiénicas ciudades.

Es muy hermoso ver trasuntos tan vibrantes de la madre tierra, iluminada por el astro rey y oreada por el viento, cargado de perfumes vegetales, y de mí puedo decir que los paisajes de Frinxet me hacen sentir más que los de otros autores que tratan de embellecer los suyos haciéndolos más *campos de salón*, que verdaderos trasuntos de la superficie del planeta.

El camino emprendido por Mir muchos le siguen; pero ó sea que persiguen la manera más que el estudio directo, ó que exageran el estilo, la mayor parte no se libran de caer en el abismo de la locura del minio. Seríamos injustos, sin embargo, si no hiciéramos especial mención del bellissimo *atardecer* de Raurich Petre en sus *Hojas muertas*, y algunos otros de sus estudios; de los de Rusiñol, si bien faltos éstos de frescura y vigor; el *Plantío de coles*, magistral nota de Mestres Borrel, y otros que, con mesura y equilibrada disciplina, ponen al servicio del verdadero arte la tendencia impresionista.

También requiere muy especial mención Espina y Capo, que se impresiona con las cristalinas lontananzas de helado Guadarrama, el tan conocido y al cabo tan admirablemente interpretado, lugares también frecuentados con provecho por Morera, que sería perfecto si acabase de desechar el acento belga que le infundió su maestro, nunca castizo paisajista español, á pesar de su gran arte. Mas ha logrado Beruete olvidar al maestro para su provecho.

De las marinas, obtiene preferente atención la de Gómez Gil, *Efecto de luna*, muy conseguido por cierto, y á ello debe la preferencia que el público en general le otorga; imágenes de la realidad como ésta á todos convencen, y la unánime opinión mucho dice en pro del buen sentido del que las ejecuta.

Martínez Abades, fiel á sus máximas, procura por todos medios acreditarlas, y lo consigue sin duda, porque á más, nótase en él constante progreso. Con él, tiene sus puntos de contacto Borta y Bernadotta, que se muestra justo marinista con su lienzo *En la bahía*. Más pudiera señalar, pero con éstas quedan compendiadas las tendencias y estilos que se disputan en la actualidad el campo del arte.

*
*
*

No resulta tan interesante la sección de escultura como la de pintura. Faltan en ésta aquellas notas que, por su novedad,

llaman la atención para su aplauso ó su censura; no hay en toda la sección una nota brillante y feliz como la de *Los mineros*, de Inurria, del pasado certamen, por ejemplo, ni los maestros de firma más acreditada acuden con obras de gran empuje.

Como presidiendo los dos salones de escultura, están el *Velázquez* y el *Jarrón* de la Argentina, de Benlliure; pero el autor del *Trueba*, que le valió la más alta recompensa, no ha vuelto á ser tan favorecido por la inspiración como en aquel momento. No todos los días se realizan obras tan completas.

La propuesta del Jurado está, á mi entender, muy justificada: la figura mejor modelada del Salón es, sin duda, la del gigante *Anteo conduciendo á Dante y Virgilio á los Infiernos*, de Miguel Angel Trilles, aunque por su postura y asunto no sea la más estética. Mejor resultaría *La fuerza y astucia*, de Alsina, si no estuvieran las figuras tan unidas, como si se le hubiera limitado el espacio al artista, y los tipos fueran más hermosos. Indudablemente el *Baco* de Querol es lo mejor que ha ejecutado; es una cabeza preciosamente ejecutada, y, á mi entender, mucho más fina y clásica que la de su célebre *Julia*: este progreso en los mejores artistas es muy grato de ser consignado.

No faltan grupos sentidos y de bastante mérito, como *La Comunión*, de Llimona y Broguera, trozo de mármol muy bien aprovechado, siendo también lindo juguete el de *La Nietecita*, de Monserrat y Portella, cuya juguetona actitud, tapando los ojos á la abuela, forman muy bello contraste, y además está modelado con gran primor.

No sé por qué encuentro algo de resurrección de las condiciones de la antigua escuela vallisoletana en la *Instantánea*, de Díaz y Sánchez, figura airosa muy bien puesta, que sólo pide de su autor más firme manera de encajar las formas, condición bien conseguida por Rebarter con su *¡Huérfana!*, admirablemente construída. González Pola también acusa gran progreso con su figura *Ensueños*, y Figueroa y Torres (Mar-

qués de Tobar) demuestra que sabe componer y ejecutar un monumento, que con ligeras modificaciones, haría honor á su autor, si llegara á realizarlo en todo su tamaño, lo que, según se dice, piensa.

No faltan tampoco buenos retratos de todo bulto ó en relieve; á mi entender, lleva la palma entre ellos el de *El Poeta Grilo*, de Inurria: aquello, más que retrato, es la propia persona del vate, sintetizada por el artista con tal vida y personalidad, que sólo le falta empezar á decir endecasílabos. Algunos de mujeres muy hermosas se ven, pero en éstos el modelo sale muy vencedor de la obra, aunque sean grandes y acertados los esfuerzos del artista.

Las aplicaciones de la escultura al grabado en hueco, á las medallas y relieves, están también representadas dignamente; pero sin que descuelle entre todas ninguna obra de excepcional mérito. Hay que reconocer que como procedimiento industrial, se domina muy bien entre nosotros el de la fundición en metales de los modelos de nuestros artistas, que en nada echan de menos los talleres extranjeros.

Antes de abandonar las salas de la Escultura, se debe tender la vista á los proyectos arquitectónicos colocados también en ellas. Con éstos hay que ser inexorables. No se trata de obras de arte aisladas, cuya suerte es imposible de preveer: aspiran por su índole las construcciones á la eternidad, á costa de dispendios enormes, y en las presentadas en el certamen no veo se hayan vencido los vicios que invaden las modernas construcciones. Hase perdido el sentimiento de la armonía y equilibrio de los miembros arquitectónicos; brilla por su ausencia el buen gusto en la composición, suplido por la aglomeración de los miembros arquitectónicos; seguimos con las fachadas sin carácter ni fisonomía propia; en una palabra, domina el constructor sobre el artista, á lo menos en los proyectos presentados, y falta hace que ocurra lo contrario. No hay que personalizar, pero sí apuntar el escollo.



Lo propio que decimos de la arquitectura se nota en la sección del arte decorativo. Aun todavía, no se han hecho cargo los artistas de la importancia de esta sección; persiguen el éxito en las más puras manifestaciones del genio, cuando, aplicadas sus facultades á otras esferas no menos elevadas, pudieran más bien obtener hasta más prácticos resultados.

Es el arte decorativo ancho campo á donde lucir la fantasía y la invención; quizá en esto requiera condiciones más especiales que para la interpretación del natural, siempre más exigente con la exacta copia del mismo; caben, en cambio, en las aplicaciones ornamentales tales vuelos, tales inspiraciones y bellas ocurrencias, que muy artista tiene que ser el que algo nuevo presente, y muy grandes artistas fueron los que en la antigüedad nos dejaron tantos valiosísimos modelos que imitar.

Por esto que los más dibujantes y más ingeniosos estilistas sean los que más lucen también con sus modelos en la sección del arte decorativo, formando contraste con los que, dominando en cambio los más primorosos procedimientos, carecen de aquel gusto, de aquella alta inspiración que debe presidir siempre en las artes industriales. Por esto, Triado Moyal (don José) se puede decir que preside la sección con sus modelos tipográficos y de decoración, llenos de carácter y de gran estilo, con el que compite Varela Sortorio, gran dibujante de carteles y portadas, muchos de ellos conocidos, pero no en tan puro estado como los originales que presenta.

Blanco Coris (D. José) cultiva también con gran provecho el género tipográfico, presentando asimismo modelos de gran gusto Cánovas Elías (D. Francisco), que sigue las inspiraciones de D. José Pascó, verdadero maestro en la materia.

Hay también en esta sección un ejemplar de imitación ó copia del antiguo, verdaderamente admirable; tal es la *reproducción del altar de los Reyes Católicos, existente en el Alcázar de Sevilla*, hecha con fidelidad pasmosa por D. Rosendo Fernández, que en Sevilla se dedica á estos estudios, pero del que

nada he visto mejor ni más acabado. La labor del Sr. Fernández es tan personal y propia, que dudo haya quien intente siquiera imitarle.

En tallas y muebles, recuerdo con agrado la *Columna* decorada con flores, de Gadea y Sanz (D. Rogelio), por la que merece la patente de habilísimo tallista, y en general los muebles de D. Enrique Amaré, entre los que escogería, primeramente, el sillón núm. 1.394. Las aplicaciones decorativas sobre muebles de Brosa y San Germán (D. Víctor) demuestran un perfecto conocimiento de este género artístico, y están hechos bajo muy bellos modelos, y el *plato repujado* del señor Urpi y Pey ofrece un dominio especialísimo del hierro, como difícilmente puede comprenderse.

Los damasquinados de los señores Irionda y Vilaplana son tan buenos como los mejores en su clase; quizá se le pudiera pedir algún cambio en los modelos, demasiado repetidos, siendo también muy de notar los hierros de D. Luis y D. Francisco Labarta.

Deben ser difícilísimos los esmaltes; por esto que los esfuerzos realizados por los que han presentado algunos son dignos del mayor encomio, y más cuando se ve en ellos muy artísticas tendencias. Con estas dificultades compiten las vidrieras de colores, y las del Sr. Maumejean (D. José) son verdaderamente espléndidas y tan vigorosamente ejecutadas, que no creo haya quedado descontento, ni mucho menos, el autor de los cartones de ellas, D. Arturo Mélida.

No faltan tampoco imitaciones, y bien hechas, de azulejos para el decorado de los muros, ni paneles decorativos del más puro gusto, descollando la pilastra gótica del Sr. Castaños, que hubiera lucido bien en la sección de escultura, y otro tanto se pudiera decir de las hermosas guirnaldas de flores de mármol del Sr. Arturo Luchetti, y mil y mil cosas más lujosas y muy bien hechas, demostrando una gran disposición en sus autores y una sabia tendencia decorativa ó un respeto novísimo á los antiguos modelos, como ocurre con los productos de

nuestra bien regida fábrica de tapices. En una palabra: una primera materia de primer orden en las más hermosas industrias artísticas, que, bien llevada y sabiamente dirigida, pudiera darnos mucha honra y mucho provecho.

No debo terminar sin dirigir á D. Amalio Fernández mis felicitaciones por las bien instaladas muestras que presenta del arte escenográfico, en el que tanto sobresale y tantas invenciones ha introducido para el mejor efecto de sus pensamientos, á veces salvadores de partos desgraciados de nuestros ingenios dramáticos.

*
* *

Después de lo dicho, se comprenderá que no era tan baladí ni desanimada la Exposición, para que hiciéramos caso omiso de ella, ni mucho menos. Muy dignos de quedar consignados son los títulos y nombres apuntados, y muy dignos de aplauso los esfuerzos hechos por aquellos que, sintiendo vivir en sí el entusiasmo por lo bello, y con alientos para las mayores empresas y sacrificios, dan una muestra más de que España vive y se apresta con nuevos bríos á dar que hacer más de lo que calculan muchos de sus enemigos.

N. SENTENACH.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *El Ateneo*, de Lima: Artículos sobre enseñanza é higiene escolar. — Los trece de la isla del Gallo. — Prehistoria peruana. — El poeta Cisneros. — La galería de Ortiz de Zevallos. — La Musa X. — María Abascal. — Literatura. = *Revista de Archivos y Bibliotecas*, del Perú. = *El Pensamiento latino*: La quimera de la confederación continental. = El Ateneo de Chile. — Población de la República Argentina. Bolivia. — Colombia. — El positivismo en Chile y la cultura en el período colonial. — Un viaje á Bolivia. = *Revista de Chile*: Latinos y sajones. — La instrucción y la criminalidad. — Otros artículos. — *Documentos del Archivo Nacional del Paraguay*. = *Anales diplomáticos de Colombia*. — *La Propaganda científica*. — Un error de atribución. = *Vida moderna*. = *Mercurio de América*. — *Revista nacional*: Historia de un Mapa. — El Instituto de Toluca. — Revistas ilustradas. — *Cuba y América* y otras. — LIBROS: Alemanes y chilenos. — El Ecuador y el Vaticano. — Carta á Ricardo Palma. — Bolivia y Chile. — Juez del crimen. — Mapas y planos del Archivo de Indias. — La raza hispana.

El Ateneo de Lima, Sociedad científico-literaria que cuenta en su seno con los más ilustres literatos del Perú, publica desde hace tres años una revista excelente, en cuyos números hay siempre algo interesante que leer. Y es de advertir cómo á los intelectuales peruanos preocupa hondamente, al igual que hemos visto en los de otros países, la cuestión pedagógica. Muestra de ello es, en primer término, la Memoria de don Pedro A. Labarthe, premiada en el Certamen que celebró el Ateneo en 1899, y en la cual se desarrolla un *Plan de reformas de la 1.^a y 2.^a enseñanza en el Perú* (núms. 3 y 4, tomo I de *El Ateneo*).

El autor parte de la distinción entre la *educación común*, ó

cultura general, y la *especial* (técnica y facultativa), comprendiendo en aquélla la enseñanza primaria y la secundaria, que, con muchos autores modernos, considera unidas y respondiendo á un mismo fin. La única diferencia entre ambas hállase en el distinto desarrollo que á las materias se da y el aspecto bajo el cual se las mira. Así el Sr. Labarthe propone como programa de la escuela el siguiente: Castellano, Geografía, Historia, Ciencias usuales, Tecnología y trabajo manual, Educación moral, Educación cívica, Caligrafía y Dibujo, Música, Gimnasia y Religión; y elimina del Instituto el latín, la historia eclesiástica y fundamentos y dogmas del catolicismo, la Economía, la Sociología, la Aritmética demostrada y la comercial, aceptando sólo como cursos *facultativos* los de latín y griego. Opina también por el establecimiento de enseñanzas de idiomas extranjeros, desde el grado primario. Recomienda, por último, como «procedimientos escolares», los trabajos de composición, la resolución de problemas, la formación de colecciones, las excursiones escolares y las cajas de ahorro; y como instituciones anejas, los campos de juego, las bibliotecas escolares, las conferencias de maestros y los Congresos pedagógicos. En la parte administrativa de la Memoria, se defiende la descentralización de la educación común; la creación de un Consejo central y otros secundarios; ídem de escuelas complementarias rurales, de adultos, dominicales, matinales, modelos, etc.; la instrucción obligatoria; instalación de un Consejo de higiene escolar y recaudación é inversión de todas las rentas existentes de escuelas y colegios por medio del Consejo central.

Del mismo autor es un artículo sobre *El Congreso higiénico escolar del Perú* (núm. 6), convocado por el Ministro de Instrucción pública, Dr. Eleodoro Romero. El resultado de esta Asamblea ha sido la redacción de un verdadero código comprensivo de 104 conclusiones, mas un apéndice de declaraciones prácticas, entre las que son dignas de especial mención «las relativas á la fundación de una sociedad de Patronato protectora de la infancia, y á la creación de una escuela modelo,

cuando menos, en la que tuvieran cumplimiento concreto las conclusiones del Congreso». Lo minucioso y variado de las conclusiones hace imposible dar aquí su extracto; pero recomendamos la lectura de ellas á todos los que se preocupan por la higiene escolar.

Sobre las mismas cuestiones que el Sr. Labarthe, escribe D. Agustín F. Whilar un artículo titulado *Dos problemas pedagógicos* (núm. 10). El primero lo formula así: «¿Á qué diversidad de necesidades debe responder la enseñanza secundaria y cómo se adaptará á ellas?» El segundo versa sobre «la preparación de los maestros de enseñanza secundaria».

En los números 12, 13 y 14 de la misma Revista, publíquese un extenso trabajo sobre *El problema de la educación*. Aunque no lleva firma alguna, creemos no equivocarnos si lo atribuímos á un distinguido profesor peruano, que no hace mucho estuvo en Madrid y estudió algunos de nuestros centros pedagógicos. El autor plantea así el problema:

«Una buena organización de la enseñanza demanda, en nuestro concepto, una legislación adecuada, una dirección competente y una inspección eficaz; la primera, destinada á contener las aspiraciones nacionales; la segunda, encargada de realizar esas aspiraciones, y la tercera, de verificar los resultados de las anteriores.

»¿Qué condiciones debe reunir una legislación para ser adecuada, una dirección para satisfacer los deseos del país, y una inspección para ser eficaz? He ahí las cuestiones que conviene estudiar.»

Refiriéndose á la primera, dice:

«Nuestra legislación debe ser muy sencilla en todo aquello en que la experiencia no ha acumulado muchos hechos y muchas ideas, como sucede tratándose de la instrucción. Una ley que establezca las líneas generales de una organización elemental; eso es todo lo que nuestra ley de instrucción debe contener.

»Qué es lo que debe contener la ley, qué debe dejarse á la

reglamentación, y hasta dónde debe llegar la libertad de las autoridades directoras y administrativas, son cuestiones que no pueden resolverse mediante reglas generales previas. El estudio de cada necesidad y de cada medida, permitirán saber, en cada caso, si un principio tiene la universalidad propia de una ley, si un precepto es puramente reglamentario, ó si no compromete intereses de carácter general una medida reclamada á la autoridad.»

Defendiendo luego la íntima relación entre los varios grados de enseñanza, escribe las siguientes juiciosas reflexiones:

«No hay, pues, abismos entre la instrucción primaria, la secundaria y la superior; entre la enseñanza de carácter general y la especial; entre la preparatoria y la definitiva, la utilitaria y la clásica, la especialista y enciclopédica. Todas ellas son otras tantas fases de la misma institución, íntimamente ligadas, como lo están todas las ciencias, todas las literaturas, todas las filosofías, por el vínculo común del entendimiento humano. Un concepto abstracto del hombre, creando un principio imaginario de igualdad, ha producido también esa tendencia al tipo único del hombre perfecto, y esa aspiración irrealizable de un modelo único de enseñanza que satisfaga á la infinita variedad de la especie humana.»

Respecto de la segunda enseñanza, piensa que: «colocada entre dos extremos y participando de la naturaleza de ambos, como la clase media á cuya cultura se dirige principalmente, no puede tener, como no tiene esta clase social, límites bien definidos. Ampliación de la enseñanza primaria y preparación de la facultativa, tenía que ser, como es, utilitaria y desinteresada, positiva é ideal, científica y clásica al mismo tiempo; había de ofrecer, como ofrece, esa duplicidad de la naturaleza humana, en la que el egoísmo y el altruísmo, los intereses positivos é ideales, las verdades científicas y morales, se confunden en mil combinaciones indescriptibles según las variadas fases de la existencia, dándole esos matices que constituyen la característica de toda individualidad llena de vida.»

Aludiendo al *nacionalismo* de la enseñanza, dice con gran verdad que «las escuelas, colegios y Universidades, deben adaptarse á las condiciones especiales de nuestro territorio, y á las que caracterizan las clases sociales á cuya educación se dedican. Es preciso respetar lo que haya de sólido y de justificado en las costumbres, hijas de la Naturaleza: es preciso dar á lo existente el valor que tenga como elemento del porvenir; pero es necesario también eliminar cuanto el desorden haya cristalizado, cuanto conserve un carácter refractario al progreso, cuanto no sea dócil á las modificaciones impuestas por una cultura superior».

En punto á las Universidades, opina que el principio de su regeneración está en que dejen de ser «un simple régimen de preparación para los exámenes finales».

Como cabeza de la organización administrativa, pide el establecimiento de una Dirección general técnica, cuya necesidad parece que reconocen ya todos los hombres públicos peruanos. La primera y más urgente labor de ese centro «sería estudiar, conocer la realidad de la vida escolar de toda la República, tarea muy fácil, á primera vista, pero difícil, muy difícil entre nosotros, en donde todos conspiran para ocultarla, para disfrazarla con mentirosas y hasta con halagüeñas formas, aun aquellos mismos que predicán la verdad como ejemplo de moral, y hacen de ella una profesión educadora. La debilidad de nuestro carácter y un sentimiento de muy mal entendida filantropía, han hecho, al fin, de la mentira una necesidad; y si no tiene ella todavía la fuerza imperativa del deber moral, tiene al menos la suficiente para proteger el abuso tradicional, que ha llegado á extender aquí ramificaciones profundas que envuelven los órganos sanos de la vida normal, participando en cierto modo de su rol esencial en la economía de esa vida. Esto hace excepcionalmente difícil la obra de conocer y estudiar la realidad, y da también una excepcional importancia á la misión de los inspectores, encargados de informar á la Dirección general sobre los hechos que se realizan

en el mundo pedagógico, y de esparcir en el seno de éste las ideas y enseñanzas de la Dirección».

Pero el autor reconoce que faltan hoy por hoy en el Perú hombres suficientemente formados en la ciencia pedagógica, para poder secundar la obra directiva de la enseñanza. Importa, pues, ante todo, atender á las escuelas normales, y organizarlas convenientemente; y para ello, cree el articulista y propone seriamente que se contraten en Europa «tres personas capaces de desempeñar con éxito las funciones de inspectores generales» en el Perú, y otra «que organice y dirija una escuela normal en Lima, asociando á su labor profesores de las Facultades de Letras y Ciencias, y los maestros más competentes». Propone, además, otras muchas reformas é innovaciones, entre las que notaremos las siguientes: Creación de un *Pedagogium*, anejo á la Normal; enviar á Europa, para que perfeccionen sus estudios, á todos los que en el primer año demuestren notables aptitudes para el magisterio; exigir que los normalistas titulares practiquen *dos años* en las escuelas, y los profesores de segunda enseñanza tres en los colegios, para que el Gobierno les conceda la propiedad de sus respectivos empleos; la Facultad de Letras de Lima comprenderá la enseñanza de las ciencias sociales generales, incluyendo en las materias de su enseñanza las siguientes: Geografía, Historia, Filología, Filosofía y su historia; Estética é Historia del Arte, Literaturas antiguas y modernas, Sociología, Economía política y Finanzas, Administración y Política, Pedagogía.

No obstante la franqueza con que el autor aconseja recurrir á maestros extranjeros para la organización de la Escuela Normal, defiende con gran energía el carácter nacional que en su mayoría debe tener el Profesorado, y lo razona de este modo: «Porque sólo el ciudadano de un país tiene el presentimiento de lo que ha de ser su patria y la intuición de los fines que ha de llenar; porque sólo él siente la necesidad del progreso con ese amor que se llama patriotismo.—Gran daño hacen, por esta razón, esas corporaciones religiosas cosmopolitas,

adueñadas, á título de cuerpos docentes, modelos de moralidad, de la educación, de lo que hay de más selecto en nuestra sociedad. Sin ideales nacionales que comunicar, porque no tienen patria, su acción educadora tiende á extinguir todo lo que hay ó puede haber de original en nuestra civilización, borrando los colores del cuadro para sustituirlos por ese color gris uniforme de una vida abstracta, que no es la nuestra...» Y termina diciendo: «La educación, especialmente la de nuestras clases superiores, debe, pues, ser eminentemente peruana, por su objeto, por sus medios y sus educadores.»

• Para terminar con la materia pedagógica, haremos mención también de un interesante informe del profesor D. Alejandro O. Deustria, sobre *La Instrucción pública en Francia*, que comienza á publicarse en el núm. 15 de *El Ateneo*.

En los ya citados números 3 y 4 (un solo cuaderno) de la misma Revista, figura un estudio histórico de interés para los eruditos españoles. Titúlase *Los trece de la isla del Gallo*, y se refiere á aquélla heroica resolución que Pizarro y un corto número de soldados suyos tomaron, de quedarse en un islote desierto, en medio del Océano, expuestos á sufrir hambres y las más horribles penalidades, para proseguir el descubrimiento de un país del cual no tenían sino muy vagas noticias. El autor de este estudio, que es D. Carlos A. Romero, investiga especialmente dos cuestiones: cuántos fueron los compañeros de Pizarro, y quiénes eran, puntos ambos muy oscuros y controvertidos. Valiéndose de documentos publicados en la Colección de los *inéditos para la Historia de España*, en la de *Indias* y otras fuentes, y comparando las relaciones de distintos historiadores, cronistas, etc., llega á la siguiente conclusión:

«Según las informaciones seguidas en Panamá en 1528 por García de Jarén y Pedro de Candía, y según consta en la capitulación de Toledo de 26 de Julio de 1529, por relación hecha por el mismo Pizarro, fueron trece los castellanos que quedaron con el Conquistador en la isla del Gallo, y que de ésta pasaron á la Gorgona. Conviene asimismo en que fueron trece

los que quedaron con Pizarro en esta última isla, los historiadores Cieza, López de Velasco, Garcilaso, Oliva, Calancha, y en general, casi todos, según lo hemos visto. De manera, pues, que, á nuestro juicio, este es punto resuelto.

Que el insigne piloto Bartolomé Ruiz no quedó con Pizarro en la isla del Gallo, es un hecho históricamente comprobado y que refieren todos los historiadores, sin exceptuar uno solo. Y en cuanto á la permanencia en aquel célebre lugar de Alcón, Briceño, Candía, Carrión, Cuéllar, Jarén, Molina, Paz, Nicolás de Rivera el Viejo, Peralta, Soraluze y Juan de la Torre, es asimismo punto resuelto y no discutible.

¿Quién es, pues, el que falta para completar el número de trece? Zárate, Garcilaso, Caro de Torres, Calancha y otros, afirman que Diego de Trujillo fue uno de los trece, y este último cronista dice que nunca se puso en duda; Garcilaso, Pizarro y Orellana, Caro de Torres y otros historiadores, cuentan á Francisco de Villafuerte como uno de los compañeros de Pizarro. Dos documentos inéditos, que hemos tenido la suerte de hallar, resuelven la cuestión en favor de Villafuerte.

Es el uno una provisión del Licenciado Gasca (1), de 30 de Enero de 1549, haciendo merced á Villafuerte del repartimiento de Livitaca; el otro es una provisión del Virrey Toledo, de 3 de Abril de 1578, haciendo merced á Jerónimo de Villafuerte del mismo repartimiento de Livitaca, vaco por muerte de su hermano Sebastián (2); ambos, comprobatorios de que Francisco Rodríguez de Villafuerte fue uno de los trece heroicos castellanos que quedaron con el Conquistador en la célebre isla del Gallo.

De manera, pues, que, como resultado de este trabajo, venimos á esta conclusión: quedaron con Pizarro en las islas del Gallo y la Gorgona trece hombres, y que ellos fueron: Alcón (Pedro). — Briceño (Alonso). — Candía (Pedro). — Carrión

(1) Archivo Nacional: Est. 21.

(2) Biblioteca Nacional: Manuscritos, t. 24, p. 2.^a, pág. 29.

(Antonio). — Cuéllar (Francisco). — Jarén (García). — Molina (Alonso). — Paz (Martín). — Peralta (Cristóbal). — Rivera (Nicolás). — Soraluze (Domingo). — Torre (Juan de la). — Villafuerte (Francisco de).»

Una vez resueltas así las dos cuestiones, el autor traza la biografía de *los trece* con gran número de datos.

En el núm. 7, D. Pablo A. Patrón plantea un problema interesante de *Prehistoria nacional*, relacionado con la cronología de la cerámica hallada en Huara (pampa de Taramugal), en medio de las capas sedimentarias y á 48 metros de profundidad. Comparando este hecho con otros de la región peruana, el Sr. Patrón sugiere multitud de cuestiones importantes, cuya solución pide al Ingeniero D. José Balta, á quien va dirigido el artículo.

Del Sr. Izcue es un estudio (núm. 8) de *El gran poeta peruano*, Luis Benjamín Cisneros, cuya biografía crítica traza, copiando á la vez fragmentos de algunas de sus obras principales, *A Lenalah*, *En el aniversario de su independencia*, *Elegía á la muerte de Don Alfonso XII*, el poema *Aurora Amor*, en parte inédito y de gran alcance, á juzgar por lo publicado, y la silva *El momento supremo*. El Sr. Izcue hace notar que no existe todavía colección completa, ni escogida, de los versos de Cisneros.

El Sr. Gutiérrez Quintanilla publica un largo y muy erudito estudio sobre la galería ó colección de cuadros de Ortiz de Zevallos, que consta de 881 telas, de ellas 824 originales, según el Catálogo, que ratifica la autenticidad de 107, exponiendo sus antecedentes. Las hay de Murillo, Rembrandt, Rafael, Guido Reni, Ribera, Zurbarán, Van-Dyck y otros grandes pintores. Con excelente sentido, el Sr. Gutiérrez aboga por que el Gobierno peruano adquiriera esta colección «para establecer con ella un centro de ilustración artística»; pero hace reservas en punto á la autenticidad de algunas firmas.

Don Gavino Pacheco Zegarra, trata en un discreto y documentado artículo, de la que él llama *La Musa X*, ó sea del ad-

jetivo, cuyo uso exagerado ó fuera de propósito considera, con razón, como uno de los males peores de la literatura castellana. Por eso termina su trabajo diciendo al Presidente del Ateneo, D. Javier Prado: «Una vez conocida la Musa X y los peligros con que amenaza á los jóvenes, por su fácil liviandad, aun á riesgo de ser descortés, debe usted arrojarla del glorioso recinto de las letras nacionales.»

En el núm. 14, D. Francisco Samuel Pérez publica un documento de 1689, existente en el Archivo de Piseco y referente á la fundación de esta ciudad.

En el 16, el Sr. Tudela y Valera trae una lista de las obras inéditas, en lengua quechua y en castellano, del Dr. Pacheco Zegarra, traductor del célebre drama *Ollantay*, cuya edición francesa se publicó en París en 1878. El Sr. Pacheco tiene en cartera, entre otras cosas, dos nuevas traducciones de otros tantos poemas quechuas prehispánicos, un *Diccionario y Gramática* de aquel idioma, y varios dramas y comedias.

En el mismo número, nos regala Ricardo Palma con unos apuntes biográficos, tan agradables de leer como todo lo suyo, sobre *María Abascal*, amiga íntima del Ministro peruano Don Bernardo Monteagudo.

Aparte todos estos trabajos, *El Ateneo* publica con frecuencia obras de amena literatura, cuyo examen no es de este sitio. Nos limitaremos á citar varios poemas y poesías sueltas de Chocano y un drama del mismo (*Vendimiarío*); un sentidísimo poemita de Carlos G. Amézaga, *Los niños*; una comedia de Pacheco, y versos y cuentos de varios autores.

Sin salir del Perú, nos encontramos con otra importantísima publicación de fecha reciente, la *Revista de Archivos y Bibliotecas*, fundada por D. A. Ulloa y otros eruditos jóvenes, y destinada á ir dando á luz los muchos é interesantes documentos referentes á la historia peruana que aún están inéditos. Para juzgar del valor grandísimo que esta meritoria empresa tiene para los historiadores españoles, bastará citar los documentos que contienen los tres volúmenes que se han re-

partido desde 30 de Setiembre de 1898 á 31 de Diciembre de 1899: *Libro de provisiones reales de los virreyes Don Francisco de Toledo y Don Martín Henriquez de Almanza* (1575-1582); *Libro de la correspondencia del P. Fr. Antonio Avellá, comisario prefecto de misiones* (comienza en 20 de Julio de 1803), precedido por dos estudios del Sr. Rey y Boza: uno sobre *Las Misiones de Apolobamba*, otro sobre la *Fundación del Colegio de Misiones de Moquegua*, y seguido de un apéndice en que se contiene un «Informe de los PP. Fr. Benito Valencia y Fr. Buenaventura Quintana, sobre la nueva expedición á los Toromonas, en 24 de Octubre de 1806», y los *Autos y capitulaciones de Don Diego Vaca de Vega, Gonzalo Rodríguez de Monroy y Don Martín de la Riva Herrera, para la conquista de Maynas*.

Dignos son los eruditos peruanos que tan gran servicio prestan á los estudios históricos, de que en España se conozca, aplauda y proteja su obra.

Chile cuenta desde Agosto último con una nueva revista, *El Pensamiento Latino*, fundada por D. Enrico Piccione, y que, como dice ya su título, aspira á ser una publicación internacional latino-americano-europea. En los nueve números de ella que tenemos á la vista (hasta 7 de Enero último), trae, en efecto, artículos y noticias que desarrollan ese programa. Señalaremos los que son de más interés para nuestros lectores.

La quimera de la Confederación continental, por Belisario García. El autor quiere «pintar al desnudo los hombres y el carácter de los sucesos que se han desarrollado en Sudamérica en la segunda mitad del siglo XIX», haciendo «un análisis desapasionado de ese movimiento histórico, para dar á conocer la psicología de la política internacional patrocinada durante el medio siglo recién pasado. De manera, pues, que al escribir sobre las múltiples manifestaciones de nuestra vida política, no hacemos otra cosa que satisfacer un deseo íntimo y una necesidad del tiempo. Para que los países sudamericanos conozcan sus errores, aprecien la magnitud de cada uno de los

desaciertos por ellos cometidos y consentidos, y puedan, sin dificultad, darse cuenta de las consecuencias que esos errores han originado en el proceso evolutivo de los principios gubernamentales que han prevalecido en el continente, es preciso que descorramos el telón y asistamos un instante á la formación de los acontecimientos que se han sucedido en estos últimos cincuenta años.»

Se trata, pues, de un estudio crítico de historia política. El Sr. García lo desarrolla en varios capítulos, cuyos temas son: Aspecto de las nacionalidades á mediados del siglo.—El pensamiento y la caracterización del programa internacional de Bolívar.—El aislamiento como norma de Derecho; de los cuales, el último queda en suspenso en el núm. 8.º

El Ateneo de Chile, por Francisco Araya.—Da noticias acerca del origen y carácter de este centro intelectual. Comenzó á funcionar en 15 de Agosto de 1888 como una «sección literaria independiente» del Club del Progreso, fundado en Abril del mismo año, y aunque, por motivos políticos, estuvo cerrado desde 1889 á 1898, hoy ha adquirido nueva vida.

El Estudio de las ciencias políticas y sociales en la Universidad de Chile.—Está representado por varias enseñanzas: Derecho administrativo (profesor, Sr. Letelier); Filosofía del Derecho (Sr. Salas); Derecho penal (Sr. Cabieses); Derecho constitucional (Sr. Roldán) y otros, á las cuales se ha añadido últimamente una cátedra de Legislación comparada (Sr. Alvarez). Este mismo profesor ha organizado una serie de seis conferencias sobre la «Historia de las doctrinas políticas, económicas y sociales desde el siglo XVIII hasta el presente.»

La población de la República Argentina, por P. Sitta.—Es un estudio hecho sobre los datos del censo nacional de 1895, y publicado primitivamente en italiano. En 1797, según los cálculos de Azara, la población era de 310.626 habitantes. En 1895 llegaba á 3.954.911. De 1869 á 1895 el aumento ha sido de dos millones y pico. La densidad es de 1,40 por kiló-

metro. El término medio anual de aumento es de 49 por 100, mayor que el de los Estados Unidos.

La República de Bolivia, por J. César Valdés.—Es un breve y nutrido resumen de la situación política, industrias, productos, legislación, ejército, comercio, etc. El estaño producido en 1899 fue de 5.240.455 kilos. Los países con que Bolivia mantiene comercio de importación y exportación mayor, son: Alemania, Inglaterra, Francia, Chile y Estados Unidos. Siguen en orden: Perú, Brasil, Bélgica, Italia, España, etcétera. La instrucción primaria es gratuita y obligatoria. Hay escuelas cantonales y para indígenas y cuatro Universidades (Sucre, La Paz, Cochabamba y Potosí).

Colombia, por Guzmán.—Contiene documentos oficiales relativos al restablecimiento de la paz y á la política que representa el nuevo Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, D. José M. Marroquín.

El positivismo en Chile.—En el número 6 comienza la publicación de esta importante obra, cuyo carácter y programa expone así el Sr. Piccione:

«El programa que está trazado en el sumario responde á la necesidad de ofrecer á los estudiosos de los países de América y de Europa—donde la Revista llega y es acogida con manifestación de amistad intelectual, justa, franca y sincera—las noticias acerca de los orígenes y de la evolución del pensamiento científico en Chile; de la organización social, política, legislativa y administrativa; de los ideales de la educación y de las funciones de la justicia; de las instituciones económicas y del estado de la población; de las fuentes de la riqueza pública y privada; de las funciones de beneficencia y de higiene pública; de las costumbres y del carácter del pueblo; de las cualidades peculiares del ingenio en los estudios científicos sobre el campo del arte y en la vida política y social; acerca de los hombres que por su cultura y por los puestos que ocupan en la *Escuela* y en el *Parlamento*, con el libro y en la tribuna indican el progreso ya realizado y las aspiracionss sociales de

los estudios biológicos, sociológicos, jurídicos y políticos... Las páginas de la Revista serán el medio... Los poderosos y claros ingenios de J. T. Medina, Federico Puge Borne, Enrique Mac-Iver, Joaquín Rodríguez Bravo, Manuel Salas Lavagui, Enrique Nercasseu y Morán, Augusto Orreco Luco, Diego A. Torres, Vicente Grez, Gonzalo Bulnes, Víctor Bianchi Tupper, Alcibiades Roldán, José Tomás Matus, Isaac Ugarte Gutiérrez, Luis Espejo Varas, Manuel A. Ponce, Octavio Maira, Eduardo Phillips, Armando Quezada, Ricardo Cabieses, Alejandro Fuenzalida Grandón, Carlos Gutiérrez, P. P. Figueroa, P. L. Ferrer, David Benavente, Samuel Lillo, Alejandro Alvarez y otros más escribirán los varios capítulos de la obra, entrelazando así con el amor de patria, los ideales de la ciencia, del arte, de la vida social, que pertenecen á todo hombre culto y á todos los países...»

El capítulo primero está escrito por D. J. T. Medina, y versa sobre *La cultura en el período colonial*. Es, pues, el más interesante para los españoles. Dejamos su resumen para cuando termine su publicación.

Progresos de la República de Méjico.—Las importaciones apenas llegaban en 1874 á 19 millones de pesos; en 1898-99 han excedido de 106. Las exportaciones han producido en los mismos años citados 27 y 138 millones y pico respectivamente. Cuenta con 125 fábricas de géneros de algodón, varias de cerveza, curtidos, papel y de fundición. Tiene 68.250 kilómetros de telégrafos y 2.457 oficinas de correos.

Un viaje á Bolivia, por A. Blancas. Curiosa y entretenida relación, cuya lectura recomendamos.

Pocos son los números de la *Revista de Chile* recibidos desde la fecha de nuestra última crónica, que terminaba en el de 15 de Noviembre de 1900. En este mismo se publica un trabajo que no pudimos resumir entonces y que tiene importancia. Es una nota expositiva y crítica del libro del Dr. Paulino Alfonso, titulado *Desarrollo hispanoamericano* (un volumen de 88 páginas; Santiago de Chile, 1900). Es una colección de

cartas, conferencias y discursos, en que el Sr. Alfonso expresa su fe en un porvenir luminoso para la humanidad, merced á la difusión de la enseñanza, al progreso de la ciencia y á la mejora de los sentimientos é ideas de los hombres. Por cierto que no nos trata con blandura el autor; y aunque no le falte razón en algo de lo que dice, lo creemos indudablemente exagerado, por no tener en cuenta los elementos contrarios á los que él estima como únicos, al parecer, y cuya fuerza y resultados desconoce, por lo visto. «En España—dice—el clero ha puesto insalvable valla contra el progreso, difundiendo la idea de que basta la oración y seguir con asiduidad las prácticas religiosas para obtener del cielo cuanto es necesario á un pueblo cristiano, y ese pueblo, entregado *sin contrapeso* á la influencia de tales ideas....., ha descendido del puesto elevado que ocupara en otros tiempos á ser hoy *piedra de escándalo* de las naciones civilizadas.» Que trabajamos todavía poco y que no nos cuidamos lo bastante de la instrucción pública, es cierto; pero que toda España sea así y que nadie se mueva, esperando que le caiga del cielo el maná, es notoriamente inexacto. Lo que se desprende bien del libro del Sr. Alfonso, y de muchos otros americanos, es que la mayoría de los escritores de allá desconocen la España nueva, tanto intelectual como económica, y sobre todo, la intelectual, que en Europa es ya estudiada y considerada en todo lo que vale y representa. No hay que decir que el Sr. Alfonso cree, no sólo inevitable, sino beneficioso, que triunfe en el mundo la raza sajona «Triunfa—dice—porque, á pesar de sus errores, se ha conformado más á la naturaleza de las cosas, dentro de las condiciones del último desenvolvimiento histórico.» La afirmación es muy discutible, incluso en el orden político.

En el número de 15 de Diciembre 1900, D. Ricardo Montaner Bello comienza á publicar un capítulo de su *Historia de las relaciones diplomáticas de Chile con el Perú*, de 1839 á 1879. El capítulo empieza con la batalla de Yungai y la misión diplomática de Lavalle y termina con la intervención

inglesa. Al texto acompañan numerosas y eruditas notas.

Notemos con satisfacción que *La Revista de Chile*, no sólo traduce trabajos de autores extranjeros (Eça de Queiroz, Barbey D'Aurevilly, Sienkewicz, etc.), sino que reproduce otros de escritores españoles modernos y versiones al castellano hechas en España.

En el último número que tenemos á la vista se plantea y resuelve una cuestión de gran interés, formulada así: *¿Es cierto que en Chile la instrucción primaria desarrolla la criminalidad?* Sabido es que en Francia y otros países se ha discutido recientemente el mismo asunto. Después de hacer constar las deficiencias de los censos, el autor del artículo (anónimo) establece los siguientes datos: En 1865, por cada 58 habitantes había 10 analfabetos; en 1875, el mismo número por cada 43; en 1885, por cada 35. La relación entre la población total de Chile y los criminales que saben leer, es la siguiente: en 1865, un criminal *alfabeto* por cada 2.191 habitantes; en 1875, 1 por 2.271; en 1885, 1 por 4.261. La relación entre el total de criminales y el de los que saben leer es como sigue: en 1865, 10 alfabetos por cada 30 criminales; en 1875, 10 por 34; en 1885, 10 por 27; en 1895, 10 por 28. Pero comparando el total de la población que sabe leer y el total de los criminales, resulta: en 1865, 1 criminal alfabeto por 372 habitantes; en 1875, 1 por 522; en 1885, 1 por 1.232. Faltan datos para 1895. Por lo tanto, la proporción es cada vez menor.

En 1900 ha comenzado á publicarse en Asunción (Paraguay) *El Archivo Nacional*, dirigido por D. Manuel Domínguez, y dedicado á dar á luz documentos inéditos. La mayoría de los que han aparecido hasta aquí pertenecen á la época del Adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y se refieren á Gregorio de Leyes, el capitán Gonzalo de Acosta, el contador Felipe Cáceres y otros.

En Bogotá se ha impreso el tomo I de los *Anales diplomáticos y consulares de Colombia*, dirigidos por el Subsecretario de Relaciones extranjeras, D. José Antonio Uribe. Los *Anales*

contendrán documentos actuales y una sección histórica, para la que desde luego anuncian la reproducción de las Memorias de Relaciones exteriores de los primeros años de la República, agotadas hoy. En el tomo que nos ocupa, figuran numerosos datos sobre la cuestión de los límites con Venezuela, ilustrados con un prólogo que firma el señor Uribe.

En Guatemala se ha inaugurado una edición castellana de *The Scientific Propaganda*, dirigida por el ingeniero y profesor D. Francisco Vela. A pesar de lo que su título parece decir, la Revista se ocupa preferentemente en cuestiones pedagógicas. Notemos, aparte varios artículos doctrinales, los *Datos sobre instrucción en Guatemala* (existen diez jardines de la infancia, 317 escuelas mixtas, 502 de varones, 502 de niñas, 42 complementarias y 62 de adultos, nocturnas, y varios Centros de enseñanza secundaria, normal y superior), y las noticias y resúmenes del Congreso Pedagógico Centroamericano, celebrado recientemente. Entre las conclusiones de este Congreso deben señalarse las referentes al tema 1.º: «¿Cuál será el medio más eficaz de civilizar á la raza indígena, en el sentido de inculcarle ideas de progreso y hábitos de pueblos cultos?» Por cierto que en el núm. 4.º de la Revista hemos visto un trabajo: *Sobre la necesidad de hacer hablar á los discípulos en clase*, que erróneamente se atribuye á un señor, M. G. François, profesor de Chartres. Es, ni más ni menos, un artículo de D. Francisco Giner de los Ríos, publicado hace tiempo en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza*.

Vida moderna (de Montevideo) publica en su número de Diciembre último unos interesantes *Apuntes para el estudio del litigio argentino-chile sobre límites*, por J. J. Ros, y un *Proyecto de programa de derecho político y administrativo español* de F. G. Ontiveros, inspirado en las doctrinas del profesor español D. V. Santamaría de Paredes.

De *El Mercurio de América* (Buenos Aires) sólo ha llegado á nuestro poder un número (Marzo y Abril, 1900). En él encontramos un artículo de Julio L. Jaimes sobre *La Casa Real*

de Moneda, construída por el Gobierno español en la segunda mitad del siglo XVIII, y célebre, no sólo en los fastos coloniales del virreinato, mas también en los de la lucha por la independencia.

La *Revista Nacional*, de Buenos Aires, continúa publicando el estudio del Sr. Carranza sobre las *Campañas navales de la República Argentina* y la *Correspondencia inédita*, del General Sucre. Además, en su número de Diciembre, 1900, comienza un interesante trabajo del Sr. Ros, *Historia de un mapa*, cuyo propósito es «dar á conocer todo lo que es digno de recuerdo y de gratitud en la memorable obra del sabio historiador, geógrafo y naturalista, D. Félix de Azagra», autor del mapa del Paraguay en cuestión, y, á la vez, resumir la vasta labor realizada en el estudio de las regiones del Plata hasta hoy día.

En Toluca (Méjico) existe desde 1828 un Instituto científico y literario con el título actual de «Porfirio Díaz». En el *Boletín* que imprime este centro de enseñanza, hallamos trabajos pedagógicos que creemos útil enseñar á los maestros españoles. Tales son: los programas de Lógica, Moral y Sociología; los ejercicios de composición de los alumnos; los *Elementos de metodología pedagógica*, por el profesor Agustín González, y el *Curso de Derecho romano*, por D. Pablo Zayas.

Revistas ilustradas.—Son muchas, y algunas muy notables, las que se publican en América. Como es de suponer, interesan más por los grabados y por la parte literaria que por los artículos que cabe extractar en estas crónicas. Señalaremos, no obstante, las principales que recibimos:

Cuba y América, revista ilustrada (Habana) mensual, en cuadernos de 90 páginas. Notable por su información gráfica sobre América y Europa.

En la sección de sueltos *editoriales* del núm. 94 (Noviembre de 1900) se leen las siguientes líneas, á continuación de la noticia en que se decía haberse levantado en España partidas carlistas. «Rotos los lazos políticos que unieron á Cuba con su

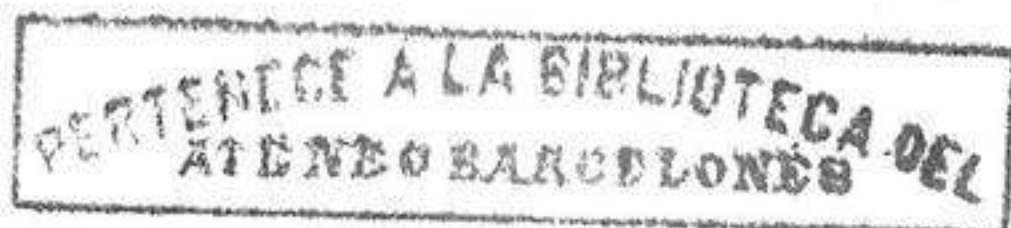
antigua metrópoli, no se rompen otros lazos morales de afecto y natural simpatía, y los cubanos recibirán siempre con complacencia toda nueva que revele adelanto, bienestar y renacimiento del pueblo español, de quien proceden, y se condolerán de sus desventuras.—Felicitémonos todos de que España no sea, en estos momentos en que necesita reparar sus desgracias, presa de injustificadas luchas civiles.»

El Sol (Buenos Aires). Semanario de ciencia y arte. Refleja las doctrinas radicales modernas en arte, sociología, política, etc. Traducciones de autores extranjeros y colaboración española.

Fin de Siglo (Buenos Aires). Semanario humorístico. Caricaturas, información gráfica, páginas en color.

Iris (Buenos Aires). Semanal. Información, literatura. Buenos grabados en color.

*
* *



Siguiendo el plan que nos hemos trazado, indicaremos tan solo el título y materia de los libros recibidos:

Un viaje á Valdivia. La civilización alemana en Chile, por José A. Alfonso. (Extracto de «La Revista de Chile»). Hace un estudio de la colonia alemana establecida en Valdivia, y de los progresos que le debe la ciudad. Escuela magníficamente instalada.—Difusión del sistema Kneipp.—Fábrica de cerveza.—Otras fábricas.—Comparación de las cualidades de la raza alemana y las de la chilena.—Superioridad de aquélla en muchos respectos.

Entretencimientos filosóficos y literarios, de Baldomero Rivo-dó. (Caracas, 1900). Es una colección ó repertorio de pensamientos originales y de notas de otros autores, sobre asuntos muy variados.

El Ecuador y el Vaticano, ó La revolución religiosa en el Ecuador, por Luciano Coral. (Guayaquil, 1899). Estudia la ley de Patronato, el Concordato de 1862 y su suspensión en 1877;

el de 1880, la revolución clerical de 1896, la guerra civil religiosa de 1898-99, y las últimas medidas gubernativas, con la aprobación de la ley de Patronato.

Carta al Sr. D. Ricardo Palma, por Remigio Romero León. Cuenca: (Ecuador, 1899). Rectifica algunos datos de cuatro *Tradiciones peruanas*, que tratan de asuntos ó personajes ecuatorianos. A saber: las tituladas *Pan, queso y raspadura; Dolores Veintimilla; El Cristo de la Agonía*, y *Lucas el sacrilego*.

Sensaciones de París y de Madrid, por E. Gómez Carrillo. (París, 1900.) Diario del autor, en que se pasa revista á multitud de personas y hechos.

Recortes, por José Bianco (Córdoba). Es una colección de artículos, en que descuellan por su asunto los siguientes: «Los extranjeros» (debe incorporarse el extranjero á la vida política del país), «Enseñanza pública», «Cartas yankis», «Reforma constitucional» (Iniciativas del Dr. Bernardo de Irigoyen, Gobernador de Buenos Aires), y «Escuelas Normales» (necesidad de reorganizarlas).

Bolivia y Chile, por J. C. Valdés. (Santiago de Chile, 1900). Es, como dice el mismo autor, «una sencilla y breve relación documentada de los derechos que sostuvo Bolivia para ejercer su dominio y soberanía en el desierto y litoral de Atacama, y del desarrollo de la cuestión con Chile después de la guerra de 1879.» El libro se basa en documentos oficiales y escritos chilenos, en señal de imparcialidad.

Juez del crimen, episodio dramático en un acto y en prosa, por Carlos G. Amézaga. (Lima, 1900.) La estrenó Vico en el Teatro Principal de Lima el 12 de Marzo de 1900, con gran éxito. La obra tiene realmente condiciones escénicas, aunque pudiera encontrarse poco natural la dureza que el protagonista emplea para con su madre, que, culpable y todo, es su madre al fin.

Relación descriptiva de los mapas, planos, etc., de Méjico y Floridas, existentes en el Archivo general de Indias, por P. Torres Lanzas. (Dos volúmenes. Sevilla, 1900).—Aunque no

es americana esta obra, cabe citarla aquí por referirse á América. El señor Torres Lanzas es autor de otras dos relaciones, una de «mapas, planos, etc., de Filipinas y Oceanía» (1897), y la otra de los correspondientes al Virreinato de Buenos Aires (1898). Como advierte en el prefacio, no pretende haber hecho un trabajo definitivo, puesto que para ello sería preciso registrar cuidadosamente todos los 40.000 legajos de que el Archivo consta; pero cree útil, y claro que lo es, adelantar la publicación de todas las notas reunidas hasta el presente. El señor Torres anuncia, para en breve, un inventario de los papeles del Cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, y de los borradores y listas de mapas que las Secretarías de Indias entregaron á distintas personas desde 1798 á 1818.

Nuestra raza, discurso pronunciado en el Teatro Odeón el 12 de Octubre de 1900, por Ernesto Quesada. (Buenos Aires, 1900.) Es una hermosa defensa de la raza hispana, y una protesta contra la ingerencia avasalladora de la política yanqui en América. El señor Quesada cree llegado el momento de que, mediante un esfuerzo ideal, reivindique nuestra raza su representación alta é insustituible en el mundo, rectificando sus errores y borrando sus defectos, mediante la reforma educativa, el despertar de energías olvidadas, la vigorización del carácter y el desarrollo del comercio y las industrias.

Para la crónica siguiente queda el examen de varias novelas, colecciones de cuentos y libros de poesías.

HISPANUS.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

EL MERCADO DE ESCLAVOS

Dar Muley Ali, 26 de Mayo de 1900.

El espíritu del pobre Ba-Ahmed, convertido por castigo de Allah en perro, sigue aullando á la luna, y alarmando á la población, mientras que nosotros continuamos esperando con paciencia que S. M. Sheriffiana se digne señalar día para recibir en audiencia privada al Jefe de la Misión, y poder dar comienzo á los trabajos de la Embajada. Hasta hoy proseguimos en el mismo estado de ignorancia con respecto á particular que tanto nos interesa, y sin tener la menor noticia de la fecha en que se verificará ceremonia tan ardientemente esperada. Nuestra vida se desliza tranquila y sosegada, y mañana y tarde, por lo general, paseamos por la ciudad ó bien por sus pintorescos alrededores. La temperatura es bastante agradable, y el calor, á pesar de la estación y de la baja latitud, no nos molesta mucho. Las nevadas cumbres del Atlas envían brisas suaves que refrescan el valle del tensil, al par que la formidable barrera de montañas nos resguarda por completo de los vientos calientes del Sahara. Hace días que deseaba dedicar una tarde entera á estudiar detenidamente uno de los lugares más extraños é interesantes de Marrakesh, quizá el

que más excitaba mi curiosidad, *El Bercá*, ó sea el Mercado de esclavos, y hoy he realizado mi propósito.

Si por una parte ardía en deseos de visitar semejante centro del comercio más lucrativo que se hace en el Magreb, por otro lado mi espíritu se resistía á presenciar un tráfico tan repugnante y tan contrario á la dignidad del sér humano. A ser sincero, debo confesar que he pasado muy mal rato, y que nada de lo que hasta hoy he visto en Marruecos me ha sublevado tanto, causándome una impresión por demás penosa y desagradable, y haciéndome desear ardientemente que, por cualquier medio, se ponga fin á una costumbre tan bárbara como odiosa. Y eso que la esclavitud en los países musulmanes se diferencia mucho de lo que era en la antigua Grecia, en Roma y en los países de América. En la antigüedad los esclavos formaban una casta aparte, se les miraba como bestias, no se les concedía ningún derecho, y, despreciándolos en alto grado, eran encargados de desempeñar las funciones más bajas y los trabajos más rudos. Nada de esto ocurre entre los árabes, pues no sólo la religión, sino la leyes y los usos establecidos protegen á los esclavos con verdadera eficacia, tanto, que no falta alguno que prefiera su condición servil á la independendencia.

El despotismo oriental se complace en rodearse de servidores; los esclavos preferidos son los que proceden de luengas y extrañas regiones. Las historias y leyendas árabes nos hablan á cada paso de esclavos que se han elevado á los más altos puestos, llegando á gozar del favor soberano, que muchas veces les ha nombrado su confidente y les ha confiado la guarda de su persona. Respecto á las mujeres, su suerte no se distingue en nada de la que tienen las mujeres libres. Pueden disfrutar del puesto de esposas legítimas, y muchas veces son, como favoritas, las verdaderas soberanas del harem. Las mujeres que allí habitan consideran á las esclavas como hijas ó hermanas, y sólo se disputan la preferencia de aquel que lo mismo para unas que para otras, es el único dueño y señor

absoluto, cuyos caprichos tienen que obedecer todas sumisas y resignadas. No obstante haberme hecho todas estas reflexiones, á pesar de conocer las excepcionales condiciones en que se encuentra la esclavitud entre los mahometanos, la impresión que me ha producido mi visita á *El Bercá* ha sido de honda tristeza y profunda indignación. Jamás podía imaginar tal desconocimiento de la dignidad del sér humano. Jamás he visto reunido tanto dolor y tanta miseria.

El mercado de esclavos, sitio público y muy frecuentado, está situado en medio de la *Medina*, á dos pasos de la *Sutia* ó mercado de armas, y de la *Kaiseria* ó mercado de las telas. Llégase á él por una corta calleja cubierta por un enrejado, formado con hojas de palma, y viene á ser una especie de patio cuadrado, rodeado por tres de sus lados de una serie de soportales, bajos de techo, lóbregos, inmundos y hediondos, verdaderas cuadras donde se colocan los esclavos antes de dar comienzo á la subasta, puesto que la mercancía humana, como todos los objetos de precio, se vende al mejor postor. Una fuerte puerta de madera incomunica el patio con la calle. En el centro se alza una pequeña construcción á manera de pórtico, con ocho ó diez pilares de mampostería en dos de sus frentes, haciendo á manera de un corredor largo y estrecho, tribuna ó lugar reservado, cuyo destino no he podido explicarme, porque los compradores se colocaban en cualquier lugar, dejando libre un espacio alrededor de dicha construcción, para que por allí fueran desfilando los esclavos, acompañados de sus respectivos corredores, encargados de proclamar el precio alcanzado en la última puja.

Llegué con bastantante anticipación á la hora en que se celebran las ventas, por lo que aún había muy pocas personas en el recinto de *El Bercá*. Los esclavos ya estaban allí en su mayor parte: lo que faltaba eran compradores; pero poco á poco fueron viniendo. En tanto daba comienzo la subasta, me entretuve en visitar el interior de los diversos soportales y en examinar la concurrencia. ¡Qué de gentes extrañas! ¡Qué

de tipos distintos! Había allí negros del Sudán, tan oscuros como el ébano, de piel lustrosa, gruesos labios, nariz achata- da y pelo crespo y ensortijado; jóvenes abisinias que parecían de bronce; gallardos mancebos del desierto; salvajes del inte- rior de Africa, individuos venidos de lejanas tierras, arran- cados á viva fuerza del país natal, y traídos al mercado por traficantes de faz torva y cruel mirada. Abundaban principal- mente las mujeres, jóvenes y feas por lo general, no faltando adolescentes de ambos sexos, y niños tan pequeños que daba compasión mirarlos. Los pobres desgraciados se reunían for- mando grupos, congregándose con preferencia los que perte- necían á un mismo dueño. Charlaban alegremente, presenta- ban un aspecto indiferente y abatido y, se diría que, á pesar de lo dulce y templado de la temperatura, tenían frío. Casi todos estaban cubiertos de harapos, sucios y desgredados; ellas, por el contrario, cuidadosamente ataviadas con sus me- jores galas, adornadas con monedas agujereadas y con flores en la cabeza; cuestión de agradar al marchante. Muchas te- nían la cara y el busto descubierto, y sonreían con tristeza á las personas que á ellas se acercaban. No se veía ni un gesto de protesta, ni un ademán de indignación; aquellos pobres seres, hastiados de tanto sufrimiento, dominados por la nos- talgia de la patria, se conformaban con su triste destino y parecían haber abdicado su cualidad de seres racionales. Ha- bía una desgraciada mujer, negra, envejecida por el trabajo, macilenta y demacrada, que sostenía entre sus brazos un pe- queñuelo, de mirada dulce y penetrante, que se fijaba en ella amorosamente. El chicuelo podría tener cuatro ó cinco años, y algunas veces se separaba del seno materno para jugar con las piedrecillas del suelo mientras se sonreía alegremente; pero no obstante, no se atrevía á alejarse de su madre, y sin saber por qué corría azorado á refugiarse entre sus rodillas. Ella le estrechaba frenéticamente contra su pecho como si pre- sintiese una separación futura, en tanto que él se reía loca- mente, con esa risa fresca y argentina de la inocencia, y con

sus manecitas acariciaba el rostro materno. Aquel idilio vulgar me conmovió hondamente. El amor maternal ennoblecía y hasta embellecía á aquella mujer de aspecto repugnante y degradado. En su fisonomía se adivinaba que su alma aún no había muerto, sólo que estaba dominada por un amargo desconsuelo, y no vislumbraba ni un rayo de esperanza, ni aguardaba siquiera un gesto compasivo. ¡Qué desesperación tan intensa revelaba su semblante! Jamás he visto expresión igual de dolor resignado y persistente.

En otro de los soportales encontré tres ó cuatro muchachas, de color trigueño obscuro, feas y desgarbadas. Apenas me acerqué á ellas, se cubrieron cuidadosamente la cara; no obstante, me dieron tiempo para que entreviese sus duras facciones y su mirar de idiotas. A pesar de esto, me interesaban. Me alejé un tanto, situándome en lugar no muy distante, desde donde podía observarles sin despertar sus recelos. Siguieron tapadas algunos instantes, pero poco á poco recobraron la calma y comenzaron á charlar con vivacidad, y á sonreirse, enseñando sus blancos dientes, que relucían en medio de sus semblantes oscuros. Una de ellas sacó un miserable espejillo, joya preciada que recataba con esmero; pero apenas lo notaron sus compañeras, se lo disputaron, acabando las tres por mirarse largo rato con coquetería, haciendo toda suerte de melindres y dengues, y arreglándose el tocado de la cabeza. Ni en tan triste situación se olvidaban de que eran mujeres.

Los mercaderes, en tanto, acurrucados en el suelo, trataban de negocios y fumaban tranquilamente sus pipas de kift, observando con ojos vigilantes las mercancías que tenían á la venta. Había entre ellos un arrogante mozo, joven gallardo y fornido, de aspecto elegante y simpática presencia. Su mirada aguda se fijaba en mí con insistencia, y varias de las veces que pasé por cerca de él pude observar que hacía un movimiento indeciso, como si deseara decirme algo y no se atreviera. Por último, se decidió á hacerlo, é incorporándose me preguntó: «¿*Talian?* ¿*Pañol?*» Comprendí que sabiendo

que había una Embajada española y otra italiana en Marrakesh, pretendía averiguar de cuál de las dos formaba parte. No tuve reparo en satisfacer su curiosidad, y le contesté: «*Talian. La. Pañol.*» Es decir: «Italiano, no. Español.» Con cuya respuesta mi extravagante interlocutor me miró más fijamente que antes, pero con marcada simpatía, acabando por tenderme la mano y propinarme un largo discurso en árabe, del que no entendí ni una jota. El intérprete que me acompañaba, uno de los criados indígenas que nos habían seguido desde Tánger, acudió en mi auxilio y me descifró el enigma. Se trataba de un mercader venido de las lejanas costas de Tarfaya, que sentía gran simpatía por la nación española y deseaba mostrarme su afecto. Interesándose por los destinos de la patria, quería saber el estado en que se encontraba la guerra que manteníamos con un poderoso país de allende los mares, y hacía voto por nuestro triunfo. El hombre estaba atrasado de noticias, como se dice vulgarmente. Yo, correspondiendo á su manifestación de simpatía, le estreché la mano que me tendía, pero tuve reparo en confesarle nuestro desastre, prefiriendo dejarle en el error en que se hallaba. Mi nuevo amigo era en extremo agradable, y se expresaba con vivacidad y energía, por más que derrochase su elocuencia en balde, pues yo tenía que contentarme con las pocas palabras que entendía ó con las partículas de discurso que me traducía mi acompañante, no gran dominador del castellano. ¿Por qué conducto habían llegado hasta este hombre las noticias que sabía? ¿En qué mercado desconocido las averiguaría, y en dónde comenzaría á sentir ese afecto que, según aseguraba, le inspiraba un país para él tan lejano como desconocido? Todo ello me extrañaba sobremanera. El tipo de aquel individuo era muy diferente del de las demás personas que allí había. Era un verdadero árabe, sin mezcla alguna de otra raza; así parecían indicarlo sus grandes ojos negros y rasgados, de mirar expresivo y orgulloso; su cabellera sedosa y en sortijada, su nariz delgada y aguileña, sus labios finos, sus

facciones delicadas, pero varoniles, y sus elegantes movimientos de hombre libre, robusto y decidido. Se dedicaba al comercio de esclavos y traía muy valiosas piezas al mercado. Este último detalle bastó para hacérmelo antipático.

Mientras tanto, el recinto de *El Bercá* se había llenado de gente. Los compradores acudían á la subasta, no faltando desocupados que buscaban buenos puestos para disfrutar á su sabor del espectáculo. Una vez llegado el *adul* ó notario encargado de legalizar las transacciones, reuniéronse los mercaderes y corredores, y tendiendo las manos hacia adelante con las palmas levantadas hacia el cielo, entonaron una plegaria, para que el omnipotente Allah protegiese los negocios de la tarde. ¡Singular contraste! Invocar el nombre augusto del Todopoderoso con objeto de que santificase un acto inhumano y cruel que se iba á cometer con seres creados á su imagen y semejanza. Tales son las anomalías de la religión mahometana, que mezcla á la divinidad en todos los actos de los hombres.

Terminada la plegaria dióse comienzo á la venta, y el interés de la escena se aumentó sobremanera. Los mercaderes llegaron á los soportales donde se hallaban los esclavos que pretendían exhibir al público, y tras haberles dado los últimos toques para realzar su atavío, los entregaron á los corredores, que empezaron á pregonar el precio de tasación. Formóse entonces una procesión extraña, que daba lentamente vueltas en derredor del pórtico levantado en el centro del patio. Los esclavos marchaban pausadamente, exhibiéndose á las miradas de los circunstantes sin el menor asomo de pudor, como si fueran animales. Los hombres, indiferentes á todo, sin parecer tener idea de la dignidad; las mujeres, descocadas, andando desgarbadamente, y sonriendo estúpidamente con el fin de soliviantar á los compradores. En un rincón del patio se había formado una reunión de ancianas que, según me dijeron, eran las encargadas de hacer el peritage de las mercancías; pero muy pocas personas recurrían á sus buenos

oficios, y casi todos los compradores examinaban por sí mismos el esclavo que querían comprar. A la menor señal de cualquier marchante, el triste sér puesto en venta se aproximaba á él y humildemente se detenía, dejándose registrar el cuerpo y palpar las piernas y los brazos. Sin un solo gesto de protesta consentían que descubrieran sus miembros para cerciorarse de la fortaleza de la musculatura, y abrían la boca para que el marchante observase la dentadura y apreciase su estado saludable, cualidad á la que parecen conceder gran precio. En una palabra, eran tratados como bestias, y se les examinaba prolijamente, como se haría con un caballo ó con una vaca. Los defectos físicos se sacaban á relucir sin la menor piedad, la miseria humana aparecía en todo su esplendor, y á lo mejor se establecían repugnantes controversias acerca de cualquier individuo entre el corredor, que alababa sus cualidades, y el marchante, que con intención de regatear ponía de manifiesto los defectos. Los tristes esclavos permanecen indiferentes á todo; con humilde sumisión se prestan á cuanto quiere el marchante, á quien miran dulcemente, como agradeciéndole que se haya dignado fijarse en alguno; y si por este ó el otro concepto no se verifica la transacción, se alejan abatidos, cubriendo cuidadosamente lo macilento y degradado de sus cuerpos, avergonzados, como si ellos fuesen los culpables del estado de miseria en que se encuentran.

Aunque parezca ridículo, confieso que más de una vez las lágrimas asomaron á mis ojos. Me sentía no sólo indignado, sino que me daba vergüenza, esta es la verdad lisa y llana, de presenciarse aquello sin poder protestar con todas las energías de mi alma. Parece mentira que la culta Europa consienta semejante infamia, y que no recuerde que hace diez y nueve siglos se estableció la religión sublime de la fraternidad humana. No; no es justo que se permita semejante monstruosidad, no sólo en las puertas de nuestro continente, sino en ninguna parte, y es un padrón de ignominia para los hombres que se llaman civilizados el solo hecho de tolerarla. Todas las refle-

xiones que se hagan son inútiles, no hay razones de ninguna clase; los derechos del hombre son sagrados, y no es preciso haber visto un mercado de esclavos para comprender lo indigno de la esclavitud. Si se llega á verlo, la impresión será inolvidable.

Recuerdo que oí llorar á un niño, y que me dirigí al sitio de donde provenían los lamentos. Era una chiquilla de ocho ó nueve años, que separaban de su hermana mayor. La mozuela, ya adulta y bien formada, acababa de ser comprada por un opulento árabe, que se la llevaba de la mano, muy satisfecho y orondo de su adquisición. La niña, desconsolada al ver alejarse el único objeto de su cariño, gemía amargamente, sin atender á las órdenes del dueño, que, lejos de ocuparse en consolarla, sólo buscaba medio de deshacerse de ella. También ví vender á la dolorosa madre negra de que antes hablé. Esta fue más afortunada, pues tuvo la fortuna de que el mismo que la compraba adquiriese á su hijo. ¡Pero qué drama tan horrible pude presenciar en tanto se desarrollaba la transacción! El comprador examinó primero durante largo rato á la madre, parecía que le agradaba; mientras que ella sólo tenía miradas para el hijo de sus entrañas, que el corredor le había arrebatado de los brazos para dejarla más libre y desembarazada en sus movimientos. Después comenzó el examen de la criatura, y con él se produjo un nuevo terror para la madre; quizá el desconocido pensara tan sólo adquirir al pequeñuelo. Todas estas emociones se reflejaban en su rostro, que se inundó de alegría cuando el marchante se decidió á ofrecer precio por ambos, y el mercader, satisfecho con la ganancia, cerró el trato.

Había de todo. Muchachas modestas é inocentes que, llenas de miedo y como cortadas, se paseaban lentamente, siguiendo como perros á los corredores encargados de venderlas; y jovencuelas procaces y desvergonzadas que marchaban alegremente, exhibiendo sus formas y cimbreando sus cuerpos, irguiendo la cabeza y mirando con descaro, deseosas de excitar el apetito de los compradores; y ancianas venerables que para nada ser-

vían, y vírgenes cándidas á quienes sonreía la vida, y mancebos arrogantes en la flor de la edad, y hombres hechos dispuestos al trabajo, y niños ingenuos ajenos por completo á su triste destino; todos miserables, degradados de su cualidad de seres racionales, indignamente privados de libertad. ¡Horrorosa procesión que desfilaba sin cesar ante mi vista, circulando continuamente en torno del pórtico que se levantaba en el centro del espacio descubierto, y que acompañaban los gritos cadenciosos de los corredores que proclamaban las pujas en el precio de las mercancías.

Ni quise preguntar por qué precio se realizaban las ventas, ni adquirir detalles sobre tan inmundo comercio. El bueno del musulmán que me acompañaba, encontrándolo todo lo más natural del mundo, pretendía explicarme cuanto allí ocurría. Me decía que los tipos establecidos para la subasta aquel día eran muy altos; que cuando el Sultán destruía alguna kábila, las mujeres y los niños se vendían á precios irrisorios, y que entonces era buena ocasión para comprar; que á los mercaderes les estaba rigurosamente prohibido entrar en tratos con los cristianos, pues de adquirir estos esclavos, perdería prosélitos la religión mahometana; y qué sé yo cuantas razones más, que escuchaba inconscientemente, distraído por completo, contemplando el doloroso desfile que sin interrupción pasaba ante mis ojos, presentándome un sin fin de tristezas, de vergüenzas, de amarguras y de miserias. Parecíame que era víctima de una pesadilla angustiosa, tal era la desagradable impresión que me dominaba, y aún creía que me hallaba en uno de los círculos más tenebrosos, lóbregos y espantables del infierno dantesco.

Ignoro cuánto tiempo pasó. Mi emoción fue tan intensa, que llegué á perder la noción del tiempo, y sólo logró sacarme de mi abstracción dolorosa la obscuridad que todo lo invadía. Se había hecho la noche, y comprendí que convenía regresar á *Dar Muley Ali*. En *El Bercá*, aquel antro de horror, todo había terminado, la subasta concluyó por

falta de postores, la animación había disminuído poco á poco, los compradores se habían alejado, sólo quedaban algunos pobres esclavos, paseando en torno de la plaza, cabizbajos, taciturnos y cansados. Es posible que temiesen el castigo de sus dueños respectivos, pero á mí me pareció que estaban avergonzados, como si ellos, pobres desgraciados, tuvieran la culpa de no haber encontrado quien quisiera comprarlos.

Me alejé del recinto maldito, prometiéndome no volver á poner los pies en él en tanto estuviese en Marrakesh, y mi vuelta al espléndido palacio que habitamos, no fue como otras veces alegre. Por primera vez me dolía haber visto, y comprendía que mi curiosidad había sido castigada. Jamás olvidaré lo que he podido presenciar, declarando ingenuamente que preferiría ignorarlo. El desconocimiento de lo que desagrada y duele es deseable.

Cuando me hallé entre mis compañeros, respiré alegremente por primera vez en toda la tarde. ¡Había salido de la *citta dolente!*

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)

CRÓNICA LITERARIA

LA GOLETERA (novela), por D. Arturo Reyes.—LAS INGENUAS (novela), por D. Felipe Trigo.—RINCONETE Y CORTADILLO, comedia en tres actos, sacada de la novela de Cervantes, por D. Vicente Colorado.

La abundancia de asuntos ha sido parte para que vaya retrasándome en dar noticia á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA de algunas obras literarias publicadas en los últimos meses. A fin de ir liquidando este atraso, me limitaré á decir breves palabras acerca de los libros á que me refiero.

Uno de ellos es *La Goletera*, novela del celebrado escritor D. Arturo Reyes. Se ha publicado ya su segunda edición, lo cual dice mucho en demostración del agrado con que el público ha acogido esta obra, pues es sabido que, á excepción de los libros de media docena de escritores de primer orden, como Galdós, Pereda, etc., las primeras ediciones de las obras literarias no suelen agotarse, ni venderse siquiera, y no hay lugar, por tanto, á las segundas.

A sus méritos positivos de escritor, une el Sr. Reyes la feliz circunstancia de haber tenido propicia á la prensa desde que publicó su primera novela *Cartucherita*, y haberse dado á conocer de este modo rápidamente.

La Goletera tiene un marcado aire de familia con las dos novelas anteriores del autor, y no es extraño que lo tenga, puesto que procede de la misma pluma y las ha segui-

do tras un intervalo de tiempo no muy largo. Es, como aquéllas, un cuadro de costumbres andaluzas, y los méritos de la nueva novela son del mismo género de los que aplaudimos en las anteriores, si bien en ésta los aumenta la mayor experiencia adquirida por el Sr. Reyes en el arte de novelar. Se observa, efectivamente, en *La Goletera*, mayor soltura en el desarrollo de la acción; hay progreso en la manera de presentar en escena y de mover á los personajes, y también en la naturalidad del lenguaje que en boca de ellos pone el novelista.

Los defectos que pueden señalarse en *La Goletera* son también semejantes á los de *Cartucherita* y *El lagar de la Viñuela*. Todas estas novelas son, en realidad, cuentos largos. La parte episódica es muy rudimentaria. El autor profundiza poco. La psicología de los personajes es superficial, *epidérmica*, á *fleur de peau*, como dicen los franceses. Sus pasiones no tienen complicación alguna, son elementales y sencillas. Mientras se mantienen dichos personajes en este terreno, mientras no pasan de las formas comunes de lo afectivo, resultan figuras vivas y animadas. Cuando se elevan á más altas regiones, pierden casi toda su naturalidad, y con ella casi todo su encanto.

El Sr. Reyes es, ante todo, un colorista. La calificación de color aplicada á lo literario abarca una amplia esfera metafórica: vale tanto como adecuada y expresiva representación de lo sensible, de lo exterior, con sus caracteres individuales. En esto sobresale el autor de *La Goletera*; por eso puede decirse que su estilo tiene mucho colorido, y sí parece demasiado manoseado el símil pictórico, que es muy *representativo*, que expresa muy bien lo físico, la vida exterior. De ahí que en su novela lo que más atrae no es la acción en sí misma, ni los caracteres de los personajes, sino las escenas descriptivas, algunas de ellas secundarias con relación al argumento de la novela.

El asunto corresponde también á esta tendencia colorista del estilo: lo representado está en armonía con las formas de la representación artística. En *La Goletera* vemos escenas de

celos entre mozas de empuje y majos enamorados y valientes; amores y puñaladas; la guapeza y el ardor de la pasión amorosa, los dos rasgos característicos con los cuales nos representamos el tipo popular andaluz. Gran parte de nuestro público tiene debilidad por esta clase de asuntos. Y acaso es un error creer que lo que se ha llamado el *andalucismo* es una superposición artificial de influencias extrañas al verdadero carácter español, como sostienen algunos. Precisamente por la conformidad entre las tendencias del carácter nacional y el andalucismo, se explica la influencia de éste hasta en sus degeneraciones y caricaturas, como el flamenquismo.

Pero si la representación de escenas y de tipos corresponde en *La Goletera* á la realidad popular, no podría asegurarse lo mismo de la vida interior de los personajes, de los sentimientos é ideas por los cuales aparecen movidos. El Sr. Reyes, como muchos literatos buenos y malos, y hasta algunos eminentes, de España y de fuera de España, idealiza *interiormente* á sus personajes populares, atribuyéndoles refinados sentimientos morales que son, en gran parte, resultado de la educación y de las condiciones de vida de las clases elevadas. No es nueva esta tendencia, y se explica fácilmente que haya sido para los literatos una tentación muy viva la de presentar el contraste entre la humildad de la condición social de un personaje y la elevación de sentimientos que le convierte en tipo caballeresco. Mas estos contrastes suelen ser puramente artificiales é imaginarios. Muy lejos estoy de querer significar con esto que el pueblo sea inmoral, ni siquiera menos moral (dadas sus condiciones de vida) que las clases elevadas de la sociedad. Lo que quiero decir es que tiene otra manera de ser moral. El problema de la conducta humana no se ofrece bajo el mismo aspecto en una cabaña que bajo el *dorado techo* de un palacio. El código de las conveniencias y de las preocupaciones que regula tanta parte de la conducta de todos los hombres, nobles ó pecheros, campesinos ó ciudadanos, es un código de clase que, en cada una de éstas, dicta diferentes reglas. De ahí que

los sentimientos de exaltado honor caballeresco que mueven en ocasiones á *Trini* la Goletera, á *Paco el de las Campanillas* y al *Cantimplora*, personajes todos ellos de la novela del señor Reyes, me parezcan colocados un tanto fuera de su lugar propio. La discusión de este punto me apartaría acaso de los propósitos de brevedad que he anunciado al principio, por lo cual la omito, reduciéndome á hacer la indicación anterior.

No diré tampoco que en el ancho campo de las posibilidades no pueda darse alguna vez el caso de esta trasposición de sentimientos; pero los literatos que entienden y pintan de ese modo los personajes populares, no suelen concebirlos como tipos excepcionales. Lo que les ocurre es que, sin darse cuenta de ello, trasladan sus propios sentimientos de clase á los entes creados por su fantasía, y les atribuyen lo que por más noble y elevado tienen, sin curarse de si pegará ó no en las figuras novelescas y dramáticas, dada la condición social que se les supone.

Con todo, la novela del Sr. Reyes es obra de muy agradable lectura. Entretiene y no fatiga. Llena, pues, cumplidamente el fin más inmediato de las obras de literatura amena.

* * *

Las ingenuas, de D. Felipe Trigo, es una novela de muy diferente índole. Al parecer, el autor quiere presentarnos tipos de *demi-vierges* ó semidoncellas, y en el título de su obra «ingenuas» quiere decir tanto como sencillas, sin doblez, etcétera. Pero, dada la naturaleza de los sucesos que nos presenta la novela, resulta más adecuado el título si lo entendemos con arreglo al sentido etimológico. Ingenuo llamaban los romanos al que, habiendo nacido libre, continuaba siéndolo. Las heroínas del Sr. Trigo han nacido libres también y perseveran en su libertad..... de costumbres.

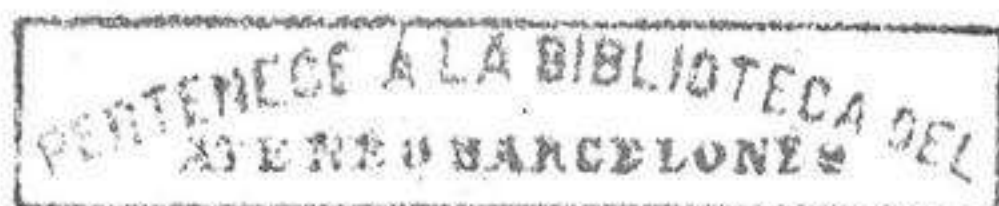
El estilo deja bastante que desear en esta novela, en la cual se podrían señalar, además, otros varios defectos. Sin em-

bargo, el Sr. Trigo, que hace en *Las ingenuas* sus primeras armas como novelista, muestra tener condiciones para cultivar con fortuna este género literario. Su libro es más que un ensayo. La condición primordial del género novelesco, que es la plasticidad imaginativa, el arte de evocar vidas imaginarias, infundiéndolas el movimiento de la realidad, la posee el autor de *Las ingenuas*.

Se descubre en su libro la influencia de la moderna literatura francesa. El Sr. Trigo debe de haber leído mucho á los novelistas contemporáneos de allende el Pirineo. En su obra se respira el cálido erotismo de las novelas amorosas de París. Es, pues, un libro que no deben leer las *ingenuas* de verdad... las que no lo sean en sentido etimológico.

Pero como hay más público que las colegialas y las señoritas casaderas, no es defecto grave para una novela el ser algo atrevida. Muchas obras maestras de este género, no son lectura propia para doncellas, con lo cual no dejan de ser obras maestras. Sin llegar á estas alturas, la obra del señor Trigo revela felices disposiciones y se lee con interés. Si el autor de *Las ingenuas* persevera, llegará á ser un buen novelista.

* * *



Vicente Colorado, que además de ser un excelente prosista y un inspirado poeta, posee condiciones de autor dramático no inferiores á las de muchos que triunfan en la escena, ha impreso recientemente su comedia en tres actos *Rinconete y Cortadillo*, sacada de la novela ejemplar de Cervantes.

Rinconete y Cortadillo no se ha representado. En unas cuantas palabras desdeñosas y amargas, no exentas de la arrogancia del que tiene conciencia de su mérito, explica el autor por qué da sus obras á la imprenta y no al teatro: *Un padecimiento crónico del estómago que me impide tragar porquerías, —dice—la imbecilidad de los cómicos, las intrigas de los que*

nada pueden y las malas pasiones de los que tienen más reputación que mérito, son causas bastantes para que dé mis obras á la imprenta y no al teatro.

La falta de representación parece como que mutila en cierto modo á la obra dramática, puesto que la priva del complemento sensible de sus medios de expresión. Pero los autores que por su independencia de carácter ó por cualquier otra razón ajena al valor intrínseco de sus producciones, no encuentran llano y fácil el camino de los triunfos de la escena, deben consolarse pensando que con el tiempo, las representaciones pasan y las obras de verdadero mérito quedan. Cosa esencial es la representación en la dramática; á sus exigencias tiene que amoldarse la composición de las obras; es el carácter distintivo más saliente del género; pero con todo eso, sólo dramas y comedias que no pasan del nivel de la medianía, duran lo que sus representaciones. En las obras de verdadero mérito, el período durante el cual se representan es breve y pasajero, comparado con la existencia de tales creaciones en la memoria de las gentes y en los archivos de la historia literaria. Seguimos admirando la tragedia griega, aunque ya no se representa; la lectura basta para hacernos saborear las bellezas de muchos autos sacramentales y muchas comedias de nuestro teatro clásico que ya no se ponen en escena. Y esta subsistencia es gloria más envidiable que la del pasajero triunfo en las tablas, aunque de la última disfrute inmediatamente el autor y de la primera no. Además, la lectura es con frecuencia la piedra de toque más eficaz para graduar el mérito literario de las obras dramáticas. Podrá pasar una comedia mediana ó mala, bien representada por cómicos insignes; mas leída, ¿habrá quien la soporte? Así, la obra dramática que resiste victoriosamente la prueba de la lectura, tiene grandes probabilidades de conquistar los lauros de la escena.

No es empresa liviana la de sacar una comedia de una novela de Cervantes. Censuran muchos las obras de esta clase inspiradas en alguna otra de universal renombre, advirtiéndolo

que los grandes maestros de la literatura ponen á sus producciones el sello de definitivas, y fijan de una vez para siempre los personajes, escenas y argumentos que engendró su fantasía. No siendo posible superarlos, el literato que sigue sus huellas y penetra en su campo, tiene que contentarse con combinar de nuevo los elementos y materiales con que trazaron ellos la combinación más adecuada y perfecta, por donde suele acontecer que no pasen las obras de este linaje de imitaciones más ó menos apreciables, si es que no se quedan reducidas á pálidas parodias ó á frías y desabridas glosas.

A esto puede oponerse que no hay asunto agotado, ni tipo en que no sea dable descubrir algún nuevo aspecto; que al tomar el asunto ó los personajes de las grandes obras literarias nada se les quita, puesto que subsisten en su integridad, y que, por el contrario, se tributa á tales obras maestras especial homenaje al convertirlas en modelo y fuente de inspiración de otras creaciones poniéndolas á par de la realidad. Tome cada cual el partido más conforme á su gusto, el hecho es que obras de esta clase, continuaciones, refundiciones y transformaciones de los modelos literarios, se han escrito y se escribirán muchas, y algunas hay entre ellas dignas de aplauso.

La novela de Cervantes, joya de la literatura picaresca, se presta poco á las exigencias de la dramática. Su acción es sencillísima y compendiosa; no tiene desenlace. El autor del *Quijote* hubiera podido continuarla, sin que los nuevos capítulos resultasen una superposición forzada. Por eso Vicente Colorado, para escribir su comedia, tomando los personajes y las escenas principales de la novela ejemplar, ha tenido que idear un argumento dramático y un desenlace. El nudo de la comedia consiste en los amores entre Rinconete y la Gananciosa, y en el desenlace vemos á los dos muchachos de la novela de Cervantes dejar la vida de pícaros por la de soldados y embarcarse en las galeras de América, con la Gananciosa de vivandera. Como dice uno de ellos, van

A buscar la redención
De nuestra vida pasada.

A primera vista parece que el Sr. Colorado ennoblece de tal suerte los tipos que presentó Cervantes en su novela ejemplar, que los cambia de índole y condición. En las páginas del gran manco, Rinconete y Cortadillo se nos presentan como pícaros, no como soldados ambiciosos de gloria; la Gananciosa como una daifa cualquiera, no como fina enamorada. Pero mirándolo más despacio, se adquiere la convicción de que esa mudanza en la manera de ser de los personajes, que por necesidades de la fábula dramática ha introducido el Sr. Colorado, no es contraria al espíritu de la obra de Cervantes, ni tampoco está reñida con la índole de los tipos, ni con el ambiente social que pinta en su novela el autor del *Quijote*.

Al final de su obra presenta Cervantes á Rinconete disgustado de la vida picaresca; «propuso en sí—dice—de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta», y añade luego que con todo pasó en ella algunos meses, lo cual da á entender que hubo de dejarla pronto. La novela de Cervantes es un episodio, un cuadro de las costumbres del hampa sevillana. Su asunto, estrictamente trasladado al teatro, no da materia más que para un sainete ó para una comedia de costumbres en un acto. Para sacar una comedia en tres actos era forzoso prolongar la acción é introducir en ella elementos dramáticos, como lo ha hecho Colorado. Y esta prolongación no puede tildarse de enteramente caprichosa, puesto que se halla conforme con el final que puso á su obra Cervantes, y puede decirse que arranca de ese final y le toma por punto de partida.

No había tampoco en la sociedad española de entonces la diferencia radical que hoy vemos entre el pícaro y el soldado. Lo picaresco era, en cierto sentido, una modalidad social. De ahí que produjera una literatura tan abundante y de tanta importancia en la historia de las letras españolas. En esa misma literatura hallamos la justificación del desenlace de la comedia de Vicente Colorado. En las novelas picarescas vemos

con frecuencia figurar soldados entre los pícaros, ó á éstos convertirse en soldados. El autor expresa, sin duda, su pensamiento en los siguientes versos, que pone en boca de Cortadillo:

«Uno son los dos estados,
las Indias, Italia y Flandes
son bolsas mucho más grandes
que cortan nuestros soldados.»

Quizás expresan con sobrada crudeza estas frases el carácter aventurero de la guerra; quizás la metáfora es demasiado truhanesca; pero tiene un fondo de verdad histórica y social indudable. La leva arrastraba á las empresas heroicas de la conquista á muchas gentes maleantes; hoy mismo, á pesar del progreso de los tiempos y de la relativa civilización de las guerras, los reclutamientos de voluntarios suelen llevar á los ejércitos lo peor de cada casa. Y en Melilla vimos á los presidiarios convertidos en temibles guerrilleros.

Si la cultura literaria estuviese más extendida entre nosotros, y hubiese mayor afición á nuestros clásicos, la comedia de Colorado habría tenido, sólo con su asunto, una recomendación poderosa para ser representada en el teatro Español. Por otra parte, su versificación fácil y correcta, su castizo lenguaje y el acertado desarrollo de su acción, hacen de ella una obra nada vulgar.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: La Exposición Panamericana de Búffalo.—Su fracaso inicial y su tendencia, nuncio del fracaso del programa del segundo Congreso Panamericano de Octubre próximo.—El Congreso Científico de Montevideo y la cuestión del arbitraje internacional.—Actitud de Chile.—El arbitraje no resuelve nada en el sentido de la unión de los pueblos iberoamericanos.—El arbitraje será desechado en el segundo Congreso Panamericano y será su segundo fracaso.—Tendencias de la política yanqui que deben llamar la atención de los pueblos hispanoamericanos más que la cuestión del arbitraje.—Cuestión de Cuba: inminencia de su anexión á los Estados Unidos.—Exposición de Búffalo: espíritu del discurso de Roosevelt.—Aspiraciones leales y eficaces á la unión latinoamericana.—Chile y el Salvador.—El Perú y Costa Rica.—Méjico y la Argentina.—Necesidad de la consolidación de la paz en Colombia, Venezuela y Bolivia.—Los mensajes de la prosperidad: Porfirio Díaz, Tomás Regalado, Campos Salles, Julio A. Roca.

Había de inaugurarse el 1.º de Mayo, como estaba anunciado, la Exposición Panamericana de Búffalo, que ha de servir de vestíbulo al Congreso Panamericano de Méjico, citado para el día 23 del próximo Octubre; pero la primera de estas dos solemnidades no se ha verificado hasta el día 20. Los Estados Unidos no han tenido hasta aquí gran fortuna con sus Exposiciones Universales: en la de Filadelfia quedó demostrado que sus esfuerzos eran inútiles para sostener, como deseaba, la competencia con las que periódicamente el continente antiguo celebra en París; la de Chicago, para el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, fue un completo fiasco, y ahora la de Búffalo, por más que se haya contraído á la representación de las producciones naturales, etnográficas,

agrícolas é industriales del continente nuevo, cuya absoluta soberanía moral procura arrogarse, cualesquiera que hayan sido las propagandas encomiásticas que se hicieran por medio de la publicidad, es ya desde su inauguración un fracaso, así en su sentido recóndito como en su expresión exterior, tan grande, si no mayor, que la Universal de Filadelfia y la centenaria de Chicago.

Para persuadirse de esta verdad basta echar una rápida ojeada por el cuadro de asistencia que ofrecen las Repúblicas iberoamericanas, cuya concurrencia ha sido solicitada, lo mismo que el de las colonias europeas, á las que se dirigió la misma invitación. Colombia, que acaba de salir de una larga y ruinoso revolución interior que ha sido atizada con elementos de fuera, desde el primer momento comunicó que no concurría. Sin motivar su ausencia en causas de este género, el Paraguay y el Uruguay también se han excusado de tomar parte oficial en la Exposición de Búffalo. En Venezuela llegaron á votarse 100.000 pesos oro para concurrir dignamente; pero con posterioridad, motivos de índole interior le han hecho desistir de sus propósitos. De las demás Repúblicas de origen peninsular, sólo siete han votado ó decretado créditos, la mayor parte insignificantes, para construir edificios propios en que instalarse, y algunas se han limitado á autorizar la traslación de los productos que tienen presentados con carácter permanente en el Museo Comercial de Filadelfia, desde este lugar al de la Exposición de Búffalo en las márgenes del Niágara.

Indudablemente, Chile y Méjico serán las Repúblicas que estén más espléndidamente representadas. Chile ha votado 170.000 pesos oro, de los que 28.000 se han empleado en la construcción de un edificio, todo de acero y cristal, de forma rectangular y que mide 160 pies de ancho por 150 de largo y 38 de altura, emplazado sobre 9.000 pies de superficie, en el cual exhibe los productos que salieron premiados en la Exposición Nacional Chilena que se efectuó en Santiago desde el 8

de Diciembre de 1900 hasta el 6 de Enero último. El edificio ha sido construido en forma que pueda desmontarse y transportarse fácilmente, á fin de que, después de la Exposición actual, pueda ser reconstruido en la capital de Chile, y es ocioso añadir que la mayor parte de los productos que exhibe son excelentes muestras de las riquezas naturales del país y de algunos elementos de su nascente industria. Méjico no ha destinado el edificio que en Búffalo ha construido también, de 60 pies por 40, y con dos pisos, más que á contener su producción minera. Este edificio es muy modesto y sólo ha costado unos 5.000 pesos oro. No obstante, á Méjico se le han reservado otros 3.000 pies en el edificio de la Agricultura, 2.000 en el de la Selvicultura, 2.000 en el de la Horticultura, 3.000 en el de Industrias y otros 2.000 en el de Etnografía, Arqueología é Historia. Como elementos de progreso, Méjico presenta en la sección de industrias agrícolas vinos excelentes y bastante bien manipulados, y en la hortícola preciosas variedades de plantas vivas; y el cuerpo de Artillería, representado por el teniente coronel D. Enrique Mondragón, el capitán D. Víctor Hernández Covarrubias y el teniente D. Francisco Narváez, ha llevado á Búffalo algunas piezas fundidas en Méjico y otra porción de pertrechos de guerra y aparejos navales, que son la demostración de los adelantos efectivos que Porfirio Díaz ha llevado al perfeccionamiento de los institutos armados de aquella República. El complemento de esta parte de la educación artístico-militar de Méjico, que en Búffalo se exhibe, lo forman una banda de música de uno de sus regimientos y una compañía de guardias rurales á caballo, que ha sido alojada en los terrenos de la Exposición. Los Estados Unidos pidieron á todas las Repúblicas hispanoamericanas que enviasen secciones de sus respectivos ejércitos para el estudio de su organización, armamento y vestuario; pero no todas han accedido.

El Brasil, á quien se le habían adjudicado 500 pies cuadrados de espacio en el edificio de la Agricultura, ha aprovechado

otros 400 al aire libre para el establecimiento de una *hacienda rústica* en miniatura, donde se demuestran las fases del cultivo que se da al café, al corcho y á los demás productos agrícolas del país. Pero edificios formales para sus instalaciones, además de los de Chile y Méjico, sólo los han construído el Ecuador, que ha levantado un pabellón muy modesto, pues sólo ha votado 16.000 pesos oro para todos sus gastos en la Exposición, y Honduras, que ha invertido 6.000. En el que ha fabricado la República Dominicana, se han gastado 3.500; en el suyo, Cuba, presupuestó 25.000 para los 160 pies por 275 de construcción en que se instala, y Puerto Rico, que todavía, á pesar de la miseria en que le ha envuelto la dominación yanqui, ha podido sacar de su Tesoro 2.000 pesos oro, ha edificado un típico *ranchito* portorriqueño de 12 pies por 78 y 20 de altura. La Argentina se ha contentado con solicitar 1.500 pies cuadrados en el edificio de la Selvicultura, y 3.700 en el de la Agricultura. Bolivia distribuye sus ejemplares de Exposición en 2.400 pies, que ocupa entre las secciones ó edificios de Agricultura, Minas, Etnología y Arqueología. Costa Rica se exhibe en otros 1.660 pies cuadrados, dispersos entre las secciones de Botánica, Selvicultura, Mineralogía, Etnografía é industrias varias. Los productos guatemaltecos están emplazados en 150 pies cuadrados del edificio de Minas, 400 en el de Horticultura, 400 en el de Agricultura y 200 en el de Etnología. Haiti se exhibe sin formar sección especial. Nicaragua está representada en 150 pies cuadrados en el edificio de Minas, 300 en el de Horticultura, 400 en el de Agricultura, 350 en el de Floricultura y 200 en el de Etnología. El Perú ocupa 1.000 pies en el de Agricultura, 500 en el de Manufacturas, 500 en el de Selvicultura y 500 en el de Minas. Y por último, el Salvador ha emplazado todos sus productos en otros 1.500 pies, distribuídos en todas las secciones mencionadas. Con estos antecedentes, se advierte con bastante claridad que la representación de las Repúblicas iberoamericanas en la Exposición de Búffalo se ha limitado á significar que no son más que huéspedes, en lugar de partí-

cipes, á pesar del nombre de *panamericana* atribuído á la solemnidad político-industrial.

Respecto á las colonias americanas de potencias europeas, se han excusado de concurrir las de Dinamarca y Holanda; de las inglesas, no ha respondido á la invitación más que Jamaica, y de las francesas, la Martinica y Guadalupe.

No es necesario tener vista ni penetración de lince para apreciar bien el fiasco á que estos resultados equivalen. No han concurrido Colombia, Venezuela, el Paraguay y el Uruguay, que ocupan geográficamente casi toda la banda meridional del Atlántico y los afluentes interiores del Plata. Fuera de Chile y Méjico, cada una de las que, por consideraciones especiales, debían responder á la invitación que se les hacía, teniendo Chile en reserva el papel que ha de representar ante el programa del próximo Congreso Panamericano, y Méjico, el compromiso de cortesía que le impone la designación de su capital para punto de reunión para dicho acto, puede decirse que las construcciones especiales que en Búffalo se han hecho, casi todas insignificantes por su escasa importancia, han quedado limitadas á los simples ranchos, haciendas ó pabellones del Brasil, el Ecuador, Honduras, Cuba y Puerto Rico. La Argentina ha enviado por base de sus productos los que tiene exhibidos en el Museo Comercial de Filadelfia, y á esto se han limitado otras varias Repúblicas. ¿No es esto el fracaso patente de esa decantada primera Exposición del continente americano, circunscrita especialmente á los países del hemisferio occidental, con que tratábase de inaugurar, con la entrada del siglo xx, la nueva corriente de la política exclusiva é imperialista de los poderosos *trusts*? ¿No es este fracaso patente anuncio del que en breve ha de sufrir el programa diestramente hipnotizador del segundo Congreso Panamericano, que se ha de reunir para el 28 de Octubre próximo?

Pero todavía hacen más patente esta derrota los incidentes de la inauguración verificada el día 20. El Presidente McKinley no sólo había ofrecido ir personalmente á canonizar el

acto, sino que toda la prensa yanqui había anunciado que le acompañaría el Presidente de Méjico, Porfirio Díaz. Porfirio Díaz se ha excusado, y Mac-Kinley no ha querido hacerse cómplice personal del fracaso: se limitó á enviar el día 20 de Memphis (Feunesse), donde se hallaba, un telegrama de felicitación, en que se lee esta sibilítica frase:—*¡Ojalá se realicen plenamente los anhelos de sus promotores!*—Ha quedado, por lo tanto, excluído del programa el acto de que el Presidente, en el de la inauguración oficial, oprimiera el botón que debía poner en movimiento la maquinaria. En lugar de Mac-Kinley presidieron el Vicepresidente Roosevelt y el senador Lodge, éste para sostener que el canal de Nicaragua debe su obra y propiedad exclusiva de los Estados Unidos, y aquél para proclamar *la necesidad de la unión de Sudamérica á los Estados Unidos contra una agresión europea* (¡!).

Además del telegrama de felicitación de Mac-Kinley, se recibieron en el acto de la solemnidad los de los Presidentes de las Repúblicas Argentinas, Colombia, Ecuador, Haiti, Nicaragua, Paraguay, Perú y Santo Domingo; total ocho de las veinte invitadas. No tuvieron oportunidad, ó no quisieron adherirse á estas felicitaciones, Bolivia, el Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Honduras, Méjico, Puerto Rico, Salvador, Uruguay y Venezuela; total doce. A pesar de lo desapacible del día, se lanzaron al espacio 10.000 palomas, muchos globos de goma henchidos de gas que llevaban banderitas estrelladas con la palabra *Welcomí*; se hicieron salvas de 125 cañonazos, se remontaron 27 globos de 12 pies cada uno, y hubo fuegos japoneses de artificio y otros regocijos públicos semejantes.

*
* *

En una multitud de cuestiones jurídicas, económicas y morales, se envuelve el dédalo del programa del próximo Congreso Panamericano, con tal artificio dispuesto, que constituye para las Repúblicas de origen ibérico del Norte, del centro y

del Sur una celada inextricable. No sabemos cómo tantos hombres perspicaces é ilustres, como los que se hallan en la gloriosa vanguardia del saber y del patriotismo en Hispanoamérica, se han dejado encerrar en el estrecho baluarte del arbitraje obligatorio, que ha venido á distraer el movimiento de unión de los pueblos de nuestro origen de la triunfal corriente que les conducía á establecer las bases de la más cordial inteligencia. Si el arbitraje internacional llegara á codificarse en preceptos jurídicos obligatorios, inútiles serían todas las tentativas que se hicieran para limitarle á la mera acción de los intereses latinos ni en los dos mundos, ni en el nuevo emisferio. Los tratados parciales dilatarían su horizonte, despojándole de sus miras iniciales exclusivas, y cuando por medio de los tratados sirviera de obstáculo á toda empresa activa exterior, los pueblos que á él se hubieran amarrado, en vez de hallar en él una garantía de seguridad, de integridad, de independencia, sólo habrían conseguido atarse las manos é inmovilizarse en su actual situación, al menos mientras fueran débiles y no pudieran romper los compromisos contraídos de la manera única que los compromisos de orden exterior se rompen: es decir, con la fuerza, que exime de todo derecho. Si el principio del arbitraje obligatorio, que no se ha podido hacer prevalecer en el primer Congreso Panamericano de Washington, ni en el Iberoamericano de Madrid, ni en el científico de Montevideo, llegara á triunfar é imponerse en el próximo de Méjico, las Repúblicas de nuestra sangre que lo suscribiesen, lo que únicamente asegurarían ante el enemigo y la amenaza común de otra raza, que los acecha, y en cuya defensa se pronuncian las corrientes de unión, sería el estado actual de impotencia en que la mayor parte se halla, agravado por los pactos de su inmovilidad á que el nuevo derecho internacional las condenaría. El movimiento de inteligencia y unión que el peligro común impone para garantizar la inviolabilidad y la integridad de todos y de cada uno de los miembros de la gran familia iberoamericana, no excluye las empresas de aproxi-

mación, de federación, de incorporación y hasta de conquista con que el equilibrio de la historia habrá entre las mismas Repúblicas latinas de perfeccionar, en el transcurso del tiempo, las mejores limitaciones de la geografía.

Lo que la idea de la unión implica es que no se ingiera ningún nuevo elemento extranjero dominante en el seno de los pueblos constituídos de nuestra raza. Lo que el movimiento de la unión trata de fiar y de imponer, es que elementos extranjeros dominantes, en cualquier forma pública ó clandestina, no puedan impedir, con medios como los empleados en Centro América, la realización de aproximaciones redentoras como las fracasadas con el atropello revolucionario apoyado ocultamente por auxilios extranjeros del pacto y constitución de Amapala. A lo que el movimiento de la unión ha de tender vigilantemente para que no ocurra de nuevo, es á que con revoluciones auxiliadas clandestinamente por instrumentos y apoyos extranjeros y enemigos de nuestra raza, se impidan reconstituciones apetecidas como la de la antigua Colombia, y mucho más intrusiones capciosas y solapadas como las que trataron de crear una nueva República enteca en el territorio del Acre, á favor de las revoluciones átizadas en Bolivia. Lo que el movimiento de la unión debe vigilar é impedir es que elementos extranjeros y rivales de nuestra raza se hagan traspasar y ceder territorios, donde se establezcan para siempre con el continuo peligro de su dilatación por su poder ó su ascendiente, como se han traspasado ó están para traspasarse á los norteamericanos las fajas territoriales de Nicaragua y Costa Rica, por donde ha de atravesar el siempre nonnato canal interoceánico, si llega su perforación á practicarse alguna vez fuera de los proyectos del papel, ó que poderes extranjeros y enemigos de nuestra raza pretendan cesiones de territorios de otra índole, ya bajo el pretexto de los intereses de las grandes obras, como las del canal ó el ferrocarril intercontinental, ya bajo el pretexto de los intereses de la navegación mercantil ó militar, ó que bajo el disfraz de arbitrajes inicualemente falla-

dos por árbitros sin pundonor, ni honradez, ni lealtad, se concedan territorios, disputados por la habilidad y la astucia, donde puedan aparecer cualquier día ingeridas, en el seno de los nuevos pueblos independientes de nuestro origen, colonizaciones más militares que agrícolas y civiles, á entorpecer el camino espléndido de estas nacionalidades nuevas, á coartar su libertad y á sutilizarle dificultades que, cuando menos, den ocasión á las vejaciones y las injusticias que recientemente ha tenido que sufrir Honduras, agobiada con el peso de una indemnización de diez millones de pesos oro, por el disparo de un centinela, en el cumplimiento de su deber militar, contra un súbdito norteamericano.

Al movimiento de la unión de nuestra raza en América, para impedir todas estas y otras muchas invasiones que se le vienen encima, ya de una manera sagaz, ya de una manera violenta, ¿qué eficacia puede prestar la consagración del arbitraje obligatorio, aceptado con la fuerza de un tratado internacional y codificado en preceptos jurídicos ejecutivos? La pretensión de esta consagración en el Congreso de Panamá de 1881 no fue aceptada por la Argentina, y Méjico la eludió, declinando la invitación que había recibido, para asistir á aquella Asamblea de una parte de las naciones latinas de aquel continente. Chile creyó que su nueva proposición en el Congreso Panamericano de Washington envolvía una anulación de actos y derechos de su soberanía, de que se consideraba en legítima y perfecta posesión, por haberse querido dar á las resoluciones que acerca de él se tomasen hasta efectos retroactivos. En el Congreso Iberoamericano de Madrid lo resucitó el delegado mejicano D. Justo Sierra, y la delegación española de la corporación que había iniciado este Congreso se dejó influir torpemente por la sugestión del Gobierno norteamericano, que, al paso que con Inglaterra y Portugal obtenían que en la denominación de esta Asamblea el adjetivo *iberoamericano* se sustituyese por el de *hispanoamericano*, trataba de sacar triunfante de los acuerdos de Madrid este principio, para

hacerlo indiscutible en el segundo panamericano de Octubre próximo. En Montevideo ha vuelto á ponerse á la orden del día por el delegado argentino Rodríguez del Busto, á pesar de que el carácter del Congreso, celebrado en la capital de la República oriental, parecía limitado á temas esencialmente científicos y tecnológicos. Pero ¿es que lealmente el argentino Rodríguez del Busto cree que, promulgado el arbitraje obligatorio como principio positivo de derecho internacional entre las nuevas nacionalidades americanas de origen ibérico, su mera virtualidad basta para que por él se aquieten las revoluciones de Santo Domingo contra el General García, y de Haití contra el General Simón Sam; para que por él se constituya en inviolable el territorio de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, que los Estados Unidos se quieren hacer ceder; para que en Colombia cesen las revoluciones de los Uribe y Uribe y de los cien mil Uribes y Uribes que hay en todo país inmoralizado por la influencia, la protección y el dinero de fuera; para que Venezuela salga triunfante de los atropellos de que ha sido objeto por parte de su representante diplomático protector, si no cómplice, de los intereses de una mala Compañía industrial norteamericana, ó para que aleje los peligros que ya le amenazan con la presencia del poder británico, adueñado de la orilla derecha del Orinoco; para que en el Brasil no se tejan nuevas conspiraciones militares imperialistas, apenas Campos Salles ha dado un abrazo de alianza al General Roca en Buenos Aires; para que la Argentina burle el veto que el Gobierno de Washington le ha impuesto, para que no se construyan en el Estrecho de Magallanes fortalezas que puedan ser un obstáculo, en caso de una guerra, á su libre navegación, y, finalmente, para que á Bolivia, sin otras compensaciones, se le devuelva un puerto de salida para su comercio por la orilla del Pacífico ó por el corriente del Amazonas? Desde los tiempos de Bolívar, los tribunales arbitrales han resuelto la mayor parte de las cuestiones domésticas, aunque internacionales, en la gran familia iberoamericana emancipada, sin

necesidad de prescripciones jurídicas imperativas en el Código positivo, que ni existe, ni puede existir, del derecho político internacional. Entre pueblos hermanos, como los de nuestra raza en América, todas las cuestiones domésticas puede resolverlas un tercero, si el tercero es leal, y no un Cleveland en la cuestión Cerrutti, un Loubet en la cuestión de las Guayanas y un Buchanam en la cuestión de la Puna de la Atacama; pero cuando los pueblos, aunque sean hermanos, se erigen en rivales, en enemigos entre sí, entonces no hay más que un derecho: el juicio de Dios; el destino de la Historia; la prueba de las armas y los triunfos de la fuerza.

El arbitraje no resuelve nada para el movimiento de unión que en la solidaridad de su existencia, destinos é intereses, necesitan y reclaman los pueblos iberoamericanos para salvarse de la absorción sagaz, de la protección deprimente, de la invasión violenta, con que la raza anglosajona del Norte la amenaza. La sagacidad de éstos trató de imponerle en el primer Congreso Panamericano de Washington. En el Congreso Hispanoamericano de Madrid ha sido un acto de debilidad proponerlo, cuando los Estados Unidos se lo habían rechazado á España en la cuestión de Cuba. En el Congreso científico de Montevideo ha estado enteramente fuera de su lugar, y si los pueblos concurrentes de oficio al Congreso próximo convocado en Méjico tienen la intención sagaz de sus intereses, declararán que esa cuestión es de importancia secundaria y en la actualidad inoportuna, y la proposición será desechada.

El arbitraje obligatorio sería una cadena; sería condenarse á la inmovilidad, en provecho exclusivo del que acecha desde fuera armado de la fuerza. En negarse á admitirlo, Chile tiene la razón.

*
* *

Mientras los pueblos de nuestra raza se absorben en estas idealidades jurídicas, que á ningún fin práctico conducen para

su bien particular ni recíproco, que atiendan á lo que de la conducta de la política de la Casa Blanca trasciende para sus problemas nacionales del porvenir. Individualicemos algunos hechos. *Cuestión de Cuba*. La discusión constitucional sobre la enmienda Platt, y las relaciones futuras entre Cuba y los Estados Unidos, promovió el nombramiento de una comisión de la Asamblea cubana, que iría á Washington á representar, ante el Presidente Mac-Kinley, la imposibilidad de que fuesen aceptadas las imposiciones del General Wood, porque equivaldrían á la renuncia de la ambicionada y de la prometida independencia de la aún nonnata República. Esta comisión estaba compuesta de Méndez Capote, el Presidente de la Asamblea constituyente; de D. Diego Tamayo, el Secretario de Estado; del Magistrado del Tribunal Supremo, González Llorente; del Fiscal de la Audiencia de Puerto Príncipe, Portuondo, y del Rector de la Universidad de la Habana, Berriel. Ya el telégrafo de Nueva York había divulgado por los dos mundos que el Presidente Mac-Kinley no recibiría á esta comisión, bajo el pretexto especioso de que eran el eco de las intrigas de los *politicantes* que dominan la Convención cubana. No obstante, y aunque, al parecer, esta comisión salió de la Habana bien penetrada de la alteza de su misión, fué acompañada del General Wood, y así llegó á Jacksonville, donde tomó el tren para Washington. Sanger, el Subsecretario de la Guerra, y los Capitanes Sawtelle y Overton, en calidad de ayudantes del Ministro Root, salieron á recibirla; es decir, funcionarios del departamento de la Guerra, y no de la secretaría de Estado. El Presidente no recibió esta comisión en la Casa Blanca, sino después de haber conferenciado largamente el General Wood con él y con el General Root, y de haber concertado el programa de la presentación. La comisión cubana trataba de visitar y conferenciar con Mac-Kinley, enteramente sola, y con la libertad de su propio carácter. La comisión no fue admitida, ni pudo conferenciar con el Presidente, sino en presencia del general Wood. La comisión creyó poder entrar de

lleno con Mac-Kinley en el objeto de su misión; Mac-Kinley se limitó á trocar con ella las expresiones estrictas de la cortesía, contestando al mensaje que llevaba preparado Méndez Capote con las generalidades de su disposición personal benévola. Mac-Kinley había delegado, no en Mr. Hay, sino en Mr. Root, la misión de convencer á la comisión cubana de los pensamientos que sobre Cuba y su presente y su porvenir tiene el Gobierno norteamericano. En las diversas conferencias que la comisión celebró con el Ministro de la Guerra, éste se halló asistido, con intervención verbal en los debates, de los ayudantes ya nombrados Sawtelle y Overton. Primero se trató de derecho que los Estados Unidos se reservaban de intervenir en Cuba siempre que lo tuviera por conveniente, y de la facultad que al Gobierno norteamericano quedaba de establecer en la isla cuantas estaciones carboneras creyera oportunas. No hubo transacción. Root invocó la doctrina alcahueta de Monroe. Los Estados Unidos deben permanecer militarmente constituidos en Cuba, para proteger la isla contra toda clase de enemigos interiores y exteriores.

En las conferencias posteriores se trató de las cuestiones económicas, de la enmienda Platt y sobre los derechos arancelarios que se imponen en los Estados Unidos al tabaco y al azúcar. A estas conferencias asistieron algunas personas que en ellas no podrían ostentar ningún carácter oficial y encargadas de *marear* á los comisionados cubanos, convenciéndoles que debían aceptar, *por gratitud*, cuantas condiciones les impusiera el Gobierno yanqui, que los había salvado de la *tutela tiránica de España*. Méndez Capote argüía que los Estados Unidos no debían permitir que la República (?) de Cuba viniera al mundo en la miseria, cubierta de harapos y amarrada con cadenas, y siempre se le contestó que la *enmienda Platt y los aranceles americanos eran leyes del Congreso*, y que no había más remedio que observarlas y cumplirlas *mientras el Congreso de Washington no las modificase*. Análogas contestaciones se dieron á las observaciones sobre las facultades que el

Gobierno federal se había reservado sobre la ocupación militar de Cuba, en términos de que la isla no quedaba realmente soberana de sí misma. La comisión, á la que nada se le concedió en ninguno de los puntos que llevaba en cartera para obtener benignas modificaciones, fue muy obsequiada con banquetes oficiales y agasajos de los que sirven en la política internacional para endulzar con mieles los más amargos despojos; y cuando sin haber conseguido nada en sus pretensiones se embarcó de regreso para la Habana, el telégrafo de las Agencias de Nueva-York, que se nutre de las inspiraciones oficiosas de la Casa Blanca, anunció á todas las Repúblicas americanas del Norte, del Centro y del Sur, en telegramas escalonados: 1.º Que el Presidente Mac-Kinley había puesto á la comisión cubana en contacto con sus ministros y con los miembros del Senado *para que en el trato con los principales hombres de los Estados Unidos se convencieran de LA INFLEXIBLE RESOLUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE MANTENER EL PROTECTORADO EN LA ISLA.* 2.º Que á pesar de la natural reserva en que los comisionados cubanos se habían encerrado, *la opinión general aceptaba como un hecho que ha de producirse más ó menos pronto, LA ANEXIÓN DE CUBA Á LOS ESTADOS UNIDOS, MEDIANTE UN PLEBISCITO.*

Difícil parece concordar estas determinaciones, que otros telegramas suponen acordadas en el banquete dado por Mac-Kinley á la Comisión, entre ésta y aquél, con las ofertas que Méndez Capote hacía al salir de Cuba de que él llevaba fórmulas de arreglo para que la independencia de la Republica fuese completa, *sin la tutela de los Estados Unidos*, como hizo decir al *New York Journal*, y con la candidatura del Sr. Estrada Palma que llevaba *in pectore* para que fuera consagrada por la aprobación de Mac-Kinley. Al volver la Comisión á la isla, *decidida á que la Convención acepte una autonomía temporal limitada por el control americano, que se resolverá más ó menos pronto, con una manifestación explícita en favor de LA ANEXIÓN Á LOS ESTADOS UNIDOS*, cabe decir que los prohombres

que han dirigido los destinos de Cuba en los últimos tiempos, serán calificados por la Historia como dos veces *traidores*: *traidores* á España, á quien debieron todos los beneficios de la civilización, de la prosperidad y de la libertad, y *traidores* á su propia patria que enajenan, encadenada á la coyunda del país que tan alevosamente los ha engañado para alzarse con su dominio.

Pero si esta es la enseñanza que de estos hechos resulta para Cuba, considerada en sí misma, en sus propios destinos y en sus propios intereses, la lección no es menos docente para los pueblos de nuestro origen, á quienes por todos los medios de la seducción trata de engañar la sirena del Norte, que los invita á la Exposición *panamericana* de Búffalo, al Congreso *panamericano* de Octubre próximo, á la *entente* panamericana aduanera que en este Congreso se propondrá, no para un nuevo *zollverein panamericano*, sino para un inmenso *trusts yanqui aduanero* con tendencias á la absorción imperialista, con la empresa gigantescamente deslumbradora del gran ferrocarril intercontinental panamericano, con la no menos fabulosa y nunca resuelta del gran canal interoceánico panamericano, y hasta con esas amenazas que el Almirante Dewey se permite arrojar á los vientos de la publicidad contra el Imperio de Alemania, y los anuncios de un nuevo y próximo duelo naval entre los Estados Unidos y el Imperio de Guillermo II, en defensa de la inviolabilidad panamericana, consagrada por la doctrina de Monroe, en contra de las pretensiones de Alemania á la posesión de la isla Margarita, explorada recientemente por el crucero alemán *Vineta*, y contra cuyos propósitos y en defensa de las ambiciones europeas sobre la América latina, tantos artículos disparatados, aunque sensacionales, han escrito ya y escriben casi sin tregua los periódicos *yanquis* que se publican en América y los que se publican ó subvencionan por el Gobierno americano en Europa.

En vano buscarán los Estados Unidos tantas esquinas en que esconder sus propósitos y tantos disfraces con que enmas-

cararlos, cuando no hay acto que de de ellos emane ni ocasión que no preparen teatralmente para el caso, en que sus recónditos pensamientos no salgan á la luz del día en toda su verdadera dirección. ¿Ha podido ocultarlos el Vicepresidente Roosevelt en el discurso pronunciado el 20 de Mayo último en la inauguración oficial de la Exposición Panamericana de Búffalo? ¿Ha sido, por ventura, este discurso una simple contestación al del Almirante italiano Canevaro en la reunión de las escuadras italofrancesas en Tolón, cuando, marcando á Europa los nubarrones que contra ella se levantan del lado allá del Atlántico, abogaba por la necesidad de una liga de las naciones europeas contra las tentativas de invasión y las provocaciones yanquis? El Vicepresidente Roosevelt ha pedido y proclamado en Búffalo *la necesidad de una unión de los Estados Unidos y de las Repúblicas sudamericanas contra una agresión europea*. ¿Dónde están las señales de esa agresión? En la política con que se inicia el siglo xx, en que hemos entrado, no se destacan para un porvenir no lejano más que dos guerras inminentes, y que difícilmente habrá medios de impedir. Las dos serán provocadas por los Estados Unidos. La una será de absorción, en un inmenso federalismo yanquiamericano, de todas las nacionalidades nuevas de nuestra raza en el Norte, en el Centro y en el Sur de América. La otra guerra, si á la victoria sobre la raza ibérica del Nuevo Mundo se llega, será la del Nuevo y el Viejo continente. Esta es la dirección suprema de la Historia en el siglo en que hemos entrado. O la América latina se une en fraternales alianzas para salvar en América así la independencia de los pueblos que la constituyen, como los destinos inmortales de nuestra raza contra la anglosajona invasora, absorbente, dominante; ó la América latina entrará en breve en un período de disolución, que no alcanzarán á dominar los progresos, por todo el mundo reconocidos, de Estados como los de la Unión de Méjico, los de las federaciones brasileñas y argentinas y el de la militante Chile. En Europa, la unión proclamada por el Almirante Canevaro en las

aguas de Tolón, á pesar de todos los inquietos coquetismos de Francia y de todos los inconscientes repulgos de los sabios de Alemania, que en la aproximación de este Imperio á Inglaterra, mediante la iniciativa de su joven Emperador, tantos necios disentimientos neuróticos han mostrado, la unión se impondrá, la unión se hará para responder al reto de la nueva barbarie yanqui del otro continente.

*
* *

No faltan hechos que demuestran que en la América de nuestra sangre hay quienes saben leer los destinos del porvenir, y se adelantan á los sucesos. Se habló hace poco de las pretensiones de Chile á establecer una estación carbonífera en las costas del Salvador. No puede menos de ser plausible esta pretensión. Chile es la primera nación militar y naval de la América del Sur. Su aproximación protectora hacia el Centro sería una garantía. El Perú confía misiones de fraternidad y concordia al ilustre Chocano en Costa Rica. Todo vínculo moral entre pueblos de posición geográfica tan extrema, pero de intereses políticos tan íntimos, es un avance hacia una política tan defensiva, que será para toda la América latina la única salvadora. Méjico también desciende hacia el Mediodía, y la creación de estrechas relaciones diplomáticas por medio de una nueva Legación en sus hermanas del Continente del Sur, es un abrazo más entre hermanos y un baluarte más de solidaridad común. No es extraño que la actitud de Méjico, creando la Legación mejicana en la Argentina, haya llamado la atención de los políticos de la Casa Blanca, de la oficina de Relaciones americanas y de los periódicos que subvenciona el Gobierno de Washington. Esto mismo demuestra que la iniciativa del General Porfirio Díaz ha sido acertada y oportuna, como será eficaz y fecunda.

Acaso en la reciente pacificación de Colombia mediante los convenios hechos con Uribe y Uribe que la mantenía; acaso

en las transacciones del Gobierno de Mac-Kinley con Venezuela en los asuntos provocados por las indiscreciones del representante yanqui Loomis, y la suspensión del *Sugar Trust* que se trataba de constituir en Nueva York por el *Venezuelan Rubbers and Wood Trust* para apoyar la idea de la expansión americana en la región del Orinoco; acaso en la fácil victoria con que el Vicepresidente de Bolivia, D. Lucio Pérez Velasco, y el Ministro de la Guerra del mismo Gobierno, Coronel Montes, han sofocado y concluído con las pretensiones de los aventureros pretendientes á la fundación de una nueva República de Acre en la región del Amazonas, no haya más que hábiles concesiones del oportunismo por parte del Gobierno de Washington, que era la mano oculta y auxiliadora de todos estos trastornos en Colombia, en Venezuela y en las fronteras brasileño-bolivianas, en presencia de los dos sucesos panamericanos de que se propone sacar tantos provechos morales en sus pretensiones imperialistas; es decir, la Exposición de Búffalo y el segundo Congreso que se verificará en Méjico. Pero aunque estas pacificaciones no sean, en substancia, sino una tregua, aprovéchancha la Colombia, Venezuela y Bolivia, y consolídenla con todas sus fuerzas. La paz interior y los progresos incesantes de la educación y de la fortuna les son tan precisos para su común defensa á todos los pueblos de nuestra raza, como su estrecha unión entre sí.

Hay que seguir los ejemplos ilustres, y leyendo los mensajes que en la reanudación de las tareas legislativas han pronunciado el General Porfirio Díaz, ante las Cámaras de Méjico; el General Tomás Regalado, ante las del Salvador; el Doctor Campos Salles, en las de Río Janeiro, y el General Julio Argentino Roca, ante las de Buenos Aires, el ánimo se ensancha; pues en pueblos que tanto adelantan en sus progresos civiles y en su prosperidad económica, hay que fundar las más bellas esperanzas.

No se dejen seducir y conquistar los pueblos latinoamericanos por las sagaces seducciones panamericanas de Washing-

ton. Cuba les da el ejemplo. Ayer, contra España, los Estados Unidos, mal trajeados con aparentes ropajes de caballeros, se presentaron en la palestra ante la faz del mundo, diciendo á todas las gentes: *Aquí hay un tirano intolerable y un pueblo oprimido, y voy á darle independencia y libertad.* Hoy, la comisión cubana que ha ido á Washington á pedir esa independencia y esa libertad, ha regresado á la Habana con esta única respuesta: *Pedid la anexión.* Ha dicho bien Paul de Cassagnac, cuando en *L' Autorité*, correspondiente al 14 de Abril último, ha escrito:—«Necesitaban los americanos azúcar, y tomaron á Cuba. Necesitaban café, y tomaron á Puerto Rico. Necesitaban abrir camino á su comercio por Oriente, y tomaron á Filipinas. Creyeron poder sacar partido de China, y acompañaron allí á los europeos. Hicieron un simulacro de ocupación y luego se marcharon tranquilamente, dejando en pos y abandonando traidoramente á sus aliados en beneficio de los sanguinarios chinos. Es un pueblo muy vil este pueblo americano, y trata de hacerse creer tan industrial como parece. Pero hay una cosa que jamás podrá comprar, ni aun monopolizando cobre, petróleo, trigo y puerco, y es la estimación del mundo civilizado.»

IOB.

CRÓNICA EUROPEA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEO BARCELONÉS.

SUMARIO: Esperanzas.—El porvenir de la triple.—Cálculos contradictorios.—Las agrupaciones de raza.—En el extremo Oriente.—El concierto desconcertado.—¿Qué es el gobierno de las potencias?—El imperialismo británico.—La guerra del Transvaal.—No hay engaño.—Peligro para Inglaterra.—La justicia de la Historia.

No todos han de ser duelos y quebrantos para la gran raza latina, á quien el siglo que há poco se hundió en la fosa de los tiempos, hubo de tratar tan despiadadamente. El entusiasmo con que fue recibida y agasajada la comisión argentina, que vino á la Corte con el encargo de entregar á S. M. la Reina el regalo que acordó hacerle el Municipio de Buenos Aires, es, por hoy, el último acto de una serie que acusa, desde algún tiempo á esta parte, el despertar de una raza; acto que, como los anteriores, inspirados en la misma idea, ha hecho resurgir en el corazón de los pueblos latinos un mundo de esperanzas tanto tiempo ocultas, aplastadas bajo la pesada losa de la fatalidad.

La desgracia ha sido siempre mejor consejera que la fortuna, y la desgracia ha hecho ver á las naciones de raza latina la comunidad de sus ideales y de sus destinos, la comunidad también, del peligro que las envuelve y las amenaza. Intereses de momento, exigencias políticas de las mudables circunstancias históricas, habían quebrantado y dividido aquella raza gigantesca que dominó el viejo mundo tres veces, según

la frase de Jhering, y que, encontrándole aún estrecho para contener su grandeza, buscó uno nuevo entre las brumas del Océano. De esta división se aprovechaba una raza fuerte, vigorosa, cuyas energías no se habían gastado en las luchas titánicas de los tiempos, y que encontraba á su enemiga, á quien pretendía suplantar, debilitada, anémica, por el parto laborioso de sus creaciones á través de los siglos, y á la que no era empresa difícil convencer ofreciéndola un apoyo ficticio. Así la Italia caía en las redes de la diplomacia germana, y estrechaba sus relaciones con la Gran Bretaña; Portugal unciase al carro triunfal de Inglaterra; Francia preocupábase más del porvenir del Austria y del desarrollo de Alemania, que de su porvenir propio; España, en medio de su pobre aislamiento, llegó á sentir también veleidades germánicas. La Historia, siempre implacable, encargóse de castigar con mano dura tales directivas, que conducían al aniquilamiento de una raza, cuyos destinos no se habían realizado en el mundo. Italia ve perecer su ejército en Adua por seguir las inspiraciones de la política británica, comprometiéndose á sacarle las castañas del fuego, y tuvo que sufrir la humillación de abandonar, ante un Estado semibárbaro, la empresa legendaria de una conquista imposible; Portugal, á quien el acta de Berlín permitíale extender sus dominios en el interior de África y unir, por el principio del *hinterland* que se proclamó en aquel documento, su colonia oriental de Mozambique con su colonia occidental de Angola, hubo de encontrarse bien pronto en el camino con su *fiel aliada* Inglaterra, y resignarse á sufrir el cruel bofetón del célebre *ultimatum* de 12 de Enero de 1890, á perder sus territorios de la Manica, la Machoa y el Ñassa; aun después de proclamada de nuevo la alianza lusitano-inglesa, estábale reservada al reino vecino una nueva humillación: el desembarco de las tropas británicas en el puerto de Lorenzo Marqués y su paso á través de la extremidad Sur de la colonia portuguesa del África oriental. La preocupación germana, que obligaba á Francia á inmiscuirse en los asuntos del

otro lado del Rhin, fue, en otro sentido, la verdadera causa, el principal motivo de la guerra de 1870 y del desastre de Sedán. A nosotros, pobres pigmeos de la Europa, no nos había de tocar, necesariamente, otro papel que el de sacrificados; y sacrificados fuimos también por la raza germana, mientras que la raza latina, impotente, se cruzaba de brazos. Pero del fondo de todas esas enseñanzas dolorosas surgió, como al conjuro del mágico *fiat* de una raza que no se resigna á morir, el ideal de la unidad de los pueblos latinos, á quienes la diplomacia y el egoísmo habían separado, y que, maltrechos y heridos por sus aventuras, vuelven á la casa paterna, al calor del hogar de los antepasados, para jurar sobre sus sepulturas el olvido de todos los rencores, y para darse el abrazo fraterno de paz y amor, ante los ojos del mundo entero.

Esto es para mí el alto significado que encierra la aproximación de las Repúblicas americanas á la madre España y la visita de los buques italianos al importante puerto francés de Tolón, últimos hechos que han revelado la solidaridad de la raza. Discutiráse todo lo que se quiera la posibilidad ó dificultad de la renovación de la *triplice*: el hecho de que Italia dé al olvido sus antiguas querellas con Francia y exprese de manera ostensible su amistad hacia ella, sin temor á excitar el descontento de su aliada Alemania y de su casi aliada Inglaterra, es bastante significativo para que pueda servir de base á las consideraciones que dejo apuntadas.

*
* *

Es, en efecto, la discusión entablada acerca del tema de la renovación de la *triplice* una de las que más preocupan hoy en el continente europeo. El tratado que liga á Italia con Austria y con Alemania vence el 5 de Mayo de 1902; denunciado en ese día por la Italia, quedaría ésta libre y en disposición de contraer alianzas nuevas. Los rumores y razonamientos más encontrados han circulado con motivo de tan grave cuestión

européa. El silencio del Presidente Zanardelli, al presentar el Gobierno á la Cámara, sobre el problema que en breve tiene que plantearse de la denuncia ó ratificación por la tácita del tratado; la circunstancia de ser el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, Prinetti, enemigo de la triple, como la misma prensa italiana se ha encargado de demostrarlo exhumando el texto de un discurso por él pronunciado ante la Cámara de Diputados el 15 de Mayo de 1891, en el que se declaraba resueltamente hostil á dicho tratado; el dato, para nosotros muy expresivo, de haber negado el mismo Ministro en una de las primeras sesiones celebradas por la Cámara, desde que ocupa su departamento, que hubiese dicho al barón de Tucher, representante de Baviera, que consideraba como necesaria la renovación de la triple; las palabras del Emperador Guillermo; la acogida que los periódicos austriacos y húngaros han dispensado al Zanardelli ministerio, han sido hechos que la mayoría hubieron de interpretar como un cambio de rumbo en la política exterior de Italia. De contrario, se ha afirmado que si los hombres no son inmortales, los Ministerios, en las naciones latinas sobre todo, nacen ya medio muertos, y que no puede asegurarse que el heterogéneo Gabinete que preside Zanardelli resista mucho tiempo las tempestades violentas de un Parlamento como el italiano, digno émulo de los Parlamentos francés y español.

Yo creo que para dar alguna opinión en este asunto, hay que prescindir de las personas y fijarse en la cosas. ¿Por qué á nadie se le ha ocurrido, que sepamos, afirmar que la denuncia de la *triplice* parta de Alemania y no de Italia? ¿No encajaría un acto de ese género dentro de los moldes de la política de sorpresas á que nos tiene acostumbrados el Emperador Guillermo? ¿Pero hay motivos para que eso pudiera suceder? A nosotros no nos cabe duda alguna, de que tales motivos existen. Quizá más que á Italia, abrumada por el peso de sus presupuestos militares, obligada con obligación moral—ya que no estuviese taxativamente establecida en el tratado de alianza—

á sostener su rango de primera potencia á toda costa, esclava de la política reaccionaria y militarista de dos imperios que sólo le dieron, en cambio de sus sacrificios, humillaciones y ruina; pobre reina condenada á doblegar su altivez soberana ante la fuerza de un pueblo semisalvaje, puede convenirle á Alemania el abandono de la triple. Guillermo II ve próxima la hora del hundimiento del Imperio austro-húngaro. Un país en que impunemente puede lanzarse desde el augusto sitio de la tribuna una frase como la que lanzó M. Stein: «todo austriaco que quiera continuar siendo patriota, es sencillamente un imbécil», es un país moribundo; cuando el fuego sagrado del amor patrio se extingue en el corazón de un pueblo, la vida de ese pueblo desaparece. Las naciones, como los individuos, necesitan que las palpitations del corazón no se interrumpan; y corazón que no palpita á impulsos del sentimiento de la patria, es corazón muerto. Por esto la diplomacia europea se preocupa seriamente del porvenir de ese Imperio, dueño un día de los destinos de Europa, y envejecido hoy, como su patriarcal soberano, esperando la hora de su muerte para bajar con él á la tumba. Alemania, no cabe duda, aspira á la sucesión alemana del gran moribundo; pero el día en que el problema se plantee, ¿le ofrecería suficiente apoyo la Italia?

Quiero dejar la respuesta de esa pregunta á mis lectores; pero yo me atrevo á afirmar que el cambio de rumbo en la política exterior del Imperio alemán y su no escondida preferencia por Inglaterra, son motivos más que suficientes para pensar en que si Alemania no se encuentra bastante segura con su sistema de alianza de hoy, menos lo había de estar cuando faltase uno de los sostenes del trípode, y que quiere fortificar bien su situación, para que, en medio de la trepidación que ha de producir en el viejo continente el hundimiento del secular y vasto palacio del Imperio austriaco, no queden sus águilas ofuscadas por el polvo ó atemorizadas ante el espectáculo, sino que puedan remontar el vuelo é hincar su fuerte garra y enseñorearse orgullosas, sobre las ruinas en las que

está escrita la historia de todos los cataclismos europeos.

En cuanto á Italia, es indudable que una inteligencia comercial con Francia le sería más fácil que con Alemania. En ella probablemente, como siempre, nos tocaría ir perdiendo á los españoles. El proteccionismo del conde de Bulow, que amagó una guerra de tarifas con Rusia, y la pérdida de una parte importante del comercio alemán, que se hace con el Imperio eslavo, es un espejo en que puede mirarse Italia. Precisamente el argumento principal de la oposición á la *triplice* que hacen los italianos, es la feudalidad mercantil á que había de condenarla el nuevo tratado. Ahora bien: en estos tiempos en que las relaciones económicas son el principio de las relaciones políticas, una aproximación comercial de Italia á Francia ¿podría concluir en un arreglo político entre ambas naciones?

Siendo tan difícil poner de acuerdo dentro del Estado la multitud de intereses contrarios que luchan á muerte entre sí, júzguese de la dificultad de ese arreglo, cuando son los intereses encontrados de dos naciones los que se ponen en pugna, y no hay otro medio de resolver los conflictos que la habilidad del diplomático y la última apelación á la fuerza bruta. Hoy los intereses de Francia é Italia no están completamente de acuerdo ni mucho menos. De una parte, para realizar el sueño de que el Mediterráneo fuera de los vecinos del Mediterráneo, Italia tiene que apoderarse de Trípoli; pero la posesión de Trípoli por Italia es la compresión de la fuerza expansiva colonizadora de la Francia. Esta aspira á extender sus dominios en el Norte de Africa por el Este, puesto que al Oeste se encuentra con un país difícil de someter, Marruecos, y en el que juegan muchas influencias y muy encontrados intereses. Por otro lado, los intereses franceses é italianos no parecen muy unísonos tampoco en el Este del Africa, donde Francia tiene que conservar hoy su posición, no sólo para impedir en lo posible que se cumpla la profecía imperialista inglesa, de hacer todo el litoral oriental del continente negro una colonia británica, sino también para evitar que el Mar Rojo sea más de lo que es

hoy un lago inglés, y se encuentre á merced del primer golpe de mano de la Gran Bretaña, la colonia francesa de Madagascar. Ahora bien; para conservar Francia su influencia actual en esa parte del continente, interésale la existencia y conservación del Imperio del Negús; y es precisamente el Imperio del Negús el territorio de expansión natural de la colonia italiana de la Erytrea. En la actualidad, y sin remontarnos al porvenir, la posición privilegiadísima del puerto francés de Yibuti, rival futuro de Adén el día en que la línea ferroviaria que hoy termina cerca de Harrar llegue hasta Abdis-Abeba, estaría comprometida con una alianza que hiciese entender á Menelik que su antigua amiga la Francia entraba en tratos con su enemiga natural la Italia. Esto sería sencillamente hacerle el juego al leopardo inglés, que siempre tiene afiladas las garras para coger la presa...

De todo lo expuesto se deduce que, á medida que se profundiza en los graves problemas que preocupan hoy la atención de Europa, la mente vacila más y la solución se encuentra más difícil. Por algo el sentimiento ha hecho siempre más grandes creaciones que la razón. El sentimiento es el creador de los ideales, y en el fuego sagrado de éstos se han purificado los grandes inmortales de la Historia. Hoy el ideal es que, con alianza ó sin alianza, Italia se acerque á su hermana de raza, la estreche contra su pecho y la prometa no volver la espada contra ella. Los tiempos cambian y los ideales quedan. ¿Quién les diría á los revolucionarios de fines del siglo XVIII que Francia había de ser la aliada de Rusia? ¿Quién les diría á los derrotados de Sadowa que sus vencedores habían de ser sus amigos? ¿Quién le diría á España que la nación á quien ella ayudó para conquistar su independendencia había de ser la misma que arrancase de su cetro la última joya engarzada en la esmeralda del Océano? ¿Quién le había de decir á la soberbia aislada Inglaterra que había de llegar un momento en que temblase por encontrarse sola? Y, sin embargo, así ha sucedido. Hoy los intereses políticos de las dos naciones, de Francia

y de Italia, parecen estar en desacuerdo; el día de mañana puede encontrarse la fórmula que los sintetice y los funda. Si el camino que siguen la civilización y la humanidad es hacia la paz, hay que fomentar la formación de grandes agrupaciones que, por afinidad de sentimientos y de historia, disminuyan los peligros de futuros conflictos; y para que la paz sea más duradera y más estable, es necesario que cesen las castas de las naciones opresoras y de las oprimidas, que se contrabalanceen las fuerzas, presentándose enfrente de la absorbente raza germana, la raza latina con todas sus energías acumuladas. Esa será quizá la gran obra del siglo que empieza, precursora de la obra de la fraternidad humana, si llega á alborrear en la Historia ese hermoso día. Los pueblos, en lo antiguo, necesitaron para desarrollar sus iniciativas propias, aislarse, marchar solos; hoy, cumplida en gran parte la obra de la civilización que nivela, sienten la necesidad de reunirse, respondiendo á las leyes de su afinidad colectiva. Como en la Naturaleza las variedades que condensan sus fuerzas tienden siempre á sintetizarse después de haber realizado su misión propia, los pueblos tienden á fundir su obra civilizadora propia, en una obra común, respondiendo en esta fusión á las leyes de su tradición y de su raza. Fue necesario que existiera Grecia con sus dioses, Roma con sus legiones, los bárbaros con su individualismo, para que en el crisol de la Historia pudiera fundirse la raza latina de hoy, cuyas sienas rodea la aureola de las grandes creaciones, deslumbrante como las leyendas orientales, y en cuyo pecho todavía, á pesar de sus grandes duelos, sigue latiendo el corazón altivo del *cives* romano, y por cuyas venas aún corre la sangre independiente del bárbaro, sometido y adaptado al *medio* de un pueblo más culto, por la civilización romano-cristiana.

*
* *

Siguen pasando los meses, y no se descubre aún á estas fechas en la cerrazón del horizonte, ningún claro por donde

brote la luz que ha de disipar por completo las tenebrosidades de la cuestión china. Algunos rayos de luz rasgaron de vez en cuando las tinieblas (castigo de funcionarios, promesas de reformas), pero la obscuridad más densa sigue envolviendo el porvenir de ese fantasma del extremo Oriente, siempre amenazador para la Europa. Las grandes potencias que se han arrogado el gobierno del mundo, no han dado hasta el presente más pruebas de su solidaridad y buenas intenciones, que pudieron darlas hace cuatro años en la cuestión cretense. Gladstone dijo entonces, juzgando la obra del concierto europeo: «Yo creo que, á pesar de toda su presunción y de su fuerza, no sólo no ha mejorado, sino que empeoró la situación.» El insigne, Castelar en estas mismas columnas, inflamadas por el verbo prodigioso de su grandilocuente estilo, lanzaba sus apóstrofes sublimes sobre las potencias liberales de Europa que se dejaban arrastrar por los tres Imperios autocráticos, y permitían el espectáculo de una Grecia humillada y sacrificada á Turquía. Hoy, en el extremo Oriente, juegan, como factores de gran influencia, otros dos, nuevos, que no la tenían en aquella contienda: los Estados Unidos, y el Japón. Sin embargo, parece que las palabras del inmortal tribuno tienen una actualidad profética. Hoy, como entonces, no los tres Imperios continentales, por que uno de ellos no tiene en China intereses de primera línea, pero sí los otros dos, Rusia y Alemania, son los que mueven toda la trama de las interminables negociaciones, los que dificultan más la solución rápida del problema del extremo Oriente. Siendo un principio profesado, al menos en los labios por todas las potencias, y repetido á cada instante, el de que la integridad del Imperio de los celestes debe de conservarse á toda costa, las dificultades que encierran todas las soluciones estriban, á mi juicio, en que los dos Estados aludidos no quieren dejar pasar la oportunidad que se les presenta de extender sus conquistas territoriales, y que profesan como máxima de su política la necesidad de que continúe una situación inestable de la

que puedan surgir acontecimientos que se temen á cada momento, que les permitan aprovecharse. El Gobierno de los Estados Unidos no sólo ha seguido desde el principio la línea de conducta de limitar las exigencias á la China á la menor cantidad posible, sino que por su conveniencia está interesado en que se conserve íntegramente un Imperio cuya vecindad, respecto de las nuevas colonias norte americanas en Oceanía, no es tan peligrosa como la de cualquier potencia europea. El Japón, sin haberse decidido del todo á sumar su actitud á la de los Estados Unidos, no puede favorecer tampoco empresa alguna europea que represente para el porvenir, un obstáculo á su política de expansión en China. Inglaterra se halla, aunque lo disimule, demasiado preocupada con la guerra del Transvaal para decidirse á tomar la posición que tanto ama su orgullo, de eterna dificultadora; bien prueban este aserto sus complacencias con el Negus el verano último, su debilidad en la cuestión, todavía en pie, del Tratado de Hay-Pauncefote, y el mismo asunto de la Mandchuria. Italia y Austria se limitan á servir de cortejo al Imperio alemán, como Francia tiene que ayudar también á los oficios de su aliada. Por tales motivos, Rusia y Alemania son casi las dueñas de una situación cuyo equilibrio sólo sostiene el balancín de la diplomacia. La primera ha revelado bien claramente sus intenciones en el proyecto de convenio respecto de la Mandchuria, que hubo de desechar el Gobierno chino. Es de notar que á pesar de que el Imperio de los celestes se haya negado á firmarlo, la Rusia no ha perdido un palmo de terreno; con y sin convenio, ella sigue siendo de hecho dueña de la Mandchuria, en la que por otra parte tiene grandes intereses, y cuya zona de influencia le reconoció el último acuerdo ruso-inglés. La tenacidad eslava no es en este punto inferior á la tenacidad sajona. Alemania, ¿se resignará á que un General de la talla de Walderssee haya salido de su país para dirigir sólo unas cuantas escaramuzas contra bandas inorganizadas, y volverse después tranquilamente á su casa? Se resignará si no tiene más

remedio, pero su interés la exige, seguramente, otros rumbos. No hay que olvidar que el espíritu de Bismarck parece que flota aún en el ambiente de la política de la gran federación germánica, y Bismarck había declarado que el Imperio debía de ser á toda costa colonizador. Guillermo II, en cuantas ocasiones ha tenido, procuró demostrar que no se ha olvidado del consejo. De todas maneras, la única situación que puede aprovecharles á Rusia y á Alemania, es la de la incertidumbre y la inseguridad actuales. Sin embargo, los peligros de un tal estado de cosas á nadie se ocultan. Los secretos que encierre la caja de la cuestión china, pueden no ser sólo alhajas para los ambiciosos; pueden ser también dolores y catástrofes, guerras y tempestades.

Desde otro punto de vista más elevado, y aun prescindiendo del gasto de 50 millones de francos mensuales que representa la cifra de las indemnizaciones que en su día han de exigirse á la China, que hay que sumar al nada pequeño fardo de las reclamaciones actuales, perjudica á la Europa y al mundo culto, un estado de cosas tan inseguro y nebuloso. Se ha culpado con insistencia á los celestes de que desconocen y desprecian los modernos principios del derecho internacional y de que todos los esfuerzos hechos para aclimatar en sus costumbres esa planta exótica para ellos, criada en los invernaderos de la civilización europea y trasplantada á América, han sido inútiles. No se piensa, en cambio, en que los principales culpables del fracaso son los europeos. ¿Qué pueden pensar los gobernantes y el pueblo del Celeste Imperio de un derecho internacional que es distinto en París y San Petersburgo que en Londres ó en Berlín? Sólo queda una solución: la fuerza de Europa. ¿Pero á qué viene á reducirse esa fuerza cuando las divisiones intestinas la destruyen? Los letrados chinos saben bien que es muy fácil poner enfrente unas de otras á las potencias civilizadas, y ese es todo el secreto de su política, con la que llegan á imponerse. Cuando las operaciones militares del 60, sólo intervenían dos potencias, Francia é Inglaterra, y, sin

embargo, poco faltó para que las balas cruzadas entre franceses é ingleses de una parte, y los chinos de la otra, se cruzasen sólo entre los primeros. La especial habilidad de la diplomacia china se reveló en aquel entonces con tan pocos elementos. Sabido es que á dichas operaciones había dado motivo la resistencia de la China á cambiar las ratificaciones del tratado del 58, en el que se hallaban igualmente interesadas Francia é Inglaterra. ¿Qué sucederá hoy, cuando tantos intereses distintos se hallan puestos en juego y cuando luchan las más fuertes potencias del mundo civilizado?

Por interés, por egoísmo de la Europa, debe ésta de procurar que su prestigio no se debilite más con unas negociaciones interminables que la han alejado de otros problemas, quizá más importante para ella. No es, ciertamente, la envidia de los pequeños á los grandes, la que me mueve á afirmar que esas naciones, que, sin otro derecho que el de la fuerza, hanse arrogado el gobierno del continente europeo, parece que llevaron siempre sobre su destino colectivo el estigma providencial de la impotencia, y que ese mismo estigma persigue á los Estados que han entrado recientemente en los consejos del mundo. Las potencias europeas quisieron resucitar y formar unidad una vez acabadas las conmociones, los terremotos de las guerras napoleónicas, y no acertaron á constituirse más que como salvaguardia de los tiranos, y no dieron de sí otros frutos que la persecución de las revoluciones, que al fin triunfaron; las potencias europeas se encontraron después, frente á un pueblo heróico que luchaba por su independencia, reivindicando con ella los sagrados derechos de la civilización y los timbres inmortales de su historia, y no se decidieron á protegerlo, hasta que las circunstancias les obligaron á encerrar á la flota turca en la rada de Navarino; las potencias europeas viéronse más tarde sorprendidas por la necesidad de extirpar de un golpe el cáncer de un pueblo atávico que muere de anemia, y no se atrevieron á otra cosa que á sellar, modificándolos en contra de los intereses de la civilización, los pactos

arrancados á la debilitada Turquía por la vencedora Rusia; aún las potencias tenían que terminar su obra de desprestigio, y el desprestigio cayó sobre ellas cuando la última guerra turco-griega; y la falta de su fuerza moral, esa fuerza que, organizada y dirigida, vale más que todos los ejércitos del mundo, se reveló también en la expoliación de España, en la conferencia de la Haya, en la lucha inícuca del Transvaal. En medio de este desprestigio inauguran sus tareas y confúndense las potencias nuevas, asiática y americana. Reflexionando sobre tales éxitos, ocúrresele al pensador preguntar qué puede significar y valer un concierto cuya historia es la historia del mayor desconcierto existente, y si, puesto que se crea que los intereses antagónicos de las potencias no pueden resolverse en fórmulas comunes, no sería mucho más cómodo y más práctico que se renunciase á un sistema de gobierno europeo tan opresor para los pequeños y tan inútil para los grandes. El desprestigio de las instituciones es la primera causa de su ruína, y esta institución del gobierno de las potencias, que nació con todos los resplandores de la gloria, arrancados á la aureola del gran Capitán del siglo XIX, ha perdido al presente toda su grandeza y arrastra su manto rasgado, y ciñe su corona, manchada del lodo de los pequeños intereses, ante dos civilizaciones, para las que la majestad y el fausto han sido siempre sus únicos dominadores; la civilización patriarcal de la China, envuelta en la grandeza del culto á los antepasados; la civilización letárgica y suntuosa de Turquía, mecida por los blandos arrullos de las brisas del Bósforo, que llevan dentro de ellas los secretos de un dulce fatalismo y de una vida que se pierde con toda su fecundidad en los abismos insondables del destino.

*
* *

En el momento en que las necesidades de composición del número exigen que se cierre esta crónica, la guerra continúa asolando los campos de las Repúblicas sudafricanas, y la fuer-

za británica inmolando víctimas. De las dos partes, y aunque una de ellas muy debilitada, se mantienen el tesón y la energía. Al nuevo sistema de guerrear adoptado por los boers, ha respondido Lord Kitchener con un nuevo sistema de represión. A las palabras del General Botha, declarando que no quiere á su lado más que á los que estén dispuestos á luchar hasta el fin, se oponen las de Alfredo Milner, de una concisión terrible: «Nada—ha dicho—será capaz de debilitar la política imperial.» Lord Salisbury ha querido cubrirse con piel de oveja, afirmando que la guerra había sido inevitable para Inglaterra. Por fortuna, aún está reciente el recuerdo de las notas del Gobierno inglés, de 30 de Agosto, 2 y 12 de Septiembre de 1899, que equivalían á poner al Transvaal en la alternativa de someterse con ignominia, ó de someterse después de haber defendido su independencia. El derecho internacional tiene también anotada en sus páginas la trasgresión del art. 4.º de la Convención de Londres de 1884, necesaria para que el poderío inglés no tuviese obstáculo en su ruta del Cabo al Cairo. Pero la fuerza y la victoria cuestan mucho, y la Gran Bretaña tiene que aumentar sus presupuestos, recargar sus tributos y crear otros nuevos. De éstos, la tasa sobre los carbones exportados, que se aprobó por 333 votos contra 227, es la que ha motivado más serios debates y la que puede proporcionar en el porvenir al comercio inglés más serios disgustos. Por otra parte, la política imperialista británica, que hasta el presente ha rodeado de esplendores de gloria las hazañas del leopardo sajón, puede convertirse el día de mañana en un peligro, cuando la revolución militarista que ha de operarse, trastorne por completo el modo de ser, la constitución interna del pueblo inglés. La existencia de tal peligro no somos los primeros en denunciarla, y á nosotros se nos ocurre si estará próximo el día en que se cumplan aquellas palabras sentenciosas de David Hume: «Inglaterra no tiene á quién temer más que á sí misma.» Mientras tanto, los éxitos imperialistas y de la fuerza son suficientes para ofuscar la imaginación del pueblo que, en el Norte como

en el Mediodía, es siempre entusiasta de todo lo que deslumbré á la imaginación y huela á gloria. El Imperio británico sigue su marcha triunfal entre los murmullos de enojo reprimido de sus enemigos, la desesperación de la impotencia de los que temen que llegue para ellos el día del despojo, y las maldiciones de un pueblo mártir, cuyas carnes desgarrá sin piedad la espada vencedora de Lord Kitchener. Para los oprimidos ó para la justicia, no queda más que una esperanza: la esperanza en las reparaciones de la Historia. Después del camino triunfal, está la muerte y la tumba. Los pueblos tienen en el gran cementerio de los tiempos preparado el nicho en donde han de ir á reposar, y en cuya lápida la Historia justa é implacable, ha de escribir el solemne epitafio que condense las hazañas de su vida y sus servicios á la obra de la civilización y del derecho.

JUAN J. DE REZA.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—FEMINISMO: Las «bachilleras» en Inglaterra. = CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES: El socialismo en España.—HISTORIA Y EDUCACIÓN: Cómo ha sido educado el actual Rey de Italia.—LITERATURA: Las raíces del género chico.—HISTORIA MILITAR: La gran guerra anglo-boer.—BELLAS ARTES: El proletariado artístico.—IMPRESIONES Y NOTAS: El matrimonio de la Princesa Letizia con Ratazzi.—La mujer y la enseñanza oficial.—Cómo la ruta crea el tipo social.

FEMINISMO

LAS «BACHILLERAS» EN INGLATERRA. — Con el nombre de *bachelor-woman* se designa en Inglaterra — según dice Clara de Pratz en la *Revue Bleue* — á las solteras que han sabido crearse una situación independiente por medio de su trabajo personal. Lo que distingue á la *bachelor-girl* de la solterona es que aquélla es célibe por su voluntad, viviendo aparte de su familia, del producto de su trabajo, lo mismo que sus hermanos.

El número de mujeres excede al de hombres en más de un millón, sólo en Inglaterra, y esta desproporción se aumenta no poco con la emigración á las colonias; los novios escasean y buscan á las ricas, casándose con dificultad las que carecen de dote. Esta situación explica en parte la existencia de las bachilleras, pero no es toda la explicación, pues la bachillera no se casa muchas veces, no por falta de marido, sino porque no quiere los que tiene á su disposición. Y se comprende que

así sea: mientras el joven inglés, con mucho desarrollo físico y escasos estudios liberales, entra á los diez y seis años en una oficina ó en un barco de emigrantes, la *miss* sigue estudiando y cultivando su espíritu, y á los veinticinco años es una mujer mucho más fina y culta que todos los hombres de su edad; quiere vivir por su cuenta, y tiene del amor un ideal difícilmente realizable; por eso prefieren el celibato y viven castamente con independencia en sus cuartitos de solteras.

El profesor italiano Ferrero, que las ha estudiado, llama á estas bachilleras «el tercer sexo», no explicándose su castidad, y declarando que son para el hombre terribles competidoras por emplear en el desempeño de sus cargos todas las fuerzas latentes reservadas antes para el amor y la maternidad. Clara de Pratz niega que estas jóvenes estén desnaturalizadas; sueñan con el amor, pero desconfían de que se las quiera para explotarlas, y por eso vacilan en hacer el sacrificio de su libertad y de su bienestar por una dicha matrimonial harto problemática. Muchas, sin embargo, se casan á los treinta y cinco ó cuarenta años, cuando encuentran entre los hombres que las rodean alguno que se acerca al ideal que habían soñado en su juventud, y no son estos matrimonios de los menos felices.

¿Cuáles son las carreras en que pueden ganarse la vida las jóvenes inglesas? La enseñanza ante todo, ya en las *Board Schools*, ya en las *High Schools*, donde pueden ganar hasta cien libras anuales, ya principalmente en las casas particulares ó en los grandes colegios del tipo del *Queens* ó *Bedford*; verdad es que sólo acumulando trabajo con exceso, llegan á ganar dos ó tres mil francos.

Hay también en Londres todo un ejército de dactilógrafas y taquígrafas, que tampoco ganan mucho por la enorme cantidad de la oferta. El periodismo, por su parte, ocupa á no pocas mujeres, variando los productos que perciben entre 2.500 y 12.500 francos anuales, y pasando en casos extraordinarios á una cifra bastante superior; las artistas y las ilustradoras.

son también numerosas. Luego están las enfermeras, clase numerosísima cuyo personal se recluta desde las clases más ínfimas hasta las más elevadas, por necesidad las unas y por vocación de caridad las otras; entre ellas conoce Clara de Pratz á una joven archimillonaria que ha dejado su casa y sus comodidades para prestar servicio en un hospital donde su primer deber todas las mañanas consiste en fregar los suelos. La profesión médica es preferida por muchas bachilleras, siendo de las más productivas. Hay también las conferencistas afectas al municipio, y que son enviadas á diversos puntos para dar conferencias públicas sobre diversas materias, especialmente de higiene; éstas sacan de 2.000 á 5.000 francos anuales, llegando las más privilegiadas á obtener hasta 10.000 francos de sueldo. El término medio de todas estas profesiones es de 3.500 á 4.000 francos, siendo raras las mujeres que obtienen más de 6.000 á 8.000 francos.

Algunas tienen su rentita personal, y éstas son las que suelen dedicarse á las carreras filantrópicas. La cosa parece extraña, y sin embargo existe; hay en Inglaterra multitud de instituciones caritativas, y en ellas encuentran lucrativa ocupación no pocas bachilleras, que perciben á veces hasta sueldos de 5.000 francos por estos servicios. Claro es que aquí no se trata de modistas, costureras, obreras ni empleadas, sino sólo de las jóvenes que ganan lo bastante para vivir con cierta independencia, y que hacen vida de sociedad, pues á estas jóvenes es á las que principalmente se refiere el trabajo de Clara de Pratz.

Ahora bien: suponiendo el caso de una de esas jóvenes que gana de 200 á 500 francos mensuales, ¿qué clase de vida es la suya? La bachillera rara vez recurre á la clásica casa de huéspedes, pues quiere ante todo conservar su libertad, entrar y salir á la hora que le acomode y recibir á quien quiera, y esto no puede hacerse en las *boardinghouses*. Las *Ladies Residential flats* atienden mejor á estas necesidades, pues son hoteles donde cada inquilina puede disponer de dos, tres ó cuatro piezas, sin

cuidarse de servicio ni de comidas, bastando dar sus órdenes para comer lo que quieran, cuando quieran y como quieran; pero este sistema es caro. Lo más corriente es el cuarto independiente; pero los *flats* de cuatro piezas cuestan por lo menos de 1.500 á 1.800 francos; y por eso la mayor parte recurren al *upper-part*, habitación situada sobre las tiendas, que tiene escalera y entrada independiente, ó bien al *lodging* de las casas particulares ó á las *artisans flats* de las barriadas obreras. El *upper-part* es preferido, porque como en Inglaterra no hay porterías, la joven se siente protegida por la vecindad del almacén ó tienda; paga por el alquiler de 1.500 á 2.000 francos, y como esta suma no deja de ser crecida, se reúnen dos ó tres jóvenes para pagarla: consta de una sala, un comedor, dos ó tres piececitas y el cuarto de baño, que no falta en Inglaterra en ninguna casa, grande ó pequeña.

Los *lodgings* son cuartos subarrendados por un inquilino para ayuda de sus gastos, y constan á veces de una salita y una alcoba; pero las que quieren vivir económicamente se contentan con un cuarto de estudio (*study-bedroom*) ó con una salita (*bettsittingroom*), cuyo diván se convierte por la noche en cama; este lecho es simplemente un colchón de muelles con ruedas, cubierto de paños artísticos por el día; las almohadas se convierten en almohadones con fundas de seda, que se quitan por la noche, y el tocador se halla oculto por un biombo japonés; así, el *study-bedroom* se transforma en un cuartito que hasta parece elegante. El precio de estos cuartos varía según los barrios, pudiéndose encontrar hasta por 15 ó 20 francos semanales, incluyendo el desayuno; la inquilina hace sus comidas en un *A B C* (*Aerated-Bread-Company*) por una cantidad que varía entre 50 céntimos y 1,25, y está así libre de cuidados.

El inconveniente de los *lodgings* es el tropezarse con los demás inquilinos, y por eso muchas jóvenes prefieren vivir en los alojamientos de obreros, donde por 500 ú 800 francos al año tienen un cuarto completo, compuesto de tres piezas y

una cocina. Por una moneda de 10 céntimos que echan en un distribuidor automático tienen media hora de calefacción ó de alumbrado de gas, lo bastante para hacer un bistek ó para calentarse; si se descuidan, el aparato se apaga al llegar el tiempo prefijado, y tienen que correr á la cocina á meter otro penique en el contador. Los inconvenientes de estos alojamientos consisten en los malos olores y en los poco agradables encuentros de la escalera con chiquillos sucios ó con hombres groseros ó borrachos; por eso las *bachelor-women* suelen parar poco en estas *artisans-flats*.

Esté en su casa ó á pupilo, el alma de la bachillera se revela en el decorado de su cuarto: producto en gran parte del movimiento intelectual moderno, la bachillera es la criatura de los Ruskin, del prerrafaelismo, de los Wagner y de los Morris. Las paredes están cuajadas de fotograbados de estas escuelas, que cubren los papeles *liberty* ó William-Morris, y todo el decorado de muebles y cojines revela el gusto modernista de estas jóvenes. La bachillera tiene amistades y simpatías en todas las clases sociales, y es bien acogida en todas partes, valiéndole el respeto y la estimación de todo el mundo su vida de sacrificio y de dignidad; esto prueba lo mucho que van ganando las ideas liberales, pues hace veinte años estas jóvenes hubieran sido consideradas como unas *déclassées*.

CUESTIONES POLITICO-SOCIALES

EL SOCIALISMO EN ESPAÑA.—Es un error—dice en *Nuestro Tiempo* Juan José Morato, Secretario del Comité nacional del partido socialista obrero—confundir el socialismo con el movimiento obrero de resistencia; el socialismo es esencialmente una fuerza política constituyendo un partido, y el movimiento de resistencia no es más que un hecho, al que concurren lo mismo los socialistas que cualquier otra fuerza política.

La aspiración del socialismo es la de transformar en pro-

propiedad social la propiedad privada, entregando en usufructo á las colectividades los instrumentos del trabajo; esta apropiación privada está hoy garantizada por el poder político organizado en beneficio de la clase capitalista, y por eso el socialismo aspira á conquistar ese poder, aunque creyendo que no llegará á lograrlo sino mediante un largo proceso evolutivo. Entretanto, y como programa transitorio, el partido obrero español aspira á la supresión de la deuda pública, del ejército permanente y del presupuesto del clero, á la confiscación de los bienes eclesiásticos, á la justicia gratuita y á la enseñanza integral laica y gratuita en todos sus grados, á la reversión al Estado de las minas, ferrocarriles, arsenales, etc., á la abolición de todo impuesto directo, y al establecimiento del impuesto progresivo sobre toda renta ó beneficio superior á 3.000 pesetas.

Como la política del partido obrero se basa en la lucha de clases, de ahí su espíritu agresivo contra todos los demás partidos, confundidos para él en el dictado común de burgueses. Se ha creído que era enemigo de la política, y es un error, puesto que aspira á intervenir en la gobernación del país; se cree también que no es revolucionario, y es otro error, pues si por ahora le conviene vivir dentro de la legalidad para evitar inútil derroche de energías, mañana obrará como las circunstancias le aconsejen.

La organización del partido es esencialmente democrática, sin jefes ni directores, con iguales derechos y deberes todos. Los socialistas de cada localidad forman una Agrupación, y todas las agrupaciones, unidas en Federación, constituyen el partido, dirigido por un Comité nacional. Los asociados pagan una cuota para gastos de propaganda, elecciones, correspondencia, etc., y cada tres años se reúnen en Congreso soberano, que discute todas las reformas y proposiciones presentadas por los socios.

Constituído el partido obrero clandestinamente desde Mayo de 1878 hasta 1882 en Madrid, llegó á contar en 1886

con seis agrupaciones que fueron poco á poco ganando terreno hasta conquistar la beligerancia. El Congreso de Barcelona de 1888 dió á estas asociaciones dispersas la unidad de que carecían, y desde entonces se han celebrado los Congresos de 1890 en Bilbao, 1892 en Valencia y 1894 y 1899 en Madrid. La mejor prueba del desarrollo del partido está en el número de representaciones de cada Congreso, que fue subiendo de 16 en Barcelona á 23 en Bilbao, 37 en Valencia y 45 y 68 en Madrid. En las elecciones generales, los votos obtenidos por los candidatos del partido fueron 5.000 en 1891, 7.000 en 1893, 14.000 en 1896 y 23.000 en 1899.

Hoy cuenta el partido socialista en España con 75 núcleos bien organizados en Alava, Alicante, Almería, Baleares, Barcelona, Burgos, Cádiz, Castellón, Córdoba, Coruña, Guipúzcoa, Jaen, León, Logroño, Madrid, Málaga, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Sevilla, Toledo, Valencia, Valladolid, Vizcaya y Zaragoza, teniendo además elementos sueltos en todas las demás provincias. En general, estas agrupaciones radican en centros industriales; pero tampoco faltan las formadas por obreros del campo.

El partido cuenta, además de su órgano central *El Socialista*, con otros periódicos en Bilbao, Santander, Vigo, Oviedo, Zaragoza, Ferrol, Palma y Eibar, y aunque el personal es casi en su totalidad obrero, no faltan elementos intelectuales, entre los que figuran como personalidades salientes el Dr. Don Jaime Vera y el Catedrático del Instituto de Alicante D. José Verdes Montenegro. El organismo obrero más poderoso y consistente es la Unión General de Trabajadores, Confederación obrera de 72 sociedades de oficios. El influjo del socialismo, hasta hoy meramente educativo y privado, no tardará en hacerse sentir en la marcha de los negocios públicos.

HISTORIA Y EDUCACION

CÓMO HA SIDO EDUCADO EL ACTUAL REY DE ITALIA.—Tal es el título de un libro de recuerdos de Luis Morandi, del que da sucinta cuenta en la *Nuova Antologia*, de Roma, Domingo Oliva.

La figura que en este libro campea es la del entonces Teniente coronel, hoy General Osío, viceayo del Príncipe, persona afable, cortés y condescendiente en todo lo que no afectaba al cumplimiento de su misión educativa; pero severo, rígido, inflexible, en todo cuanto con esta misión se relacionaba. Todas las mañanas, dice Morandi, le encontraba con un clásico latino en la mano, y hubiera jurado que en su vida había hecho otro papel que el de estudiar y educar, si las campañas de 1859, 1860, 1866 y otras no demostraran que era un hombre que se había formado en la verdadera escuela de la guerra.

Al dar sus instrucciones al Profesor de Literatura italiana, el terrible coronel, como le llama Morandi, le advierte que debe tratar al Príncipe «como á otro alumno cualquiera, sin indulgencia ni consideración, ni aun para las cosas más menudas; si, por ejemplo, durante las lecciones, hiciese falta algún objeto, él, y no yo, debe levantarse á cogerlo; si se cayese un libro ú otra cosa, él es quien debe bajarse á levantarlo; debe aprovecharse su amor propio, que es grande, y exigírsele siempre y con firmeza el cumplimiento de todos sus deberes»; «en cuanto á mí—añade Morandi,—el coronel me advirtió que, si no obraba bien, no se andaría con contemplaciones».

Ni siquiera los Reyes se atrevían á resolver nada sobre su hijo, sin consultar al coronel. «Oigamos al coronel», era la frase corriente de Humberto ó de la Reina cuando les pedían que el Príncipe aceptase cualquier invitación; y el coronel respondía casi siempre que no, haciendo cumplir el horario que había decretado, como si hubiera jurado no violarlo ni

consentir que nadie lo violara. Destinaba una hora diaria á la equitación, y no retrocedía ante los fuertes romadizos á que estaba sujeto el Príncipe. Una mañana lluviosa de invierno, el Príncipe tenía un constipado atroz, y Morandi hizo notar al coronel que quizá convendría no hacerle montar aquel día. «Y si mañana tuviésemos una guerra—replicó Osío,—¿no tendría el Príncipe que montar á caballo, aunque estuviera constipado?» El médico no se atrevía á llevarle la contraria. «Con estos soldados no se puede razonar,» decía.

No podía aguantar falta ninguna de compostura. Una vez que al corregir uno de sus trabajos, Morandi le señaló, para que la borrara, una palabra supérflua, y el futuro Rey, en vez de tacharla del modo acostumbrado, se divirtió en pintar encima un triangulito, el coronel soltó al culpable un bufido, y luego amonestó severamente á Morandi, por no haber roto el cuerpo del delito, en el que Morandi ni siquiera se había fijado. Los castigos eran siempre iguales, consistiendo en reprensiones severas al Príncipe, sin que Osío se detuviera porque hubiera delante otras personas; á veces, el coronel llegaba á la grosería. «Pensad bien—le dijo una vez—que el hijo de un Rey, como el hijo de un zapatero, cuando es asno, asno se queda.»

Infatigable é incontentable, su índole vigorosa estallaba siempre, y en los primeros exámenes del Príncipe, estando presentes los Reyes, el Ministro de la Guerra y todos los Profesores, el coronel exclamó arrogantemente, al dar los temas al examinando: «¡Aquí no hay imposturas!» Y no quiso que se acortara ni se interrumpiese aquel examen de tres horas, que se hizo sin conceder al Príncipe ni un instante de descanso.

Tal ha sido el régimen espartano á que se ha sujetado la educación de Víctor Manuel III. Lejos de sentirse herido por él, comprendía la necesidad y la conveniencia de aquel rígido proceder. «Lo hace por vuestro bien, Alteza,» le decía Morandi, para consolarle de alguna filípica de Osío. «Lo sé,» re-

plicaba el Príncipe convencido. Tenía ya diez y ocho años, cuando una mañana, dando lección de dibujo con Bazzani, sacaba con frecuencia el reloj para mirar la hora, cosa desusada en él; Bazzani no sabía qué pensar, creyendo que estaba cansado ó aburrido, cuando de pronto el Príncipe se levanta, y corriendo hacia el inflexible coronel, que estaba leyendo, le abrazó y besó con efusión. «En este momento—dijo el Príncipe—hace siete años justos que me presentaron al coronel.» Con toda su severidad, y quizá á causa de ella, el coronel se había hecho querer del Príncipe, y no es este el menor elogio que puede hacerse del Príncipe y del coronel.

Cuando Morandi se encargó de enseñarle la lengua y la literatura italiana, al salir apenas de la puericia, Víctor Manuel sabía ya, además de su lengua nativa, el francés y el inglés, conocimientos de que estaba orgulloso, así como de todos los que abarcaba la cultura general de la enseñanza secundaria, sobre todo la Historia. Le gustaba mucho poder citar una anécdota, ó interrumpir las lecciones con algún recuerdo ingenioso de hombres ó de cosas. «No más paréntesis», decretó el jefe de estudios, y al día siguiente de dar esta orden, la vió escrita en un gran cartel, fijado en la sala de trabajo. El Príncipe, sin embargo, no podía resistir á veces al deseo de contar anécdotas, y á cada paso decía á Morandi: «¡Ah! ¡Esta sí que es buena! ¡Dejádmela decir!»

Su amor propio era grandísimo: «Si hubiera de hacer mal papel—decía la víspera de sus exámenes—sería cosa de tirarme por la ventana.» Los pocos castigos que recibía, las reprensiones del coronel, ó las tachaduras de sus trabajos que tenía que rehacer, bastaron siempre, sin que jamás se notara en él signo alguno de indisciplina ni de rebelión, que no le hubiera sido tolerado.

El Capitán Morelli le enseñaba matemáticas, topografía, artillería, fortificación, armas, ejercicios, códigos y reglamentos militares; el Profesor Zambaldi, latín; Monseñor Anzino, religión y filosofía; Perotti, ciencias naturales; Mariani y Ar-

naud, francés; Bliss, inglés; los pintores Mariani y Bazzani, dibujo, perspectiva é historia del arte; la señora Cerasoli, música, y el Conde Calori y Parise, esgrima. La cuestión del griego fue muy discutida, y el insigne Bonghi, traductor de Platón, la resolvió negativamente, estimando que debía ahorrarse al regio alumno materia tan pesada y difícil, que con tanta facilidad se olvida luego, sin que haya ocasión de aprovecharla en la proporción que cuesta el adquirirla.

La sabia y racional distribución de las horas de estudio y de descanso (nunca de ocio) y la alternación de los ejercicios mentales con los corporales, producían una ponderación y un equilibrio dignos de ser tomados en cuenta; los exámenes los sufría en Diciembre, evitándose así la peligrosa preparación canicular. Su entusiasmo por Dante y por Silvio Pellico era grande; en latín llegó á traducir con soltura, lamentando no tener bastante tiempo para dominarlo; en dibujo llegó á pintar como un buen aficionado, y en música á tocar á primera vista piezas de media dificultad; se dedicó á la fotografía con éxito, y á la numismática con entusiasmo de coleccionista, llegando á ser, en suma, un hombre cultísimo, perfectamente apto para gobernar, acostumbrado al trabajo y á la disciplina, y en condiciones de exigir á todos el cumplimiento de sus deberes, al dar él brillante ejemplo de cumplir como el primero los suyos.

LITERATURA

LAS RAÍCES DEL GÉNERO CHICO.—Francisco Navarro y Ledesma dedica en *La Lectura* un enjundioso artículo al estudio del género chico, proponiéndose demostrar cuatro verdades: 1.^a, que el *género chico* tiene raíces más hondas que ningún otro género en nuestro teatro; 2.^a, que en él es preciso buscar algunos de los caracteres más importantes de nuestro teatro grande; 3.^a, que ha florecido en todas las épocas, buenas

y malas, del teatro; 4.^a, que no hay motivo para que decaiga.

Si no en el dialoguito de las *Etimologías* del inmortal Isidoro de Sevilla, es indudable que en el *Auto de los Reyes Magos*, descubierto en un códice del cabildo toledano, y que se remonta al siglo XIII, se encuentran ya todos los elementos característicos de nuestro género chico, como en las famosas *Coplas de Mingo Revulgo* se halla el germen de nuestras revistas políticas, y en el *Diálogo entre el Amor y un viejo*, de Rodrigo de Cota, se halla el tipo de la pieza sentimental con argumento nulo y diálogo ardoroso. El *Aucto del Repelón*, del insigne salmantino Juan del Enzina, es ya un verdadero sainete. En la *Farsa llamada Ardamisa*, de Diego de Nequeruela, se observan todos los elementos de nuestros juguetes cómico-líricos, viéndose estorbados los amores de Ardamisa y Guairano por un aguador, un portugués, una gitana, un rufián, un pastor y un fraile.

Enfrascándose en la enrevesada lectura del *Códice de Autos viejos*, de que acaba de publicar el primer tomo el ilustre hispanófilo Rouannet, prestando eminentísimo servicio á las letras patrias, se ve que todos ó casi todos los resortes dramáticos del género chico son cosa de la más antigua solera castellana. Género chico es también, y del más ingenioso y alegre, el del gran Lope de Rueda, que á pesar de su italianofilia, conserva en sus *pasos* el más puro aire castizo.

¿Qué hubo en los orígenes de nuestro teatro, fuera de *La Celestina*? Traducciones é imitaciones; el mismo Cervantes penetra en la dramaturgia del gran siglo, más por el postigo del género chico que por la puerta de la tragedia, porque sainete como *La cárcel de Sevilla*, juguete como *La guarda cuidadosa*, bufonada como *El retablo de las maravillas* y paso como *Los dos habladores*, ni se han compuesto ni tal vez se compondrán, lo que prueba que el género chico vive hasta Cervantes con independencia salvaje, como cosa aparte, sucediendo lo mismo en el siglo de oro, porque el Calderón de *La vida es sueño* no es el Calderón de los entremeses.

Llega la decadencia, todo se hunde, y el género chico se salva, llegando con D. Ramón de la Cruz al pináculo de la gloria. Y si de los tiempos de D. Ramón de la Cruz venimos á los posteriores al silencio de Tamayo, ¿dónde, sino en el género chico, hemos visto refugiarse al ingenio teatral castellano, huyendo de los abstrusos problemas y enrevesadas tesis y de la extranjeriza atmósfera que en el teatro grande se respiraba? ¿Quiénno ha preferido asistir á *Los baños del Manzanares* ó *Pepa la frescachona*, en lugar de los *melos* que pasaban por dramas, y de tantas y tantas extravagancias adúlterinas ó incestuosas, que tanto ruido han metido en la crónica de nuestros revisteros?

HISTORIA MILITAR

LA GRAN GUERRA ANGLO-BOER.—Tal es el título de un libro de Conan Doyle, la obra más ampliamente discutida de las trescientas que se han publicado sobre el mismo asunto en Inglaterra, y cuyas conclusiones pueden resumirse como sigue:

La primera enseñanza militar de esta guerra es que la defensa de un Estado no es misión exclusiva de una casta militar, sino de todos los ciudadanos físicamente hábiles. Con las armas modernas, todo hombre animoso que tenga un fusil, es un soldado formidable, y no necesita ni la difícil instrucción, ni la rígida disciplina clásica. Desde el Ministro de la Guerra, que declaraba ser la infantería, y no la caballería, necesaria para la campaña, hasta el General que, hallándose sobre el terreno, creía poder marchar con diez mil hombres sobre Pretoria, los soldados de profesión han demostrado no tener clara visión de las cosas.

Otra de las enseñanzas más positivas de la guerra es la demostración de lo absurdo que es el espantajo de una invasión en la Gran Bretaña. Con cierta práctica del fusil, la población

físicamente hábil del país podría desafiar, sin su flota y sin su ejército de profesión, á las fuerzas unidas de toda Europa. La ventaja de la defensa sobre el asalto, y de la fuerza estacionaria sobre la movilizadada, es tan enorme como probada. Mientras se pueda disponer, para la defensa de las costas, de un bien desarrollado sistema de milicias y de voluntarios, se pueden poner al servicio del Imperio casi todos los soldados de profesión.

Es mejor y menos dispendioso tener pocos soldados bien adiestrados, que muchos de todas clases. Si para asegurar el amor á la profesión y la inteligencia de la moderna táctica hubiera que pagar 3 ó 4 pesetas diarias á cada soldado, se podrá operar con menor número, ahorrando por otro lado en transportes, equipos y cuarteles. En las guerras del porvenir, en que el soldado tendrá que ser transportado al centro del Africa, de la China ó del Afganistán, será necesario que el ejército sea de la mejor calidad, y lo mismo cuesta el transporte y alimento de un hombre hábil que de un inepto. Un hombre que no yerra la puntería, vale por diez que la yerran, y requiere una décima parte de gasto; si pagándole por tres puede uno asegurarse un hombre semejante, el hacerlo es una economía evidente para el país. Elimínad los soldados inútiles y aumentad la paga á los útiles.

La infantería ha demostrado ser tan buena como siempre, y su moral excelente: las tropas derrotadas en Colenso en Diciembre, en Spionkop en Enero, y en Waalkranz en Febrero, son las mismas que tomaron por asalto poco después las barricadas boers, sin sentirse jamás desmoralizadas ni desalentadas. Con una carga de 20 kilos recorrían fácilmente sus 20 millas diarias, llegando á las 40 en casos extraordinarios, como los memorables de la guardia de Bloemfontein y la retirada de la columna Yule. Pero si en cuanto al valor personal nada hay que decir, no así en cuanto á la destreza. La idea de que un soldado de infantería es un alabardero, no se ha desterrado del todo de nuestro ejército. No hay más que una cosa que

pueda dar el triunfo en las batallas modernas: disparar con precisión. El número de cartuchos disparados anualmente en los ejercicios es de 50 en la milicia móvil, y 300 en los regimientos más escogidos; el *mínimum* debía ser 1.500 para todos; el que no es tirador, debía ser expulsado del ejército. Otro lado débil de la infantería es la construcción de trincheras; el soldado se fía de los zapadores, cuando todo soldado debería saberlas hacer. En suma: mayor habilidad en el tiro y mejores atrincheramientos; tales son las aspiraciones de la infantería.

La Caballería es el ramo del servicio que mayores reformas necesita; la más sencilla y eficaz sería suprimirla, dejando para el servicio público los regimientos interiores. Es lección indiscutible de esta guerra que, fuera de la Artillería, la única arma del mundo es el fusil de repetición; lanzas, espadas y revólvers tienen su puesto en los Museos. Pero si descartamos estas armas y venimos á la uniformidad del fusil, debemos enseñar al soldado de Caballería á usar á pie su fusil, y así se forma automáticamente la Infantería montada. Ninguna operación de la Caballería puede no hacerla la Infantería montada, y en cambio hay muchas operaciones propias de la Infantería montada que no pueden hacerse por la Caballería. Llámese, sin embargo, como se quiera, hay una modificación absolutamente necesaria que hacer: aligerarla de más de treinta kilos de peso superfluo que todo caballo tiene que transportar con detrimento de sus demás deberes.

La Artillería ha tenido muy alto su honor en la campaña. Se creía que era una gran ventaja la posesión de la *líddita*; pero la ventaja es muy discutible. La gran ventaja de los boers era lo invisible de sus cañones como de sus fusiles; lo primero que hace un boer con su cañón es esconderlo; lo primero que hace un inglés con los suyos es ponerlos en línea recta, y tan poco separados uno de otro, que una bomba afortunada que caiga en medio, puede poner fuera de combate á los artilleros que sirven á los dos. Otro prejuicio es el de afirmar rutinaria-

mente que «un solo cañón no es un cañón», y no obrar con unidades inferiores á seis piezas. Por lo que hace al efecto de la Artillería, ésta es inofensiva donde las tropas están muy dispersas ó bien atrincheradas, siendo en cambio terrible cuando se presentan en masas.

Los ingenieros han tenido gran éxito en todos los ramos. Los globos son de gran utilidad, sobre todo si se generaliza el uso de las trincheras y el sistema de esconder los cañones. Los pontoneros también han sido muy útiles; pero los que se han llevado la palma, son los ferroviarios. Los ingenieros de Caballería han prestado también grandes servicios, estando demostrado que debe ampliarse su esfera de acción. Los servicios de transportes y Administración militar han sido inmejorables.

BELLAS ARTES

EL PROLETARIADO ARTÍSTICO.—Pedro Marcel y Camilo Maclair, estudiando en *La Revue* de París las condiciones de vida del artista contemporáneo y sus relaciones con el socialismo, y Diego Garoglio, exponiendo en la *Rassegna internazionale* de Florencia la servidumbre en que vive el artista, nos presentan un cuadro acabado de costumbres, digno de ocupar la atención de los pensadores, sociólogos y estadistas.

La tan decantada libertad en que vive el artista moderno es sólo aparente, y los pobres bohemios que pasean por París ó Roma sus trajes de veludillo y sus sombreros grasientos, los cambiarían con gusto por un traje á la moda si tuvieran recursos para adquirirlo. La esclavitud económica los ahoga, y el mecenatismo, cada vez menor, no puede sacarlos á flote.

La conquista del pan de cada día es para el artista contemporáneo, generalmente pobre, la gran preocupación. Julio Dupré vendía por 15 francos pantallas de chimenea; Teodoro Rousseau entregaba sus lienzos para comprar tabaco, y Gericault cedió su famoso *Coracero herido* á un marchante, á cam-

bio de tela blanca para pintar otros cuadros; Millet, con sus ocho hijos, anduvo toda su vida malamente, y Tassaert tuvo que coger uno de sus cuadros bajo el brazo si quiso encontrar trabajo en el Museo, suicidándose á los setenta y cuatro años, y no produciendo la venta de su mobiliario más que 38 francos.

Los planteles de artistas están en las escuelas de Bellas Artes; los mejores son pensionados, que disfrutan 800, 1.000 y 1.200 francos; con esto no se puede vivir; el día se va en las clases y talleres, y apenas queda tiempo para ganarse lo necesario para cubrir el déficit de tan reducido presupuesto. Es verdad que hay premios; pero el conjunto de todos ellos asciende á 18.180 francos, mezquina suma para tantísimos necesitados, aparte de los concursos Chenavard y los premios de Roma; éstos son los mejores, pues aseguran la existencia material por cuatro años y garantizan un minimum de trabajo suficiente para el porvenir. Todo ello, sin embargo, es muy poco, y la generalidad de los artistas no tienen de qué vivir, y muchos mueren de hambre. La causa principal es lo crecido del número, fomentado por la mala dirección de la enseñanza. En lugar de enseñar á los jóvenes, ejercitándolos, por ejemplo, en adornar las telas de seda de Lyon ó los esmaltes de Limoges, les enseñan las artes plásticas, que les abren el camino de la ambición y de la gloria y que no les sirven para nada.

La protección del profesor salva á algunos. La puerta menos difícil de forzar es la del salón; pero si no tienen amigos en la Prensa ó no encuentran un personaje dispuesto á que se haga su retrato, nadie se fija en sus firmas. Uno de los recursos más usuales es llevar sus lienzos á la sala del Hotel Drouot para la venta «al número»; el número es el tamaño de la tela; y en estas ventas el precio se ajusta al tamaño: un lienzo de cinco, cuesta cinco francos, uno de 10, cuesta 10, etcétera, con marco, por supuesto, un hermoso marco dorado. La tela les cuesta 1,25; los colores, secante, etc., 0,50, y los gastos generales (caballetes, pinceles, etc.), 0,25, total, dos francos de gastos; el intermediario les da tres francos, y los

vende á 10, después de ponerles un marco de tres francos, y el pobre pintor saca un franco por cada cuadro de utilidad líquida, necesitando pintar cuatro cada día para hacer frente á sus más perentorias atenciones, viviendo en un quinto piso de Montmartre ó Montparnasse de 15 ó 20 francos, comiendo en los restaurants baratos de las calles de Nevers ó Delfina por 60 ó 70 céntimos, y arrastrando una vida miserable. Algunos, desechando todo escrúpulo, prescinden de intermediarios, y venden por sí mismos en los cafés sus obras, sacando mejor partido, pero pasando horribles momentos, teniendo que aguantar las negativas y las rechiflas de los profanos. Los que renuncian á la quimera del arte en grande, y se lanzan resignados al trabajo artístico para las fábricas de muebles, alhajas, papeles pintados, telas, esmaltes, etc., son los que mejor librados salen y los que más servicios prestan.

Las asociaciones de socorros mutuos, especialmente la Taylor, que empezó con 18 socios y 710 francos, y tiene hoy 7.000 socios y unos cinco millones de francos, contribuyen no poco al alivio de tanta miseria; pero no alcanza, ni con mucho, á remediar el mal. Y no hemos contado toda una clase de artistas: los tímidos, que no se atreven á confesar su pobreza; los orgullosos, que se creerían rebajados si reclamaran ayuda; los holgazanes, incapaces de todo esfuerzo serio, y algunos bohemios, que prefieren sus harapos y su libertad, á todas las dichas del mundo. Todos estos tienen que buscarse la vida, y suelen emplearse en restaurar cuadros, en plagiar estilos, en hacer retratos en los cafés, en las ferias ó en los balnearios, cuando no acaban su vida en las aguas del Sena.

Por lo que hace á las relaciones de los artistas con el socialismo, fuerza es confesar que, si en general siente el artista la necesidad de una reforma social, no es el socialismo el que tiene sus mayores simpatías. El artista está en el socialismo fuera de su centro, y no se le comprende. La sed de medianía del partido socialista, sus gustos groseros, su desamor á todo lo que no es directa é inmediatamente utilitario, aparta del

socialismo al verdadero artista, sin que la amplitud de miras de un Jaurès ó un Baudin puedan rescatar de su mote de «partido de las barrigas» al partido socialista.

De temer es que el progreso del socialismo abra entre él y los artistas un foso difícil de franquear, á pesar de los esfuerzos de algunos espíritus generosos de uno y otro lado. Todos los días se sabe de algún vandalismo, producido por el espíritu estrecho y sectario de los socialistas de acción, y donde quiera que el socialismo domina, el arte lo pasa mal. La fracción de los artistas resueltos por el aristocratismo del gusto, no duda ya de su próximo destierro; aborrece el socialismo, y anda buscando una Coblenza donde emigrar. Los conciliadores, en cambio, tremolan su bandera de paz, confiando en salvar los intereses del ideal de las brutales acometidas de los utilitarios.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL MATRIMONIO DE LA PRINCESA LETIZIA CON RATAZZI. — El conocimiento con el que después fue mi marido — dice María Letizia Ratazzi en la *Nouvelle Revue Internationale* — se hizo en circunstancias muy singulares. Teniendo que hablar con él cuando era Ministro del Interior, le escribí dos veces sin recibir respuesta. Entonces me dirigí al Rey, quien después de escucharme con su acostumbrada benevolencia, me dijo sonriendo:

— ¡Cómo! ¿Conque así de galante es Ratazzi? ¡Le felicitaré por ello!..... Pero estad tranquila. Mañana os lo enviaré.

Pasó el día siguiente, y el otro y otros más sin que Ratazzi pareciera. Entonces volví á escribir á Víctor Manuel: «Vuestro Ministro—le dije—no quiere verme; me ha enviado á su Secretario general para decirme que tiene los ojos malos; pero esta noticia, por interesante que pueda ser, no hace dar un paso á mi pleito; me voy á marchar.....» El Rey tuvo la bondad de contestarme: «Quedaos; puesto que hay que cambiar

mi súplica en orden, mandaré, y mañana estará Ratazzi en vuestra casa.»

Al día siguiente, en efecto, recibí la visita de S. E. Estuvo poco y se mostró muy frío. Debí causar en Ratazzi muy desfavorable impresión, porque al día siguiente recibí una carta del Rey, que desde mi matrimonio hice colocar en una vitrina para que estuviera siempre á la vista de mi marido.—¿Qué os ha parecido?—había preguntado el Rey á Ratazzi hablándole de mí, según decía en su carta.—¿Os parece linda?—¡Bah! No mucho. Es flaca, y luego..... huele á tartina de manteca.—¿Y os parece eso un defecto? Convenid al menos en que tiene mucho talento.—¡No tanto! Tiene un aire asustado que casi es tonto, y luego me ha hablado muy poco. En fin, su pleito no es de los más claros.

No volví á ver á Ratazzi hasta mucho tiempo después en un baile de corte, siendo presidente de la Cámara; pasó tiempo, caí gravemente enferma y corrió por el mundo la noticia de mi muerte. Sólo entonces sintió Ratazzi, sin acertárselo á explicar, una gran opresión de corazón; aquella noticia le áplastaba; voló á París, donde supo que vivía y que estaba fuera de peligro; trató de verme, y poco después me casaba con aquel hombre que tanto había evitado el visitarme.

*
* *

LA MUJER Y LA ENSEÑANZA OFICIAL. — Según dice Lamy en la *Revue des Deux Mondes*, la enseñanza libre desempeña en provecho de todos la más importante de las funciones públicas, sirviendo de dique á la anarquía, que amenaza derruirlo todo. Para el autor la enseñanza libre es, naturalmente, la enseñanza católica, y en ella tiene la mujer que desempeñar, como alumna y como institutriz, las más importantes funciones.

Sin hablar de la enseñanza superior, que en ninguna parte se ha organizado todavía seriamente para las mujeres, casi to-

das las jóvenes que estudian la segunda enseñanza piden que sea religiosa, y en cuanto á la instrucción primaria, la mitad de las niñas que la reciben la adquieren por medio de institutrices religiosas, á pesar de las trabas que encuentran en las leyes.

Si el socialismo tiene todavía que conquistar á la mujer, al catolicismo le basta conservar su conquista, siglos hace realizada. Las mujeres, según Lamy, tienen el deber de combatir cuanto se opone á sus creencias. Les queda que utilizar, en provecho de esas creencias, esa fuerza inmensa de respetos y desdenes, admiraciones é ironías, entusiasmos y frialdades, palabras y silencios que pueden emplear en pro ó en contra de toda doctrina. Tienen que echar en la balanza, todavía indecisa, el peso de su influencia, de su número y de su valor.

*
* *

CÓMO LA RUTA CREA EL TIPO SOCIAL.—Tal es el título de un nuevo libro de Edmundo Demolins, claro y sencillo como todos los suyos, con sencillez y claridad tan grandes que, por lo mismo, ponen al lector en guardia.

Es un hecho que en el globo existen multitud de pueblos diversos. ¿Cuál es la causa de su variedad? La raza, dice Demolins, combatiendo á los partidarios de esta teoría, no es una causa, sino una consecuencia. La causa primera y decisiva de la diversidad de los pueblos y de la diversidad de las razas es el camino que los pueblos han seguido; la ruta es la que crea la raza y el tipo social.

Según que un pueblo ha tomado el camino de las grandes estepas, de las sábanas, de los bosques, de los desiertos ó de los mares, así se ha ido modificando, conforme á las condiciones de existencia que le imponían estas diferentes emigraciones: la naturaleza del suelo, el clima, los productos, hacían tomar á las poblaciones viajantes hábitos particulares, y así se

fueron formando el tipo tártaro-mongol, el lapón-esquimal, el piel roja, el indio, etc.

El libro, según Beaunier, está bien hecho, pero la teoría —que, después de todo, nada tiene de nueva en el fondo, pues es la clásica del clima en definitiva—deja bastante que desear.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Historia é instituciones del Derecho privado (Derecho Civil romano), por Rodolfo Sohm, Profesor en Leipzig. Traducción de la 7.^a edición alemana, por P. Dorado, Profesor de Derecho en la Universidad de Salamanca. Madrid, LA ESPAÑA MODERNA. Un volumen en 4.º de 764 páginas. Precio, 14 pesetas.

Contra el parecer de cierto catedrático español, quien, según dicen, cree que no es Alemania, sino España, el foco de los estudios romanistas modernos, hay que reconocer que nuestra ciencia jurídica es, en este punto, simple reflejo del grandioso desarrollo que en los países germánicos ha adquirido. No deberá extrañar, con esto, que los mejores libros de Derecho romano, tanto los de alta investigación como los manuales escolares, pertenezcan á la literatura alemana; con lo cual, fácil es comprender el inmenso servicio que á nuestra cultura se hace difundiendo por medio de la traducción esos admirables instrumentos de trabajo.

LA ESPAÑA MODERNA ha tomado sobre sí tan utilísima tarea, gracias á la cual nuestros estudiosos disponen hoy de los manuales de Krüger y Mommsen, puestos en lengua castellana. A ellos viene á juntarse ahora el de Sohm, que completa la serie.

El libro de Krüger, como es sabido, se refiere á la historia externa, y el de Mommsen al Derecho público. El de Sohm desarrolla las instituciones de Derecho privado (Derecho Civil romano). Divídese en tres partes. Una introducción, muy extensa, sobre el carácter de la obra en relación con la enseñanza del Derecho romano en Alemania y la legislación civil

anterior al nuevo Código y según éste, mas un bosquejo de las fuentes y conceptos fundamentales. Sigue luego un excelente resumen de la Historia, hecho de conformidad, principalmente, con los libros de Mommsen y Ihering, y en la pág. 221 empieza la parte principal de la obra, es decir, la exposición del sistema del Derecho privado (Derecho Civil romano). Este sistema, según Sohm, se compone de los siguientes miembros: derecho de las personas, derecho patrimonial (real y de obligaciones), derecho de familia y hereditario.

En el primero trata del concepto y clases de la persona, y de las personas físicas y las jurídicas separadamente. En el segundo, de los actos jurídicos, la protección (acciones y procedimientos), las cosas, la propiedad, los derechos sobre cosa ajena (servidumbres, enfiteusis, etc.), derechos de crédito, obligaciones que nacen de contrato y de delito, y modo de transmitirse y extinguirse todas ellas. En el tercero trata del derecho matrimonial (formas de matrimonio, potestad, bienes), la patria potestad, la guardaduría (tutela y curatela) y las sucesiones. En cada párrafo, la exposición va seguida de los fragmentos correspondientes (en latín) del *Corpus*, que sirven de fundamento. El método es excelente y de un gran efecto educativo para el que estudia.

La traducción está hecha con la conciencia y el tino que el Sr. Dorado pone en todas sus obras, y que son segura garantía para quienes han de aprovecharlas.

R. ALTAMIRA.

La mafia e i mafiosi: origini e manifestazioni. *Studio di Sociologia criminale*, per Antonino Cutrera.—Palermo, Alberto Reber, editore, 1900.—Un volumen de VII-193 págs., con un cartograma de Sicilia, representativo de la densidad de la mafia en sus varias ciudades y aldeas; 2,50 liras.

En todas partes hay «mala vida», aunque donde ésta presenta caracteres más agudos es en los grandes centros de población.

Esa mala vida ha comenzado á ser, por doquiera, objeto de estudios especiales. Resultado de ello ha sido la publicación, en los últimos años, de libros y trabajos varios referentes al carácter, difusión y demás del fenómeno aludido en diversas localidades (Roma, Nápoles, París, Berlín, etc).

Pero hay regiones donde parece que la mala vida causa mayores estragos que en otras, regiones en que el mal es muy agudo y visible, y está arraigado de largo tiempo. Tradicionalmente se viene hablando en este sentido, de un modo muy especial, de la *camorra* de Nápoles y de la *mafia* de Sicilia. Apenas habrá persona un poco leída á quien no le suenen estos nombres. De la mafia, sobre todo, se ha hablado bastante, hace poco tiempo, por la prensa en general, lo mismo por la española que por la de otros países, con ocasión de un sonadísimo proceso criminal, en que andaba complicado un diputado italiano, jefe de la mafia de su país.

Ahora, el que desee conocer bien lo que sea esta manifestación social morbosa, puede leer el libro del Sr. Cutrera, un delegado de seguridad que, por razón de su cargo, la ha estudiado de cerca, y en el que, al propio tiempo, concurren condiciones de sociólogo.

El Sr. Cutrera busca las raíces etiológicas de la mafia, encontrándolas en el nativo carácter fiero del siciliano, exacerbado por causas históricas. He aquí, sobre el particular, el resumen de su pensamiento: «La larga dominación extranjera en la que nos cabe no pequeña parte á los españoles acentuó la fiereza del carácter siciliano, fiereza que, degenerando, se convirtió en prepotencia ante las leyes en las autoridades, y modificó la naturaleza salvaje del isleño, haciéndolo desconfiado é intolerante. A la violencia de los Gobiernos, su naturaleza ardiente é irascible respondió con la violencia, y esta última llegó á ser para él una segunda naturaleza con manifestaciones especiales. Estas manifestaciones fueron: el desprecio de la ley, el odio á la autoridad, la prepotencia para con todo el que tenga relaciones con uno.»

Explicadas estas fuentes de que la mafia deriva, según el autor, consagra el mismo la segunda parte de su libro á dar noticia detallada de las manifestaciones de aquélla, y en otros tantos capítulos habla de *La mafia de Palermo* (foco principal del fenómeno) y sus gradaciones, de *La mafia en la Cuenca de oro* (alrededores de Palermo), de *La jerga en la Vicaría* (cárcel) *de Palermo*, de *La mafia en las provincias* (de la isla de Sicilia), de *Las asociaciones de mafiosos para delinquir* y de *Los grandes procesos de la mafia* (describiendo los más sonados).

Los dos capítulos últimos tratan de la intervención de *La mafia en las revoluciones políticas de Sicilia*, y de los motivos á que obedece la *Persistencia de la mafia en nuestros tiempos*.

P. DORADO.

Batteriologia, per Giovanni Canestrini.—Seconda edizione in gran parte rifactta.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1896.—Un volumen (perteneciente á la serie de los «Manuali Hoepli») de 274 páginas, con 37 grabados; 1,50 liras.—**Microbiologia. Perchè e come dobbiamo difenderci dai microbi**, per Dott. Luciano Pizzini.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1901.—Un volumen (perteneciente á la serie de los «Manuali Hoepli») de 141 páginas; 2 liras.

La vulgarización de los descubrimientos y de las nuevas adquisiciones científicas puede considerarse como una de las misiones más importantes de la sociedad moderna. Las relaciones reales se investigan y se conocen para después servirse el hombre de estos conocimientos en su lucha contra la naturaleza. Para luchar con éxito, hay que conocer las fuerzas del adversario.

Sólo que no todo el mundo puede hacer investigaciones directamente, ni consagrar su vida al estudio. Pero sí debe saber todo el mundo lo más que pueda acerca del poder de las distintas fuerzas naturales y reales, al intento de someterlas á su

servicio, en vez de ser subyugado por ellas, que es lo que le pasa al ignorante.

Este conflicto es el que trata de resolverse con lo que se llama «vulgarización de la ciencia». Y entre los medios diferentes que se vienen poniendo en práctica para conseguirla (extensión universitaria, Universidades populares, *University esttlements*, conferencias, etc.), me parece uno de los más seguros la publicación de cartillas ó manualitos, en los cuales personas de verdadera competencia condensen lo más esencial é indispensable que deben saber, para las más urgentes y comunes necesidades de la práctica, aquellos individuos que no disponen de tiempo, de voluntad, de medios, de facilidades para consagrarse á largos y detenidos estudios.

Las bibliotecas populares y económicas que por doquiera han nacido con este fin son innumerables. Y de las más completas, abundantes y bien cuidadas que yo conozco, es la del editor Hoepli, de Milán, que cuenta á la hora de ahora con más de 700 volúmenes sobre las más distintas materias de ciencia, arte, industria, recreo, etc.

A esa biblioteca pertenecen los dos volúmenes que motivan la presente nota bibliográfica. Son dos libros de vulgarización de un asunto que interesa mucho conocer, cuando menos por encima, á todos, ya que de ese conocimiento depende en parte principalísima la conservación de nuestra salud. La higiene—igual la del cuerpo que la de la casa y sus dependencias, que la de la localidad en que uno viva—y, por lo tanto, la preservación contra muchas enfermedades (en especial contra las infecciosas) depende en parte muy esencial de la manera como nos defendemos de los microbios patógenos ó nocivos. De aquí la importancia de los dos manuales escritos por Canestrini y Pizzini, en los cuales se expone, describe y resume perfectamente el estado actual de la ciencia bacteriológica. El de Canestrini contiene mucha más doctrina que el de Pizzini; no sólo se da en él noticia completa de la biología de los microbios, hasta donde la misma se conoce actualmente, y se da idea

bastante de cada particular microbio productor de las varias enfermedades infecciosas, sino que hasta se consagran bastantes páginas á la técnica, intercalando entre las correspondientes explicaciones grabados de los instrumentos y aparatos más usuales é indispensables en un laboratorio de bacteriología. El de Pizzini, en cambio de ser más breve, es más moderno; acaba de publicarse.

La sustancia de ambos libros es la misma, y el orden y método con que la tratan, idéntico. Primero (parte general en Castrini, parte primera y segunda en Pizzini) hablan de los microbios en general, sus clases, color, importancia, vías por donde pueden entrar en el organismo humano, medios de defensa contra los mismos, inmunidad, cultivo, vacunación, esterilización, desinfección, etc., etc., y después (parte especial y parte tercera, respectivamente) tratan de un modo particular del microbio productor de cada una de las enfermedades infecciosas (tuberculosis, difteria, sarampión, cólera asiático, carbunco, etc., etc.), de las fuentes respectivas de infección y de la profilaxia.

P. DORADO.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Actea</i> (novela), segunda parte.....	5
<i>Poetas americanos: Aplausos y quejas al inspirado cantor de la raza latina D. Olegario V. Andrade</i> , por Luis Cordero.....	45
<i>Un autor dramático entre las víctimas del 2 de Mayo de 1808: don Lorenzo Daniel</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	63
<i>La Exposición de Bellas Artes</i> , por N. Sentenach.....	86
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	105
<i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos</i> , por Rafael Mitjana.....	126
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	137
<i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....	146
<i>Crónica Europea</i> , por Juan J. de Reza.....	165
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	180
<i>Notas bibliográficas</i> , por R. Altamira y P. Dorado.....	202